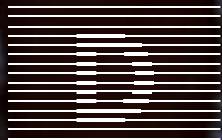




CHINKAQKUNA

Los que se perdieron

colectivo



DESVELA





CHINKAQKUNA

Los que se perdieron



Cajas con los restos humanos del caso de Putis, Huanta 2008.



C210
C248

C78

C151
C168

QTY #
SKU #
PO #

201/01/1

C67

C193

C79

QTY #
SKU #
PO #

C187

C118

C235
C178

QTY #
SKU #

C253
C250

QTY #
SKU #
PO #

C168

C240

2250
803

C68
C77

QTY #
SKU #
PO #

C137

C88
C110

A4HUN NP
F01 22 C76
C215

C46
C215

QTY #
SKU #
PO #

QTY #
SKU #
PO #

C198

C90





CRÉDITOS

Autor: Colectivo DESVELA

Edición y Redacción: Paola Ugaz

Diseño y Diagramación: Julio Rivadeneyra

Fotografías: Marina García Burgos

Corrección de estilo: Kristel Best Urday

Primera Edición

Tiraje: 500 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015 - 10869

Impreso en:

Gráfica Vulcano S.A.C.

Calle Germán Carrasco, 2083 - Lima 01 - Perú

Teléfono: 335 - 3960

Fecha: Lima, Agosto 2015



LOS
QUE
SE
PERDIERON

CHINKAQKUNA



Índice

Prólogo | MARIO VARGAS LLOSA **12**

Introducción | PAOLA UGAZ **16**

- 1. Las necesidades de los familiares de las personas desaparecidas** | SILVANA MUTTI **19**
- 2. ¿Qué significa tener un familiar desaparecido?** | PAOLA UGAZ **25**
Los hitos de Putis y santo tomás de pata. Investigaciones forenses. El “ángulo humanitario”
- 3. Putis es el Perú** | PAOLA UGAZ **31**
¿Qué significó Putis?. José Pablo Baraybar: el que hace hablar a los muertos.
Mellisa Lund: pica, palea y pelea contra el olvido
- 4. Anfasep: Adelina García, testigo de cargo** | ÁNGEL GARCÍA CATALÁ **47**
La perspectiva cotidiana. El dolor de cerca. El camino de la memoria
- 5. La Hoyada: de sitio de entierro a lugar de memoria** | JIMENA ROJAS DENEGRI **53**
La hoyada: emblema de la lucha de Anfasep
- 6. Soras: la reconstrucción de la historia de un pueblo** | JIMENA ROJAS DENEGRI **57**
La memoria oficial. El juicio es el final
- 7. Un lugar llamado Santo Tomás de Pata** | PAOLA UGAZ **61**
“Si mi padre viviera, hubiera sido mejor; no sería analfabeta”. Recuperando la sonrisa.
No una sino mil historias.
- 8. Clyde Snow, el lector de la muerte** | PAOLA UGAZ **62**
- 9. La Chalina de la Esperanza, una apuesta humanitaria por la memoria** | PAOLA UGAZ **72**
Origen de la Chalina de la Esperanza. El día mundial de los desaparecidos.
- 10. Un memorial cálido y performativo para los desaparecidos de Perú: la Chalina de la Esperanza** | OLGA GONZALES **81**

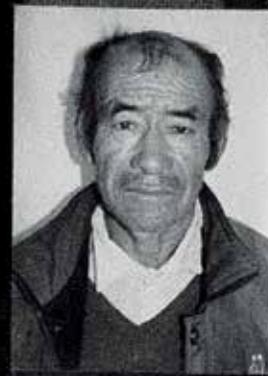
11. **El arte de tejer “por todos y por todas”** | MARÍA EUGENIA ULFE **88**
 12. **Gisela Ortiz y la lucha por Quique** | CLAUDIA CHÁVEZ SANTISTEBAN **93**
 13. **Raida cóndor, una madre coraje de nuestra época** | ESTEBAN VALLE RIESTRA **98**
 14. **Ellos no comían en restaurantes** | IGNACIO MEDINA **104**
 15. **El trabajo de la Defensoría del Pueblo en relación a la entrega de la Constancia de Ausencia por Desaparición Forzada** | GISELLA VIGNOLO HUAMANÍ **107**
 16. **“Nadie está realmente muerto mientras su recuerdo permanezca vivo”** | HUGO COYA **114**
 17. **Hugo Bustíos: el coraje de un periodista en una zona de alto riesgo** | PAOLA UGAZ **117**
 18. **Oscar Medrano y las madres de los desaparecidos** | PAOLA UGAZ **123**
 19. **Colaboraciones: en la piel de un desaparecido** **127**
 20. **Canción inspirada en La Chalina de la Esperanza** | PAMELA RODRÍGUEZ **149**
 21. **Buscando soluciones** | MESA DE TRABAJO SOBRE BÚSQUEDA DE PERSONAS DESAPARECIDAS
Propuesta de política pública para la búsqueda de personas desaparecidas en el Perú durante el conflicto armado interno (1980 - 2000) **150**
- Epílogo** | JAVIER TORRES SEOANE **154**
- Agradecimientos** **156**



Cementerio de Huanta, Ayacucho 2008.

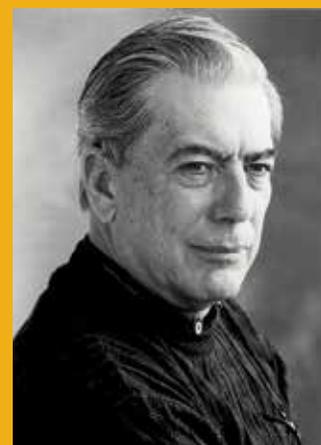


ARIO TORRES
FONSECA
17-05-93



Prólogo

MARIO VARGAS LLOSA





Fotografías de familiares de personas desaparecidas en el museo de ANFASEP, Ayacucho 2009.

Comunidades como Putis, Santo Tomás de Pata, Chaupiorco y tantas otras en Ayacucho vivieron a merced del miedo durante la década de los ochenta. El Perú se sumergió en una crueldad vertiginosa por el conflicto desatado entre Sendero Luminoso y las fuerzas del orden, sobre todo, en la región de los Andes. El sueño de justicia social degeneró en la tormenta perfecta que propició crímenes y brutalidades ilimitadas y las víctimas mayoritarias fueron, precisamente, aquellos campesinos que Abimael Guzmán y sus huestes maoístas pensaban redimir y conducir al paraíso igualitario, y que el Estado debía proteger.

A principios de los ochenta, la desinformación y confusión hicieron que en los lugares donde se iba instalando la violencia, las autoridades y las fuerzas del orden huyeran.



Ningún medio hacía eco de lo que allí ocurría hasta que las víctimas inocentes empezaron a multiplicarse y el caos –mataban y morían campesinos, senderistas, luego emerretistas y militares– llegó hasta la capital. Se libró una guerra sangrienta y la violencia arrasó con las casas, los familiares, las pertenencias y los puestos de trabajo de los peruanos en peores condiciones, cometiéndose excesos y crímenes intolerables. A nuestras débiles instituciones democráticas se sumaron las frustraciones, temores, prejuicios y odios de la sociedad peruana. Ese horror que describo a muy grandes rasgos ocurrió en nuestro país y debemos asumirlo con determinación, evitando la ignorancia e indiferencia respecto al pasado.

Chinkačkuna es un libro que recoge artículos, testimonios y escenas de la guerra que se libró en aquellos pueblos dejando entre 13, 000 y 16,000 desaparecidos, muchos de ellos enterrados en lugares hoy borrados por la naturaleza y el tiempo. En estas páginas encontramos historias de desaparecidos y de familiares de desaparecidos que han logrado recuperar los cuerpos de sus seres queridos. Pero aún existen centenares de familias a la espera de un funeral digno y un lugar donde recordar a sus muertos. Por ello, iniciativas como Chinkačkuna deberían ser leídas y difundidas en todo el Perú para ayudar a curar las heridas de quienes sufrieron esta guerra y para que tengamos presente el tipo de país que no queremos nunca volver a ser.

Mario Vargas Llosa
Madrid, 7 de noviembre de 2014



Tejida de La Chalina de la Esperanza en la puerta del Palacio de Justicia, Lima 2010



Introducción

PAOLA UGAZ

Desde que se entregó el Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, el 28 de agosto del 2003, la tierra de Ayacucho, Huánuco, Junín, San Martín, Apurímac, Ucayali, Loreto, Huancavelica, Lima y Cuzco no ha dejado de ser removida por expertos forenses con el fin de identificar a miles de personas desaparecidas para el alivio de sus familiares. Encontrarse en el lugar de alguien que no ha podido enterrar a su ser querido, que no ha cerrado el duelo y que secretamente guarda la esperanza de que un día le toque la puerta, fue una de las causas principales para comenzar esta iniciativa humanitaria y editorial.

Cierre los ojos y por un momento sea usted Adelina García en la Huamanga de inicios de la década de 1980, quien a los 27 años no volvió a saber de su esposo, tras ser detenido una madrugada. Debido a la tristeza, perdió a un hijo que llevaba en el vientre y se quedó sola criando a una niña pequeña.

Raida Córdor, quien no tuvo más noticias de su hijo Armando Ortiz desde que fue sustraído de la residencia de la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle - La Cantuta, el 18 de julio de 1992. O Carmen Rosa Páez, quien desde 1991 desconoce el paradero de su hijo Ernesto Castillo Paéz.

En el Perú hay miles de casos en comunidades andinas alejadas de la capital, como Putis, Raccaya o Santo Tomás de Pata en Ayacucho, donde los pobladores vivieron bajo los fuegos del miedo, durante la confrontación del Partido Comunista Peruano Sendero Luminoso (PCP SL) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) contra las Fuerzas Armadas y Policiales y los Comités de Autodefensa.

Participar de las exhumaciones, visitar la morgue de Huamanga, hablar con los forenses, conocer las historias de sus seres queridos, acompañarlos en las marchas, compartir con ellos en Lima y Ayacucho me transformó sin proponérmelo en una novel activista de derechos humanos.

Los familiares de desaparecidos viven en un limbo emocional, porque siempre esperan que regrese el ser querido; jurídico, porque se quedan sin hacer un testamento u otros trámites legales; y social, porque muchas veces han sufrido la estigmatización de una sociedad que a menudo considera a las víctimas como terroristas.

Las desapariciones se produjeron por distintos motivos. Algunas veces, alguien escondió

deliberadamente los cuerpos; otras veces fueron abandonados en medio del caos que constituyeron esos años; otras veces los familiares los tuvieron que enterrar apresuradamente y huir. Y la geografía cambió o la memoria falló. Algunas veces, incluso, las personas desaparecieron en medio de un enfrentamiento.

Sea cual fuere la causa, los familiares se hunden hasta el final en el dolor y la incertidumbre.

Los familiares saben que sus seres queridos desaparecidos están enterrados en alguno de los 6 mil 462 sitios de entierro registrados a lo largo del Perú. Sitios que hoy forman parte de su paisaje cotidiano y con los que se encuentran repentinamente cuando remueven la tierra para construir una escuela o instalar una tubería de agua.

La labor esforzada de las Fiscalías Supraprovinciales de Ayacucho y Huancavelica, del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses del Comité Internacional de la Cruz Roja, la Defensoría del Pueblo, la Mesa de Trabajo sobre Búsqueda de Personas Desaparecidas, como la Asociación Nacional de Familiares Secuestrados, Detenidos y DESAPARECIDOS del Perú (ANFASEP), la Asociación Nacional de Familiares de Desaparecidos, Ejecutados Extrajudicialmente y Torturados (ANFADET), Asociación Departamental de Familiares de Detenidos, Desaparecidos y Asesinados por la Violencia Subversiva en Huancavelica (ADFADA), la Coordinadora Regional de Afectados por la Violencia Política de Ayacucho (CORAVIP); Coordinadora Nacional de Organizaciones de Afectados por la Violencia Política del Perú (CONAVIP); de organizaciones no gubernamentales (ONG) especializadas en antropología forense como el Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF) y el Centro Andino de Investigaciones Antropológicas Forenses (CENIA), o expertas en salud mental como la Red para el Desarrollo y la Familia (REDINFA), el Centro de Atención Psicosocial (CAPS) y Wiñastin; y que otorgan



asesoría legal, como la Comisión de Derechos Humanos (COMISEDH), Paz y Esperanza, Asociación Pro Derechos Humanos (Aprodeh), Sisay; entre otras organizaciones, ha permitido avanzar en la búsqueda y atención a los familiares. La tarea es titánica y por ello se requiere de un esfuerzo colectivo y de los diferentes sectores de la sociedad.

¿Por qué es importante que los familiares recuperen a sus seres queridos desaparecidos?

La restitución de los cuerpos desaparecidos a sus familias es el primer paso para que puedan hacer el duelo y empezar un proceso de cierre que les permita rehacer sus vidas tras la tragedia. La problemática de las personas desaparecidas no se debe limitar únicamente a una política de reparaciones y juicios penales. Puesto que, enterrar los cuerpos de quienes amamos nos distingue del resto de seres vivos.

A través de este libro se quiere aproximar al lector a la historia de más 15 mil personas desaparecidas en el Perú y a la historia de sus familiares, que se levantan por encima de sus tristezas y se convierten en héroes y heroínas de la vida cotidiana. Ellos nos enseñan que nunca debemos bajar los brazos. Por ellos y para ellos nace este libro.

Gracias a Marina García Burgos surge la iniciativa de la Chalina de la Esperanza, posteriormente se incorporó Morgana Vargas Llosa. La Chalina de la Esperanza es un proyecto que impulsa el tejido como manera de transformar la tristeza ante la pérdida del ser querido.

La Chalina de la Esperanza fue un terreno nuevo para mí, porque no sabía nada sobre “tejidotes”, lanas, palitos, puntos, galerías de arte, inauguraciones, conversaciones con arquitectos, grúas y sus brazos, entrevistas con la prensa; que implicaron alegrías, llantos, peleas y hasta de vetos. El camino de los discursos sobre la memoria está lleno de dificultades.

La Chalina de la Esperanza, tejida en Perú, y la Chalina de la Solidaridad, tejida en España, Reino Unido, Japón, Austria, Argentina, Estados

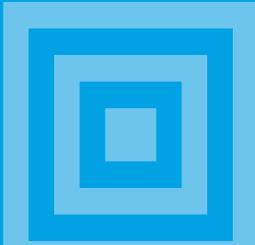
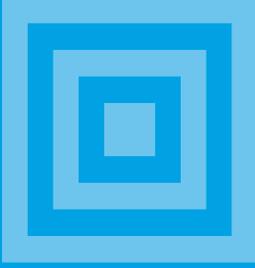
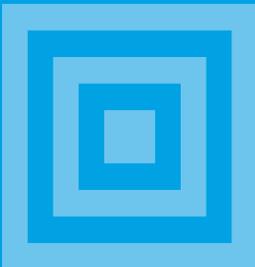
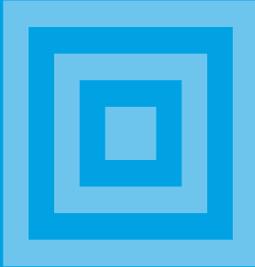
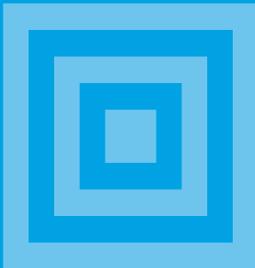
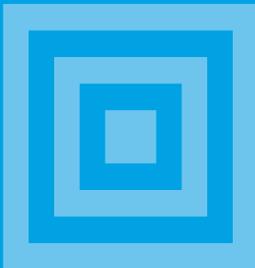
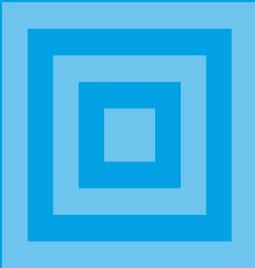
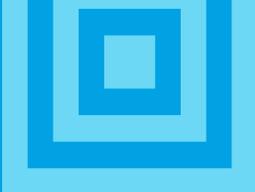
Unidos, Alemania, entre otros países, se han convertido en un símbolo de la memoria a nivel mundial, porque representan el recuerdo de las personas desaparecidas, tejido por manos guiadas por el corazón.

La Chalina de la Esperanza nos ha permitido vivir los momentos más felices y plenos de nuestras vidas. La presentación en el balcón municipal de manos de las admirables mujeres de Anfasep de Ayacucho —Lidia Flores, Adelina García, entre otras—, junto a la ex alcaldesa de Lima, Susana Villarán y la actriz Magaly Solier. Recibir felicitaciones de personas que admiro como Carlos Iván Degregori, Pilar Coll, Gustavo Gutiérrez, Salomón Lerner Febres, Óscar Medrano, Francisco Soberón, Mario Vargas Llosa, mi mentor y amigo Gustavo Gorriti, y mi mami Margot.

Fue un privilegio compartir tejidas, armadas y desarmadas de chalinas con las mujeres de Huamanga, Huanta y Cayara del departamento de Ayacucho; jóvenes estudiantes de Ventanilla en el Callao; las familiares Carmen Amaro, Gisela Ortiz, Raida Cóndor, Carolina Huamán Oyague, Carmen Oyague, Norma Méndez, Marly Anzualdo, Pilar Cielo y Lidia Flores. Gracias a ellas he conocido la verdadera valentía.

Durante una “tejidotón” en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos yo buscaba que el día dure más de 24 horas. Gisela Ortiz me dijo: “no desfallezcas si tienes un problema grande que resolver. Desde que te dedicas a estos temas, formas parte de una confraternidad. Ya verás que, dentro de ella [la Chalina] nuestros muertitos siempre te cuidarán y velarán por ti”. Y así como por arte de magia, las preocupaciones se disolvieron y seguí adelante acompañada de aquellos muertitos. Gracias por ese privilegio, admirada Gisela. Este libro es el desenlace de una aventura tejida palito a palito, donde acompañamos y abrigamos a los familiares de esos más de 15 mil peruanos desaparecidos durante el conflicto armado interno en el Perú.

Abrazados seamos todos.



LAS
NECESIDADES
DE LOS
FAMILIARES DE
LAS PERSONAS
DESAPARECIDAS

1

SILVANA MUTTI,
Jefa de la Delegación Regional del
Comité Internacional de la Cruz Roja
(CICR) para Bolivia, Ecuador y Perú







Adelina García Mendoza, mujer ayacuchana cuyo esposo desapareció a inicios de la década de 1980, nos ha contado en repetidas ocasiones que asume que su esposo murió en medio del caos de la violencia. Sin embargo, hace pocos años mientras caminaba despreocupada por el jirón Asamblea en Ayacucho, le pareció ver a su esposo entre la multitud. “Me volví loca”, dice. Corrió hasta dar con él, cogerlo del brazo y darle la vuelta. Evidentemente, se trataba de otra persona. “No sé qué me pasó”. Se ilusionó por un segundo y una vez más se equivocó. “Si al menos pudiera enterrar sus huesitos, si al menos tuviera a dónde ir a llorar y dejarle flores”. Pero no tiene esa posibilidad.

Para Adelina como para miles de familias peruanas, la esperanza, actitud que suele impulsar a los seres humanos a hacer cosas maravillosas, a veces se expresa como incertidumbre. Y como incertidumbre se ha instalado en sus vidas, y no tendrán tranquilidad hasta que se esclarezcan los hechos y, cuando sea posible, recuperen los restos de sus seres queridos, los entierren dig-

namente y les ofrezcan los rituales que manden su religión y costumbres.

Al menos 13 mil 271 personas desaparecieron durante las décadas de 1980 y 1990.¹ Tras cada una de ellas hay padres, madres, hermanos, parejas, hijos y amigos que hace décadas sufren por no saber qué fue lo que ocurrió con sus seres queridos, seguramente enterrados en alguno de los 6 mil 462 sitios de entierro registrados a nivel nacional. En Ayacucho hay provincias en las que hay un sitio de entierro cada tres kilómetros cuadrados. ¿Cómo construir una familia o una

sociedad feliz y próspera en un entorno tan desolador? En el terreno de la incertidumbre aparece siempre la ansiedad, el desconsuelo, el desencanto, el desánimo, el pesimismo, la tristeza.

El CICR ha encontrado que los familiares de las personas desaparecidas suelen tener distintos tipos de necesidades, entre las que se encuentran:

- Saber qué ocurrió con su familiar y enterrar dignamente sus restos;
- Resolver problemas legales y administrativos relacionados a la viudez u orfandad;
- Recibir apoyo económico;
- Atención psicosocial;
- Actos de reconocimiento y otras formas de reparación por la pérdida de oportunidades;
- Acceso a la justicia.

Para este conjunto de necesidades, la experiencia internacional enseña que deben crearse instituciones especiales adecuadas a la magnitud y complejidad de los problemas que se busca atender. Ningún sistema de justicia en el mundo es capaz de llevar a cabo tan grande tarea ni de dar respuesta a decenas de miles de familias a través de sus mecanismos regulares. Así, en distintos lugares se vienen creando soluciones administrativas como programas de reparaciones, comisiones de la verdad, dispositivos para la declaración legal de la ausencia, mecanismos de búsqueda de personas desaparecidas, entre otros; sin los cuales se tendría que atender a las necesidades a través de cientos de procesos judiciales ante los sistemas de justicia.

Para el caso de las personas desaparecidas, el Perú no ha creado aún un mecanismo destinado a atender varias de las necesidades mencionadas; aunque es de dominio público que se está trabajando un Proyecto de Ley en el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos que, esperamos, contribuya a solucionar este problema.

Mientras tanto, lo que se ha priorizado para esclarecer la suerte de las miles de personas

desaparecidas es la vía judicial-penal. La única opción para un familiar que quiere recuperar los restos de su ser querido es presentar una denuncia penal al Ministerio Público. Así lo hicieron Adelina y los familiares de las personas desaparecidas que han sido identificadas hasta ahora.

¿Cuál es la alternativa? En el Perú se ha avanzado un consenso sobre la necesidad de crear una instancia que permita priorizar la búsqueda de las personas desaparecidas a la búsqueda de los responsables, un cambio de variables que significaría para los familiares la devolución de la esperanza y del futuro que ésta hace posible.

Esto supone:

- Recoger sistemáticamente la información de familiares y testigos,
- Apoyar técnicamente al Ministerio Público en la recuperación e identificación de los restos mortales,
- Acompañar a los familiares durante el proceso de búsqueda y asegurar que las restituciones de los restos humanos y los entierros se realicen de manera digna, permitiendo que la búsqueda sea positiva y tenga un carácter reparador.

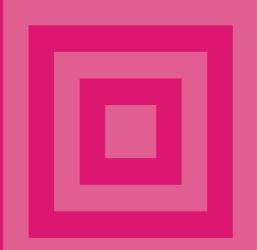
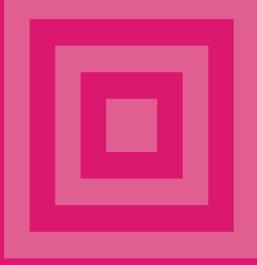
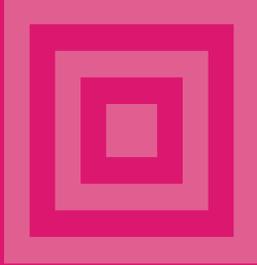
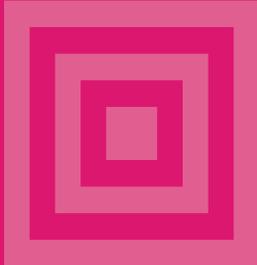
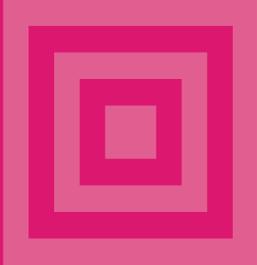
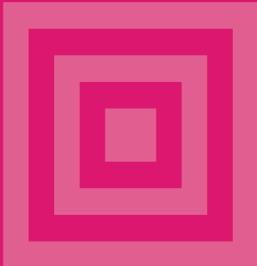
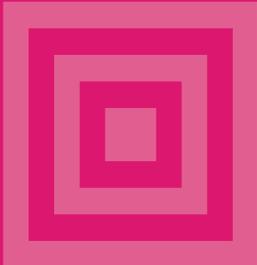
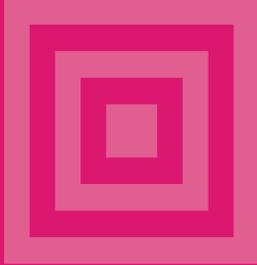
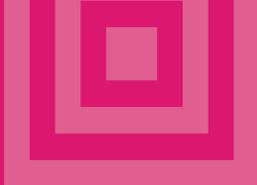
Priorizar el objetivo de búsqueda, identificación y restitución de los restos humanos de las personas desaparecidas y la atención de las necesidades de sus familias no tiene por qué implicar la renuncia del Estado a su obligación de investigar y perseguir los delitos, pues siempre será posible que los familiares y testigos testifiquen ante el Ministerio Público y busquen las responsabilidades penales donde las haya.

Con 150 años de existencia y trabajando en 80 países, el Comité Internacional de la Cruz Roja ha comprobado que muchas veces las heridas emocionales son más graves que las físicas. Las heridas que deja la desaparición son profundas, de ahí su urgencia en atenderlas.

1. Esta cifra es la última consolidación y depuración de la información conocida, elaborada el 2007 por el Equipo Peruano de Antropología Forense por encargo del CICR. Recientemente se hace referencia a la cifra de 15 mil 731 personas desaparecidas, cuyos nombres y apellidos estarían en la base de datos del Instituto de Medicina Legal del Ministerio Público, pero el mismo Ministerio Público aclara que muchos de los nombres están aún en estado de verificación. Ver Ministerio de Relaciones Exteriores. Documento de Trabajo sobre las Medidas adoptadas por diferentes sectores en relación a la Resolución AG/RES (XLI-O/11) "Las personas desaparecidas y la asistencia a sus familiares". Lima: MRREE, 2012. Disponible en: <http://www.scm.oas.org/pdfs/2012/CP28036T.doc>.



Mamá Angélica, Fundadora de ANFASEP, Ayacucho 2011.



¿QUÉ
SIGNIFICA TENER
UN FAMILIAR
DESAPARECIDO?

2

PAOLA UGAZ



La situación de persona desaparecida indica la ausencia de noticias y de restos mortales. Por lo tanto, alude a la difícil realidad en la que quedan las familias. El lado más dramático de la desaparición: el familiar tiene que convivir durante años y de manera cotidiana con la incertidumbre y la tensión, entre su deseo de dar vuelta a la página y sus esperanzas de recibir noticias. ¿Qué otras consecuencias ocasiona tener un desaparecido en la familia?

Según el CICR, existen consecuencias de orden legal y económico: “Durante la violencia, cientos de peruanos desaparecieron; algunos no saben dónde están sus seres queridos, pero otros, sabiéndolo, no han podido legalizar su muerte, pues tuvieron que enterrar informal y precariamente sus restos”.

Cuando el desaparecido entra a ese extraño limbo de no estar ni vivo ni muerto, arrastra con él a su familia y la deja en la imposibilidad jurídica y económica de rehacer su vida. La esposa no puede ser reconocida como viuda, el hijo no puede ser reconocido como huérfano y los bienes no pueden ser heredados.

Para el antropólogo y ex - jefe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación en Ayacucho, José Coronel, la ausencia de estas investigaciones significa que “no se puede demandar a los presuntos perpetradores (porque no existe la prueba), ni exigir reparaciones, además de

limitar las gestiones regulares, como herencias (...) En el nivel moral y social, significa sufrir indefinidamente los resultados de una acción impune”.

Por su parte, Javier Torres, director de Servicios Educativos Rurales (SER), analiza que “en muchos lugares del Perú [ser desaparecido] todavía significa ser sospechoso de haber sido parte de Sendero [Luminoso] o de haber tenido algún vínculo. Considero que Putis ha ayudado a cambiar la imagen, pero la memoria hegemónica del conflicto sigue estigmatizando al desaparecido”.

Los hitos de Putis y Santo Tomás de Pata

Tras la entrega de los cuerpos de Putis y su posterior entierro, algo se ha movido en la historia del post-conflicto armado en el país. El 30 de agosto de 2009, Día Mundial de los Desaparecidos, se convertirá en un hito en nuestro país en los próximos años.

Según José Coronel, “significó el reconocimiento de las graves violaciones de derechos

humanos cometidas durante el periodo del conflicto armado interno”.

Para el investigador, el proceso de búsqueda e identificación de las personas desaparecidas es “lento y escasamente planificado. El Estado [debe] reconocer los derechos de los familiares de las víctimas a saber la verdad, a que se sancione a los responsables de las ejecuciones extrajudiciales, a realizar su duelo y a recibir las reparaciones correspondientes”.

Torres considera que “la entrega de los cuerpos a los familiares en Putis y en Santo Tomás de Pata es importante. En particular el caso Putis marca un antes y un después en la imagen que la sociedad peruana y la opinión pública tienen de las víctimas del conflicto. En el caso de Santo Tomás de Pata, su impacto ha sido menor porque no ha tenido la cobertura mediática que tuvo Putis, pero ha servido para recordarnos, una vez más, la violencia producida. Creo que después de Putis es más claro que la sociedad no puede vivir dándole la espalda a las víctimas y a su derecho a la reparación y a la justicia, aunque esto no haga mella en quienes detentan el poder”.

Investigaciones forenses

Según el CICR, la entrega de los cuerpos a los familiares en Putis y Santo Tomás de Pata ha sido “una oportunidad para las familias de enterrar dignamente a sus seres queridos luego de tantos años. Ambas restituciones marcan el fin de una larga búsqueda y de años de incertidumbre, y son un gesto de reconocimiento tanto moral como legal. (...) Han sido ejemplos importantes de cómo se debería continuar el trabajo en adelante, pues en ambos casos se incorporan objetivos humanitarios y se ofrecen respuestas a las familias de las personas desaparecidas”.

El CICR resaltó que el Instituto de Medicina Legal (IML), el Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF) y el Centro Andino de Investigaciones Antropológico Forenses (Cenia), llevan adelante un proceso de investigaciones forenses

que “busca dar respuesta a las preguntas y necesidades de las familias”.

“Se trata de atender el derecho a saber y a ser reparado. Las investigaciones antropológico-forenses permiten a los familiares saber cuál fue la suerte que corrieron sus seres queridos, recuperar sus restos y enterrarlos, llevando a cabo los rituales funerarios que disponen sus creencias. Además, permiten resolver la situación jurídica de las personas desaparecidas y, por extensión, la de sus familiares”, concluye el CICR.

El ángulo humanitario

En el Perú existen más de 6 mil 462 lugares de entierro y más de 13 mil desaparecidos. Entonces, ¿por qué no es conocido a nivel mundial como un país de desaparecidos, a diferencia de Argentina o Chile?

Según Javier Torres, “la diferencia tiene que ver con el perfil de la víctima, que en el caso peruano pertenecía al sector más pobre de la sociedad; pero también se relaciona con la complejidad de nuestra guerra interna”. ¿Cómo aliviar la situación de los miles de familiares de desaparecidos por el conflicto armado interno?

Distintas instituciones promueven desde hace años la priorización de los objetivos humanitarios a los judiciales durante la búsqueda de personas desaparecidas. La Mesa de Trabajo sobre Búsqueda de Personas Desaparecidas, conjunto de organizaciones que trabajan dando apoyo técnico al Estado, señala reiteradamente que no se trata sólo de investigaciones forenses e investigaciones judiciales, sino de la búsqueda de personas desaparecidas, la que incluye tanto la investigación forense como el acompañamiento emocional y el apoyo material a los familiares para que puedan participar de la búsqueda y dar un entierro digno a sus seres queridos.

El Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF) propone el concepto de “paraguas humanitario” como respuesta al limbo emocional, social y jurídico en el que se encuentran los familiares.





En su casa, Lidia Flores muestra la foto de su esposo desaparecido Ayacucho 2010.



Reconocimiento de prendas del caso Pacobamba, Ayacucho Abril 2011.

José Pablo Baraybar, director de la institución, explica que “si un hijo de alguien en Lima se fuera a una discoteca un viernes y llegara el lunes y simplemente no ha vuelto. ¿Qué harían sus padres? ¿Cómo se sentirían? Llamarían a todo el mundo, a las clínicas, a los hospitales, a la morgue. Y si fueran 20 o 25 años [el tiempo transcurrido], sería terrible, ¿no? Así vive muchísima gente en el país”.

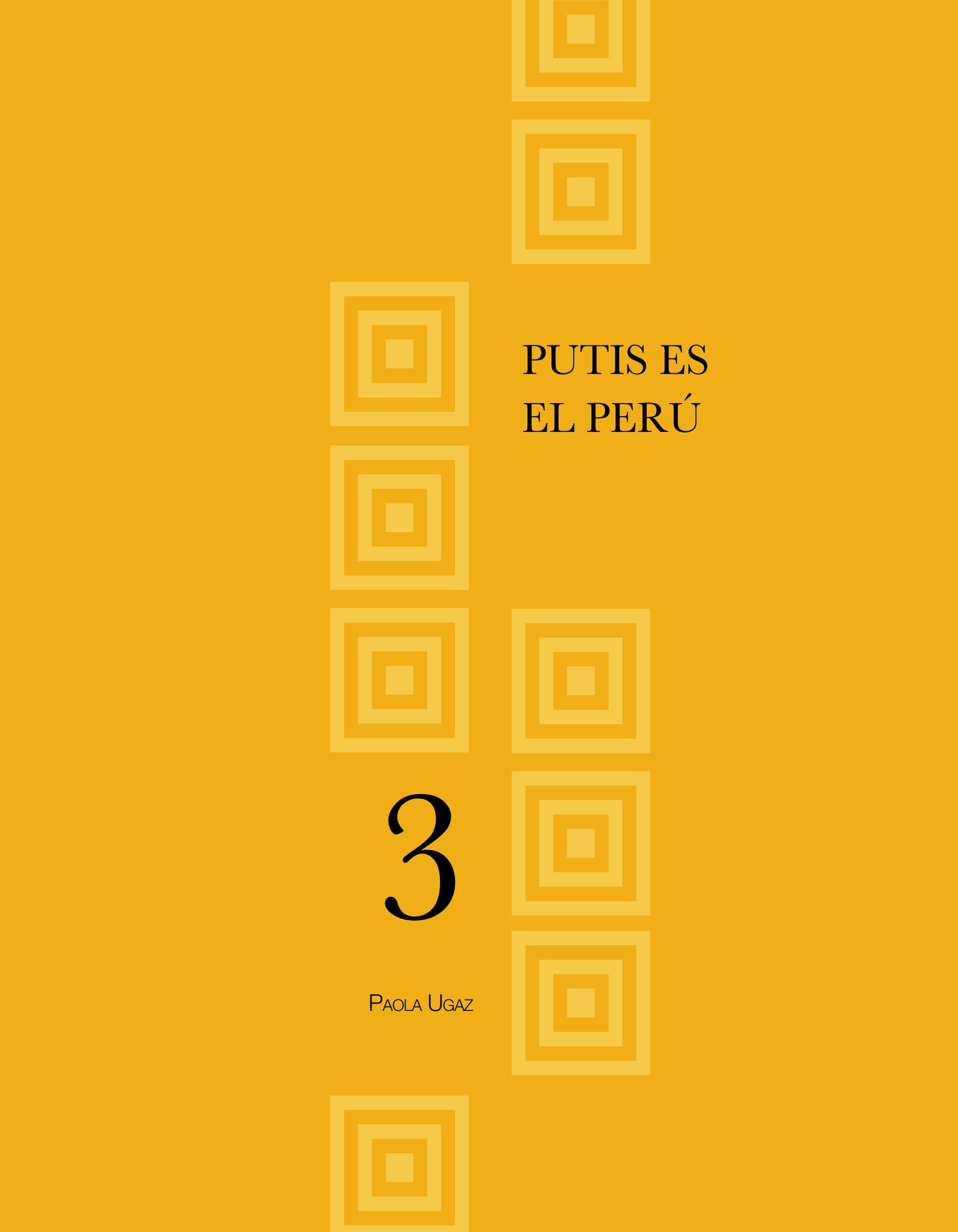
“Nosotros reivindicamos la necesidad de saber de las familias y proponemos establecer un “paraguas humanitario” entre los familiares de los desaparecidos. Es un enfoque que tiene como interés primordial la restitución de los cuerpos a sus familias, hecho que no va en detrimento de los procesos judiciales, ni en desmedro de una reparación material, simbólica, individual, colectiva”, señala el antropólogo forense.

“En Perú, el enfoque judicial excluye el elemento humanitario porque la justicia busca

pruebas, no respuestas. Y las pruebas no necesariamente son la respuesta para las familias”, agrega. “Mientras que la justicia avanza en sus propios tiempos, el “paraguas humanitario” es un mecanismo que prioriza la recuperación y restitución de los restos mortales a sus familiares. La restitución es un elemento complementario e indisoluble a cualquier proceso reparatorio”.

Según el CICR, se trata básicamente de un cambio de paradigma: en lugar de organizar las investigaciones desde el punto de vista judicial, poner por delante las necesidades de las familias. Los objetivos humanitarios y judiciales de las investigaciones forenses no se contraponen.

Debemos valorar e impulsar las investigaciones forenses y restituciones de cuerpos, como las que ya se desarrollaron en Chaupiorco, Putis y Santo Tomás de Pata en Ayacucho. El país necesita que se reconozca a los familiares de los desaparecidos.



PUTIS ES
EL PERÚ

3

PAOLA UGAZ



Entierro de las víctimas del caso Putis, Ayacucho 2009





Una espátula se introduce en un montículo de tierra y la remueve en busca de respuestas. Tris tras, tris tras, tris tras... Muchos destinos se truncaron y se ocultaron dentro de la tierra o la pachamama, en quechua, para nuestros pobladores del Ande. Camisas, zapatitos, gorras, faldas y cinturones envuelven los huesos de los que se fueron trágicamente. Los arqueólogos y antropólogos forenses, que empuñan sus espátulas, aseguran escuchar las voces de estos restos siendo liberadas. En esta ocasión, las voces hablaban quechua, la lengua ancestral peruana.

Pero nada se compara con la experiencia de quien espera el desentierro de la fosa con el corazón en la mano; la emoción que nace en el estómago del familiar que identifica a su ser querido tantos años después y puede lograr que se cumpla el derecho de despedirlo y decirle adiós es inenarrable. Dolor, amor, enojo, frustración y tristeza se suceden incontenibles en el corazón del que espera.

Son muchos años caminando y tocando puertas de las autoridades para conocer el paradero de sus familiares. Piensan y se repiten: “es increíble que estemos pasando por la prueba de ADN para que se identifiquen los restos”. Se pellizcan en la puerta de la carpa antes que consultar en una tabletita de madera si su tipo corresponde a lo que se ha exhumado en su pueblo, sin gente desde la matanza de 1984. Lo dejaron todo (tierras, animales, sus casas) porque era huir o morir, a la espera que los mataran en ese conflicto

fratricida. Estuvieron en el lugar equivocado en el momento equivocado. Pero, de entre todos los pueblos en los que hay fosas comunes, se consiguió que sea Putis el siguiente lugar para que se exhumen sus restos, se identifiquen a sus víctimas y se les dé sepultura².

Un hecho esperanzador para los familiares fue la orden que emitió la Fiscalía para que se realice una exhibición de ropas para la identificación de restos, ésta se efectuó en el segundo piso de un colegio de Huanta³. Todos marcharon alrededor de la ropa tejida por los pobladores de Putis. Aunque estaba raída, se podían distinguir los colores de las chompas, los cinturones, las faldas, las vinchas, las pulseras con chaquiras y los zapatitos de bebés.

Luego los asistentes empezaron a palpar las prendas con el pulgar, el índice y el dedo medio, una y otra vez. Y así empezó el devenir de la identificación. Como si se tratara de una danza, los asistentes caminaban en pos de respuestas se acercaban a los textiles y movían los tres dedos con el fin de reconocer el punto que tejieron sus madres, hermanas o esposas. No hay un tejido



Panorámica del poblado de Putis hasta 1984, Ayacucho 2009.

que se repita en los Andes. Al quinto recorrido, un hombre saltó y se ofuscó al reconocer a su madre. Nadie se atrevió a interrumpir su dolor y emoción. Las rodillas se nos doblaron del dolor que presenciamos y sentimos. Nos enjugamos las lágrimas como pudimos para seguir reportando.

Los restos fueron trasladados a Huamanga para ser examinados por los miembros del Equipo Peruano de Antropología Forense. Una vez estudiados en los laboratorios, los restos se colocaron en ataúdes blancos para ser enterrados en un cementerio construido en Putis en tiempo récord. Durante las dos noches que pasaron en la oficina del EPAF en Huamanga, la antropóloga forense Mellisa Lund vio a una niña de largas trenzas y falda colorida correr por una de las salas. No se asustó. Para ella era “normal” que los desaparecidos de Putis salieran y se despidieran después de haber estado tanto tiempo dentro de las fosas.

Cuando los 92 ataúdes blancos iniciaron su largo camino de regreso, se organizó una romería en Huamanga. Los familiares y transeúntes espontáneos desfilaron en una larga procesión. Al final se realizó una misa en la Plaza de Armas y

por primera vez se les dio la esperada ceremonia de despedida.

Después partimos camino a Huanta, donde nos esperaba el ex alcalde Edwin Bustíos, quien había perdido años antes a su hermano Hugo, corresponsal en Ayacucho de la Revista Caretas.

En Huanta, los ataúdes blancos fueron los principales protagonistas de una sentida ceremonia. El sol iluminaba con todo su esplendor, mientras los familiares de las víctimas cantaban, recordando a sus seres queridos. Edwin no pudo evitar ponerse a llorar al finalizar su emotivo discurso, pensando en el hermano que partió.

Acabada la ceremonia, se inició la ruta hacia Putis, previa parada en San José de Secce, una localidad que dos semanas atrás había sufrido un atentado donde murieron tres policías y dos civiles⁴.

Apenas llegamos, los periodistas buscamos un lugar donde dormir. Encontramos un hostel en el segundo piso de una tienda, cuya construcción trunca sirvió de alojamiento para una veintena de periodistas. Nos acomodamos en cuatro habitaciones sin camas ni ventanas.

2. El entierro de los restos, una vez terminada la investigación forense, se realizó el 29 de agosto de 2009.

3. Realizada en Huanta el 30 y 31 de agosto de 2008. El mismo año se realizaron también exhibiciones de prendas en San José de Santillana (01 y 02 de setiembre) y en Putis (03 y 04 de setiembre).

4. Suceso del 1 de agosto de 2009.



Entierro de restos del caso Putis en Rodeo, Ayacucho 2009.

Resuelto el tema del alojamiento, fuimos al encuentro de los ataúdes blancos que acompañábamos, y que fueron colocados con velas frente a la Iglesia principal de San José de Secce, frente a la comisaría.

Los policías de la comisaría disimulaban muy mal que pudiera suceder un ataque para el que no estaban preparados. Dos semanas atrás habían muerto cinco personas en un atentado contra la Municipalidad y la comisaría.

En la madrugada, los tiros de bala del exterior se nos hicieron familiares, pero no impidieron que descansáramos, antes de acompañar a los ataúdes blancos hacia su destino final.

Luego de recorrer el camino desde San José de Secce, llegamos a la comunidad de Putis, abandonada tras los trágicos hechos del 13 de diciembre de 1984.

Al subir a la zona alta, conocida como la Comunidad Campesina de Rodeo, encontramos el nuevo cementerio, donde se enterrarían los 92 ataúdes blancos. Pocos cuerpos se habían podido reconocer; el deceso de familias enteras hizo imposible la identificación por ADN.

Acompañamos la última procesión de casi

diez kilómetros, precedidos por un grupo musical quechua compuesto por tres saxofones y un arpa.

Tres días después llegó la hora del adiós, para mí y todos los periodistas que acompañamos el entierro. Fuimos testigos de cómo se reunían los familiares alrededor de su ser querido, con qué cariño cerraban el nicho con cemento y pintura.

Era el fin de una historia que empezó en Putis en 1984, cuando 123 campesinos creyeron estar cavando piscigranjas, pero en realidad estaban cavando sus tumbas.

De acuerdo a la información recogida por el Ministerio Público luego de la exhumación de los restos de Putis, iniciada en mayo del año 2008, se concluyó que el número exacto de víctimas recuperadas fue de 92 personas: 35 menores de 0 a 17 años; 11 personas del rango de 17 a 21 años; y 46 personas mayores de 21. La mayoría de las víctimas eran mujeres, tres de ellas embarazadas.

Entre los familiares de las víctimas se encuentran Marina Condoray Quispe, quien perdió en la matanza a su esposo Rogelio Condoray y a su hija Rita Condoray Quispe de 10 años, además de otros miembros de la familia Condoray. “Sólo queremos justicia. Nos han llevado a los cerros,

hemos vivido como venados, hemos perdido nuestros ganados, perdimos nuestros hijos, sin ropas hemos quedado. Estoy consternada, tantos años han pasado... Me siento dolida pero aliviada, pude identificar a mi esposo, pero a mi hijita no”, señaló.

“¡Manan canchu!” (no en quechua), respondió Modesta Quispe Coronado al preguntarle si pudo identificar a su hermana de 16 años y sus ocho familiares. “No estoy conforme del todo con los resultados, pero tengo donde venir a llorarlos y dejarles flores”, indicó.

Guillermina Quispe Coronado, sobreviviente de Putis, identificó a su esposo, pero no a sus dos hijas, de 5 y 10 años. El hijo de Guillermina, Víctor Condoray Quispe, tenía diez meses cuando ocurrió la matanza. “Estoy un poco alegre, pero triste. No han encontrado a mis hermanas, pero aparecieron los huesos de mi papá”, comentó. “Tanto he caminado con mi mamá buscando a mis familiares. Nunca vi a mi papá. Los que han matado deberían recibir una sanción; pido al gobierno reparación individual, me he quedado sin historia”.

Una de las víctimas que más sufrió es Aurelio Condoray Coro, quien perdió a 40 familiares, entre ellos sus padres y sus dos hermanos: “Tenía 35 años cuando pasó; me salvé porque estaba trabajando en Vizcatán”. De los familiares de Condoray, se ha podido identificar a su madre Demetria Condoray Soto y a sus dos hermanos Raúl y Mauro Condoray.

“Pido reparación colectiva al pueblo e individual; nosotros perdimos casas, animales. Yo me siento una parte alegre, pero triste por otra parte. Después de 25 años me he encontrado con los huesos de mis familiares; ahora voy a enterrar sus restos y vendré a llorarlos y traerles flores”, afirmó.

Para el entonces alcalde de Putis, Gerardo Fernández Mendoza, quien perdió a 30 familiares, el mausoleo les recordará a los hijos de sus hijos lo que les sucedió y cómo llegaron a esta situación de abandono económico en que se encuentran.

La Presidenta del Frente Provincial de Organizaciones de Afectados de Huanta, Ruth Luna, comenta: “me da ira recordar lo que perdimos en Putis. Perdí 10 familiares, a mi hermana con toda su familia, mis tías, todos se fueron y aún no los puedo reconocer”.

¿Qué significó Putis?

Para José Coronel, ex-coordinador de la Oficina Regional Sierra Sur Central de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) de Ayacucho, la ceremonia de Putis “es el reconocimiento del Estado a la condición de ciudadanos con derechos de estos pobladores de las comunidades altoandinas de Ayacucho, representados emblemáticamente en el caso de Putis, donde fallecieron 123 personas que fueron enterradas después de 25 años”.

Según el filósofo y ex-presidente de la CVR, Salomón Lerner, lo sucedido en Putis “revela la descomposición moral, la crisis que aquejaba al Perú en la época. Con el tiempo se iba a confirmar lo que dijimos: hay 3 mil 500 fosas sin exhumar. Por eso pedimos un plan nacional de investigaciones forenses”.

“¿Cómo continuar así? En el mundo andino, mientras no aparece el cuerpo del fallecido, se considera que el alma sigue vagando, que no descansa. Lo que encuentras son familias traumatizadas. Es una desgracia. Se debería apresurar [el proceso de exhumaciones] como una manera de respeto elemental. (...) Putis nos remece porque es una prueba más de lo que revelamos en la Comisión de la Verdad. Es una llamada de atención de que nos equivocamos en cuanto al número de muertos y la barbarie que revelamos”, asegura Lerner

Putis es un testimonio del horror; pero, a su vez, es una lección para el Estado y todos nosotros de lo importante que es comprender nuestra humana necesidad de acompañar a un familiar a enterrar y despedir a su ser querido, para poder ser un mejor país.



Vigilia de los restos del caso Putis en la Plaza de Huamanga, Ayacucho 2009.



José Pablo Baraybar: el que hace hablar a los muertos

Tozudo, escéptico, irónico, viajero. Ante todo es un apasionado de la labor que desempeña desde fines de la década de 1990: el desentierro y la identificación de los muertos en eventos traumáticos. Tiene 50 años y ha dado la vuelta al mundo más de una vez, dirigiendo equipos para recoger e identificar centenas de cuerpos en conflictos en Europa, África y Asia.

José Pablo estuvo a punto de perder la vista por una negligencia médica. Para el bien del derecho humanitario y la felicidad de sus amigos, salió bien librado de semejante trance.

Ha viajado dirigiendo investigaciones forenses en Argentina, Guatemala, Ruanda, Congo, Etiopía, Bosnia, Filipinas, entre otros países.

En el 2006, Naciones Unidas reconoció la labor del equipo de Baraybar con el Premio UN21, por el “Proyecto Memoria”, que recogió las experiencias de las víctimas en Kosovo. En el

2011, recibió el premio “Judith Lee Stronach”, de Center for Justice and Accountability (CJA).

Es autor del libro “La muerte a diario” y uno de los mayores activistas por la memoria de las personas desaparecidas en el Perú.

A continuación, una entrevista en la que explica cómo lo marcó dirigir el equipo de investigación forense en Putis.

-¿Qué significó Putis en tu trabajo como forense y como persona?

—Fue un tema muy duro porque de alguna manera son los muertos propios más que los ajenos. Son tantos años de muertos ‘ajenos’ en África, los Balcanes, donde fuera. Finalmente, te enfrentas a algo que ya conocías y que has hecho antes pero a una escala tremenda. Muchos niños [la mitad son niños]... La historia en general o como se conoce, es una historia bastante sórdida, porque se sospechaba que eran terroristas.



Traslado de los restos del caso Putis, Huamanga, Ayacucho 2009.

—¿Por qué es importante Putis?

—Putis es un caso cruel, horroroso, espantoso, pero no es diferente a los tantos miles de casos que hay todavía enterrados en las miles de fosas que existen en el país. Lo más importante de Putis es que hace un llamado de atención al mundo al iniciar un proceso de desentierro que no debe detenerse. De alguna manera, Putis ha servido para abrir un poco los ojos.

Gracias al informe de la Comisión de la Verdad, contábamos con mucha información de lo que había pasado. Todo eso ha ayudado a crear la imagen de un Perú que no conocíamos. [En Putis] no hay nada, sólo un río miserable que no tiene ni truchas. Básicamente es darnos cuenta de que hay un Perú, que sigue siendo invisible hasta ahora y que estaba ahí. Hay muchos Putis más, sólo hemos rasgado la superficie.

Tras muchos años dedicados a la identificación de cuerpos, ¿te has detenido a pensar si hay un instrumento que mida el salvajismo del ser humano?

No hay nada que pueda medir tal grado de eliminación hacia el otro. Los niños no son un objetivo militar bajo ningún concepto, no

son combatientes. Debemos sentirnos removidos por la muerte de otra persona, sea de la edad que fuere y sea del género que fuere. No debemos perder la capacidad de indignarnos o condolernos ante la desaparición a la fuerza de un prójimo.

—¿Cómo era el día a día de un familiar de los desaparecidos en Putis?

—Ellos han vivido vejación tras vejación. Los [pueblos como] Putis del Perú son otro Perú, otro lugar. Es un deber dignificarlos y, claro, me dirán: “eres un soñador”, “estás pidiendo mucho”, “es imposible”, “es un proceso”. El problema es que han pasado 24 años y en el momento en que pasó eran tan miserables como ahora. Entonces, el problema es una deuda interna que arrastramos de años y si multiplicas esta deuda a las familias de los 15 mil o más desaparecidos que hay, es un montón de gente.

En Putis, por ejemplo, lo que más impacta es que es una localidad alejada de todo, con una densidad poblacional baja. Es pobre y vivían de la venta del ganado.

El objetivo fundamental es que el Estado peruano sea capaz de reciudadanizar a todos

los invisibles que viven en este otro Perú, que han salido a la luz con Putis, siendo Putis un caso de invisibilidad como tantos otros más.

Esta tarea de reciudadanizar es un proceso de todos, de los medios de comunicación, no solamente del Estado. Y sí tengo la ilusión de que así sea, de que podamos ser capaces de salir adelante y acabar con los invisibles de la guerra.

—¿Cómo fue el tiempo de la exhumación?

—Nuestro campamento tenía otro campamento al lado, un destacamento militar que estaba para proteger al fiscal.

En uno de esos días, bajó una columna de Sendero [Luminoso] o de narcos con Sendero, gente armada, finalmente, en medio de la noche. Uno de los chicos abrió la carpa porque escuchó algo y le metieron el cañón de un arma larga. Ciertamente, no fue muy agradable. Preguntaron “¿ustedes quiénes son, qué hacen aquí?”. El problema es que los militares estaban literalmente a veinte metros, nos habían visto con estos aparatos de visión nocturna, pero no se movieron. Mucha gente se fue al día siguiente. También dieron como una charla instructiva a la gente —que no ayudó mucho, tampoco— [en la que nos decían] “si nos atacan, se tiran todos al suelo”. Es complicado porque estás desarmado en el medio de una pampa donde no te puedes esconder de nada.

Después, al momento de culminar la exhumación, llegó la prensa y fue un tema también complicado de manejar. Vivimos un tiempo muy tenso.

—¿Qué se siente en el trance de estar frente a una fosa antes de exhumarla?

—Hay algo muy extraño, te sientes rodeado de gente... Suena bastante estúpido, pero así sean esqueletos o cuerpos descompuestos, te sientes rodeado de gente, literalmente.

Tienes que hacer o tomar decisiones muy directas y específicas sobre cómo recuperar a estas personas que no parecen personas. Lo

primero es no mezclar la parte de una con la de otra, porque a la gente no la matan y la ponen una sobre otra en orden. La gente está toda mezclada y no hay ningún tipo de tejido que permita mantener una pierna unida o una mano unida. Es una experiencia sumamente extraña; fue un cambio tremendo entre lo que pasaba, por ejemplo, en los Balcanes y lo que pasaba aquí. Acá era todo muy seco, muy estéril, no había olores mayores. En las épocas en que trabajábamos en los Balcanes, donde la gente había muerto hacía un año, todo era muy reciente, olores muy marcados, consistencias, formas, colores; acá era algo mucho más seco. Los adjetivos están de más, pero te sientes muy acompañado.

—¿Qué experimentaste en la segunda fase, cuando iniciaron el reconocimiento del ADN con los familiares e hicieron la ceremonia de reconocimiento a las ropas de las víctimas en un colegio en Huanta?

—Esa fue la etapa más complicada, más que todas las etapas anteriores. Es la hora de la verdad, la gente identificando la ropa del ser querido. Yo me acuerdo mucho de una persona que levantó un harapo de algo y dice “esto de aquí lo tejí yo y se lo regalé a mi prima cuando se casó”. Era exactamente igual a cualquier otra parte, pero la persona estaba reconociendo y a la vez confrontándose de alguna manera a lo inexorable, sabiendo que, aunque sus familias estaban muertas, tenían una parte de ellas ahí, que podían tocar.

El otro tema importante fue todo el trabajo que se hizo al reconstruir la ropa. Nos convertimos en un taller de sastrería o de alta costura. Compramos maniqués en el mercado de Huamanga; nos miraban raro por andar con un maniquí de niño, un maniquí de adulto, de hombre, de mujer. Y empezamos a pegar con alfileres, con imperdibles, como si fuera un taller de corte y confección, cada pedazo de ropa, cada harapo, para poder entender cuál es la



trayectoria de la bala que atraviesa la ropa y cómo llegaba hasta el hueso. Después de trabajar mucho con la ropa, reconocer las prendas era como una cosa muy personal y colocar esas prendas en exhibición fue algo muy íntimo.

–A diferencia de otros lugares donde has estado, aquí las prendas eran tejidos únicos. Cada prenda que se teje es única. ¿Qué diferencias encuentras con las investigaciones forenses que se realizaron en Perú, de las otras que has participado alrededor del mundo?

–No era tanto lo tejido, genéricamente hablando, sino que tejían cinturones, chompas, faldas, sacos, medias, lazos de cabello, entre otras prendas. Por ejemplo, los zapatos eran todos iguales y una persona viene a decirme que su tío es zapatero y que ella podía reconocer la hechura de cómo él reparaba los zapatos. Y, en efecto, me decía “estos de aquí son los zapatos de mi tío”. ¿Por qué? “Porque mira el taco, está desgastado por acá, él caminaba de esta manera”. Una cosa absolutamente impresionante por el nivel de detalle después de tantos años. Será lo que ocurre ciertamente en el interior de cada persona, pero vivirlo es diferente a contarlo.

–¿Cuán importante es el cierre para los familiares de Putis?

–Yo no sé si el duelo se puede cerrar simplemente ahí. Creo que hay un nivel de dignificación importante que se da en este momento, es un estadio importante, tal vez un inicio de ese cierre. El problema es que son demasiados temas que siguen abiertos. No son las únicas víctimas; faltan muchas más. Una parte de la comunidad todavía sigue buscando, o sea, no saben qué pasó con sus víctimas porque no están ahí. Yo diría que sí, es el inicio de un proceso que terminará solamente en el momento en que las víctimas de Putis, en general, puedan descansar en paz y no como ellos dijeron, botados en un paraje como si fueran animales.

–Otro hecho que impacta en Putis es



José Pablo Baraybar, Plaza de Armas de Huamanga, Ayacucho 2009.

el alto número de niños. ¿Cuántos menores de edad murieron en esa matanza?

La mitad menos uno o menos dos, pero básicamente la mitad. Es el 48 por ciento; una gran cantidad, de todas las edades posibles, desde bebés hasta los 16 años, aproximadamente.

–¿Crees que el entierro digno de Putis hizo que muchas comunidades tuvieran la esperanza de encontrar a su ser querido para poder enterrarlo? ¿O todavía estamos en un proceso tan largo que no sabemos cuándo acabará?

–El efecto Putis se ha diluido totalmente. Creo que en algún momento tal vez se pensó “bueno, finalmente algo pasa, tanta gente junta, un esfuerzo tan grande”, pero se diluyó. Lo que vemos ahora es que la gente está harta, ya no quiere hablar contigo, no quiere que le vuelvas a contar lo mismo, no le interesa volver al mismo tema que ha hablado con todo el mundo. La gente termina resignándose a este dolor inexorable, “así es, me tocó”. Para la psiquis colectiva es algo tremendo porque, de alguna manera, reafirma esta condición de víctima, esta cultura de víctimas, que es algo que habría que combatir.

–¿Es decir “me toco a mí y ya pasó” y olvidarse del tema?

–Y “no hay forma en que pueda salir de esta”. Ese fatalismo es tremendo porque se reproduce. Hay que entender que la condición de víctima es una condición adquirida; es como un tatuaje que te puedes bañar y no te lo vas a sacar, te puedes refregar y no va a salir. Es una mancha que va a estar contigo, pero tú estás en un tránsito de ser víctima a ser sobreviviente. Porque estás vivo, estás luchando por tus derechos y estás tratando de ver hacia adelante. Lo que falta es completar el camino a la ciudadanía.

–En el caso de Putis, específicamente, ¿qué casos te pasmaron?

–Había una niña que su madre siempre pensó que estaba viva en algún lugar, hasta el

momento en que se la entregaron. Fue muy desgarrador, porque los familiares de los desaparecidos en cualquier parte del mundo albergan esas esperanzas, por más irracionales que suenen. Como un “yo sé, pero existe la posibilidad remota de que lo que yo sé no sea cierto”, hasta el momento en que se enfrentan a esa verdad devastadora.

–¿Es una suerte de dolor perpetuo?

–Hablando con la familia Heraud (5), que son grandes amigos míos, antes de la exhumación de Javier –para trasladarlo de Madre de Dios a Lima– te decían “hay días en que yo pensaba que Javier iba a tocar la puerta e iba a estar ahí, un Javier como lo dejé”. No hay ningún tipo de duda respecto a lo que ocurrió, pero no hubo ese cierre porque no pudieron ver el cuerpo, porque cuando llegaron ya estaba enterrado⁵. Es esa lógica de no poder cerrar, de no poder saber. Tú le preguntas a un familiar de un desaparecido en África o en donde sea y te va a decir exactamente lo mismo: “cuando yo tengo hambre me pregunto: ¿tendrá que comer? Cuando está lloviendo, ¿tendrá un lugar dónde cobijarse? Cuando tengo frío, ¿tendrá con qué abrigarse?”. Siempre es lo mismo, es un fenómeno transcultural. La gente en el Perú no tiene un enfoque diferente al de otros humanos. Es el no saber.

–¿Hay una dureza especial que desarrolla un forense cuando trata tantos casos, tantas historias, tantas violencias?

–No sé si los forenses lo desarrollan. Yo no puedo hablar por los demás. Sí, he visto gente muy dura, muchas veces ponen automático, pero creo que la procesión va por dentro. Lo manejan de manera diferente y abusan de una cosa u otra para poder escaparse de eso. Pero sí es cierto que durante el acto uno trata de separarse un poco para poder mirar las cosas con objetividad. Si pierde objetividad debería dedicarse a otra cosa. Ahora, esto no implica que no te afecte, el tema es qué tanta dureza puedas tener.

5. Javier Heraud Pérez, poeta que murió en el departamento de Madre de Dios en el año 1963.



Mellisa Lund: pica, palea y pelea contra el olvido

Su apariencia puede ser engañosa: pequeña estatura y una sonrisa que desarma. Detrás se encuentra alguien que ha realizado investigaciones forenses alrededor del mundo y que estuvo a punto de morir mientras realizaba un desentierro en un cementerio en Bosnia.

Arqueóloga de 39 años, se especializó en antropología forense apenas egresó de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, cuando José Pablo Baraybar la llevó a participar en las investigaciones forenses tras la matanza de Srebrenica (1995), en Bosnia, donde fallecieron ocho mil personas.

Lund tuvo que picar y palear la tierra como cualquiera, en busca de los muertos.

“En ese cementerio habían enterrado unos soldados debajo de las tumbas, hecho del que nos dimos cuenta al ver movidas las cruces. Despatizamos el área [sic], sacamos las cruces y luego los cuerpos”, recuerda.

Por las noches, Lund soñaba con los muertos, que se quejaban por ser movidos de su sitio y le decían que paren de moverlos porque los estaban perturbando. Cuando se lo contó a su jefe, José Pablo le respondió: “es una buena señal de que estamos cerca”.

Los perpetradores habían movido los cajones de su sitio, luego cavaron la fosa, colocaron los cuerpos en bolsas para cadáveres y los arrojaron a la fosa, taparon la misma y finalmente colocaron los cajones pero removidos. Lund se enfrentó por vez primera a cuerpos y no esqueletos, como había acostumbrado hasta entonces.

“Era gente que trataba de escapar. Llevaban comida, cosas para sobrevivir tras abandonar su casa, y cartas donde pedían perdón o daban señas por si los encontraban muertos. Entre esas cosas encontré una cadenita de oro, con una foto donde había dos mujeres, una madre y su hija. Hay un entorno detrás de cada cuerpo”, explica.

A Lund le incomodan las entrevistas donde ella es la protagonista, pero la convencí luego de mucha insistencia. Quería saber por qué uno se dedica a una carrera que es una puerta a lo peor del ser humano.

—¿Te enfrentas a muchos peligros en la antropología forense?

—Sí y lo supe desde el primer momento en Bosnia. Como los cuerpos estaban en bolsas para cadáveres y eran cuerpos, uno sobre el otro, ponían a la gente que menos pesaba para sacarlos. “Una amiga y yo —que éramos las más flacas y pequeñas— entrábamos y sacábamos los cuerpos luego de que los expertos habían desminado el área”. En una de esas veces, como estaban uno sobre el otro, no se registró el cuerpo que estaba en el suelo. Al sacar uno de los cuerpos, yo sentí algo diferente a un hueso, me decía a mí misma “aquí hay algo raro, es como una piña, no tiene la densidad de un hueso”. Al contárselo, el jefe me grita “¡baja el cuerpo y ponlo de nuevo en su sitio!”. Yo sabía el peligro que corría porque sabía lo que era. En ese momento pensé en mi madre, en mi abuela... Es como hacer un flashback y decirte a ti misma “he venido a morir en una fosa”.

Luego me dijeron que tenía que salir; yo me paralicé de miedo y tuvieron que entrar a sacarme. Nos metieron a un camión y nos llevaron a dos kilómetros del lugar. Luego escuchamos cinco detonaciones. Pude morir, pero igual seguí trabajando. O estás loca o naciste para esto. Como decía una amiga, alguien tiene que hacerlo.

—¿Qué sentiste al trabajar en Putis?

—Putis era emblemático. Hicimos la reconstrucción de un caso desde el inicio hasta el final.

Sentí el dolor de mi gente, la más humilde. Eso me marcó y me dije “¿por qué pasó?”. Fue una población entera que cavó su propia tumba. Hubo violaciones, si bien no lo pudimos probar para efectos de la investigación, encontramos varias mujeres enterradas sin falda, un hecho que nos da luces de los terribles momentos que atravesaron antes de morir.

–¿Qué es lo primero que recuerdas al cerrar los ojos y transportarte hasta la zona de exhumación en Putis?

–Encontré dentro de la fosa un gorro blanco de una de las víctimas, una niña de menos de tres años, con hermosos bordados. Luego, alzo la vista y veo a una niña corriendo con una gorra igual. Una dimensiona el horror y la crueldad que sufrimos. ¿Cuál fue su pecado?

Recuerdo el frío que no se iba, los balazos de madrugada entre los militares y los posibles remanentes de Sendero Luminoso. Fue una experiencia fuerte, pero esas ansias de descubrir la verdad nos hicieron pasar por alto el peligro al que nos enfrentábamos.

–¿Es verdad que durmieron con los restos que trasladaron de Putis a Huamanga?

–Siempre le digo a mucha gente que no tiene la oportunidad de trabajar en algo que le apasiona, que a mí me apasiona mi trabajo. Hago algo que me llena. Cuando llegaron los restos, que estaban bajo custodia, los colocaron en un almacén, al lado del cuarto donde dormíamos. Los niños movían las mantas, escondían las llaves, era todo muy raro. Cuando me despierto y camino hacia el baño, pasa una niña con un vestido amarillo, da la vuelta, corre y se va. No sentí miedo; sentí su inocencia y me puse muy feliz, muy contenta, de que ella se me mostrase, como un modo de agradecimiento a lo que estábamos haciendo.

–¿Cuán importante es tener un entierro digno?

–Es a lo que siempre hemos apuntado y a



Melissa Lund ordenando los restos para la restitución del caso Putis, Ayacucho 2009.

lo que quisiéramos llegar. No queremos que los restos se queden en las morgues o en almacenes. Si bien no podremos identificar a todos, sí es importante que tengan un entierro digno. Hacer un trabajo completo en Putis, desde el inicio hasta el fin, fue como cerrar nuestro propio duelo.

–¿Qué nos diferencia de Argentina, Uruguay y Chile?

–Que en esos países los desaparecidos provenían de zonas urbanas. Mientras que en Perú desapareció gente muy humilde. Ese hecho ha causado esa indiferencia y olvido imperdonable de todos nosotros hacia ellos.

Las madres [de los desaparecidos] se mueren y no hay un plan de trabajo; no hay una conversación, un diálogo, para ver cómo se avanza. Tenemos que tener humanidad para seguir trabajando en devolver los cuerpos de los desaparecidos a sus seres queridos.

Además, estamos perdiendo el ADN para recuperar a los desaparecidos porque las mamitas se están muriendo y cada vez será más complicado identificar a las víctimas.



-¿Qué pasó en Putcca?

-Es un caso en Huanta, en el que analizamos los huesos en un laboratorio y, de pronto, nos enteramos que fue una matanza 50-50. Es decir, que habían matado un 50 por ciento de niños, mientras que el otro 50 por ciento eran hombres.

Empezamos a analizar los cuerpos y me detuve en el cuerpo de una niña que murió de lesiones cortantes hechas con machetes. Sabíamos a qué nos enfrentábamos. Al ver la ropa extendida, veo un vestido blanco, chiquitito, de alguien de aproximadamente de 1 año 9 meses. Era la ropa intacta con ojotas chiquitas, chompa de color blanco... Me empiezan a describir los cortes por la espalda que tiene la niña. Miré el cuerpo y no aguanté más; me fui de la sala a llorar. Yo estaba embarazada, sin saberlo aún. Al llegar a Lima me lo dijeron.

-¿Qué retos afrontan los peritos forenses en un país donde se habla de más de 15 mil desaparecidos?

-El reto es de buscarlos. Nos estancamos en cuestiones más frívolas que en la búsqueda en sí. Tenemos una muy buena calidad de profesionales en el Perú que podrían avanzar en este proceso, pero, lamentablemente, no se está haciendo.

Se tiene que poner este tema en la agenda política. Que las fiscalías cuenten con más personal y recursos, sobre todo en las fiscalías provinciales, como Ayacucho. No tienen personal y no se dan abasto.

-¿Cómo superar estos obstáculos?

-Debemos darle más importancia a la búsqueda de los desaparecidos y a la posible identificación de los mismos, no restarle importancia a otro tipo de casos, pero priorizar este tema. Buscar darle el trato que las víctimas merecen, muchas mueren sin obtener respuestas.

-No es fácil de entender que todos los cuerpos que se encuentran e identifican forman parte de un proceso judicial. ¿Cómo funciona eso?

-Hay casos complejos que se van a juicio. Pero hay otros casos que no necesariamente tienen que esperar el juicio para tener el cuerpo. El análisis de los cuerpos no sólo permite recuperar evidencias penales sino también identificar a las personas y aliviar el sufrimiento de las familias.

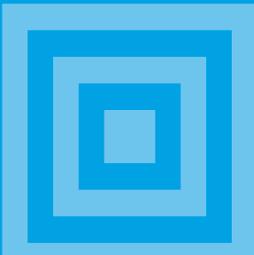
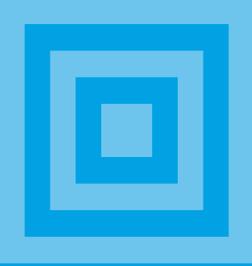
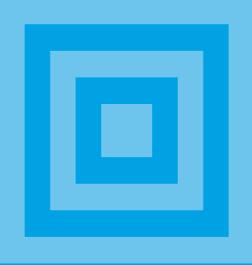
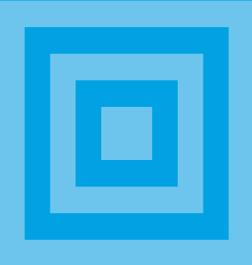
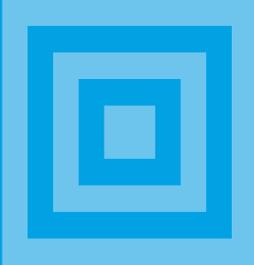
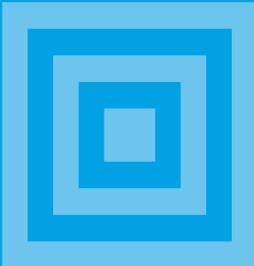
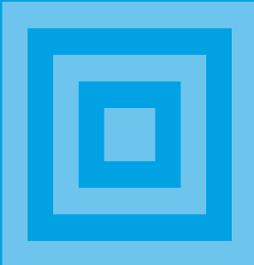
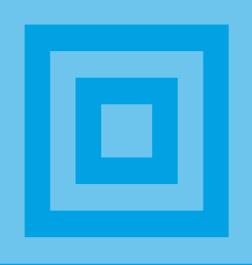
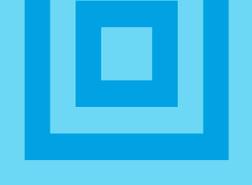
Hay una parte humanitaria en esta historia, que es la restitución de los restos a sus familiares. Hace falta sensibilización.

Hay gente que está en contra de esto y dice "bueno, pues, era una guerra". No, no era una guerra que tu hijo haya salido a comprar pan y no regrese. Pero como no es tu hijo, no te importa. Tenemos que ponernos una mano en el pecho y decir "hay que ayudar". Y, básicamente, esa fue la razón por la cual la mayoría de nosotros estamos trabajando en estos temas y, cuando queremos dejarlo, no podemos; sientes que los estás abandonando. ¿Quién más los va a ayudar?

-¿Cómo dejar de olvidar? ¿Qué se tiene que hacer? ¿Un plan nacional?

-Diseñar e implementar un plan de búsqueda de personas desaparecidas. Hay muchos casos que tienen información; lo que requerimos para exhumar un caso es toda la información que nos puedan brindar los testimonios, las denuncias, para llegar a identificar a alguien.

Se debería tener un plan de búsqueda de personas desaparecidas. Nos acordamos de los desaparecidos cuando vemos casos como el de Ciro Castillo o el mayor Bazán en Bagua y vemos la diferencia cuando hay recursos.



ANFASEP:
ADELINA
GARCÍA,
TESTIGO
DE CARGO

4

ÁNGEL GARCÍA CATALÁ



Adelina Garcia muestra la foto de su esposo desaparecido, Ayacucho 2010.

Visité Huamanga por primera vez después de estar en el Perú cerca de un año. Invitado por el CICR para documentar algunas de las actividades en las que colaboraban con Anfasep. Hasta ese momento, mis conocimientos acerca de la ciudad, en especial sobre lo que sucedió durante los años del conflicto armado interno, se reducía a lo escrito por Carlos Iván Degregori en sus numerosos libros e investigaciones. Entre éstos, recuerdo que “El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969 - 1979” inauguró mi biblioteca sobre el tema. Tampoco me faltaban, a modo de referencia, los numerosos comentarios de colegas y amigos. La mayoría de ellos insistían en las bondades de los cielos ayacuchanos, “los mejores del Perú”, escuchaba con frecuencia. A mí me preocupaba lo que había pasado en sus tierras.

Esa preocupación no evocaba belleza alguna, sólo angustia y desasosiego. El terreno que ahora pisaba representaba, tal vez como ningún otro del país, el escenario no sólo de una evidente tragedia humana, sino del esfuerzo de sus gentes por superarlo sin verse ahogados por el rencor y la ira. Una empresa mayúscula.

Entre quienes decidieron emprenderla, las mujeres de Anfasep siempre ocuparon un lugar destacado y admirable. Su trayectoria a lo largo de todos estos años de miserias, grandes y pequeñas, cotidianas e históricas, motiva sobradamente la visita a su casa-museo. Sus

ambientes, además de albergar reuniones y diferentes talleres, sirven como un espacio donde indagar en las raíces de un conflicto de dimensiones históricas, a través de objetos, fotografías y diferente documentación.

Visita tras visita, entre diferentes conversaciones, las mujeres de la asociación (madres, esposas o hijas de la adversidad), me muestran su empeño por descubrir la realidad de unos sucesos cada vez más remotos, que otros se esfuerzan por sepultar sin ni siquiera conocer.

Testimonios como el que sigue son el vivo reflejo de todo lo contrario. Las palabras de Adelina García constituyen un estandarte que toda sociedad interesada en su salud y bienestar debería conocer y respetar. Ella, más que otra víctima de la sinrazón humana, es una representante de la historia.



La perspectiva cotidiana

Hay realidades que llegan anunciándose de lejos. Lo hacen a través de testimonios ajenos a nuestra cotidianidad. En la portada que ojeamos en el quiosco o aquel noticiario que vemos mientras comemos. Luego, en un momento dado, sin previo aviso, esas experiencias comienzan a acercarse. Poco a poco.

Para Adelina García, el primer contacto con el conflicto armado interno peruano llegó por la radio. Se remonta al 17 de mayo de 1980, cuando Sendero Luminoso quemó las ánforas electorales instaladas en el pueblo de Chuschi (Ayacucho), durante la celebración de las elecciones generales de ese año. Los propios miembros de Sendero Luminoso lo llamaron el Inicio de la Lucha Armada. “No será para largo, no nos afectará en carne propia”, pensó entonces Adelina.

El conflicto cambió para siempre la vida de Adelina el 1 de diciembre de 1983. Ese día más de veinte hombres encapuchados atravesaron la puerta de su casa y se llevaron a su esposo. Zósimo Tenorio Prado, quien tenía 27 años y trabajaba como cerrajero en un taller instalado en su propia casa. Adelina era una joven de 20 años. Todavía no sabe qué pasó después de esa noche. Tampoco dónde está su marido. Aquella noche, la injusticia del conflicto, esa que antes sólo podía imaginar a través de otros, se adueñó de su vida.

El dolor de cerca

“Cuando te toca, cuando desaparecen a alguien de tu familia, no puedes olvidar el dolor. Durante cinco años caminaba de acá para allá, buscando. Iba a zonas donde solían arrojar muertos, me decía ‘de repente ya lo han botado por acá’. Cuando veía a algún loquito por la calle también pensaba en mi marido: ‘con tanto golpe, quizás es él. Ha perdido la memoria, se ha vuelto loco, y está caminando en la calle’”.

Esa búsqueda continúa todavía hoy: “Este 1 de diciembre se cumplen 30 años de su desaparición”, recuerda certera Adelina. En el transcurso ella ha cumplido los 50. Sus años transmiten serenidad, pese a la tragedia o precisamente por ella. Se expresa con calma, sus ojos lucen cansados, pero no de un cansancio físico, sino de otro tipo, difícil de interpretar. Sin embargo, miran de manera valiente hacia aquellos días aciagos.

Los recuerda con una precisión que sobrecoge. Es evidente que los visita con frecuencia. Los primeros momentos, tras la detención; la incompreensión: “¿por qué?, si él es inocente”. Las esperanzas de volver a encontrarlo revivían tras recibir información siempre falsa. Padeció engaños y estafas: “está en tal sitio, págame tanto y yo voy a movilizar para que lo puedan soltar”.

Recorre esas conversaciones y escenarios como si fuera ayer. No todos, sin embargo, son recuerdos dolorosos. En su vagar por las calles ayacuchanas, Adelina se encontró con algunas mujeres de mirada perdida y gesto similar al suyo. También habían perdido a alguno de sus familiares.

Una de esas mujeres era Angélica Mendoza, también conocida como Mamá Angélica y reconocida como uno de los rostros fundamentales del movimiento de defensa de los derechos de los desaparecidos y de los familiares. Alentadas por el abogado Zósimo Morroa Roca y gracias al decidido apoyo de la entonces alcaldesa de Huamanga, Leonor Zamora, esas mujeres formaron la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos, Desaparecidos del Perú (ANFASEP).

“Al principio no teníamos local; entonces cuando nos preguntaban en la calle ‘¿quién está encabezando esta organización?’. Contestábamos: ‘Nosotras mismas, porque nuestro dolor nos obliga a caminar así, todas juntas. No tenemos presidenta, no tenemos nada’,



Adelina García y su esposo Zósimo antes de la desaparición, Ayacucho 2010.

decíamos, porque teníamos miedo”.

Meses después, Zamora les prestó un local para sus reuniones. Después se creó, en el año 1985, el comedor para los niños huérfanos del conflicto. Esta vez el local fue cedido por el profesor Alcides Palomino. Tanto la alcaldesa como el profesor, héroes desinteresados de la desgracia peruana, fueron asesinados en los años siguientes⁶.

El camino de la memoria

A pesar de la vívida memoria de Adelina, esos inicios quedan ya lejos. También los momentos más duros de su lucha. “En ese tiempo muchas socias se alejaron, quedamos pocas. No teníamos miedo. ‘Si nos matan, cualquier cosa nos hacen, lo mismo que a nuestros niños nos harán’”.

Uno de los mayores impulsos a la organización de estas mujeres fue el nacimiento de la Co-

misión de la Verdad y la Reconciliación (CVR), en el año 2001. El Informe Final, presentado el 28 de agosto de 2003, supuso un reconocimiento a las inquietudes de estas mujeres. Hasta ese momento, los desaparecidos no existían de manera oficial, sobre ningún papel. “Antes de la CVR, nosotras pensábamos que la mayoría se había olvidado ya de los desaparecidos. Ya nadie hablaba de ellos”, dice Adelina.

Sin embargo, una de las recomendaciones más importantes de la Comisión: la reparación económica y simbólica a las víctimas, aún no ha llegado a todos los afectados. Adelina tiene una opinión sobre la razón de esta ausencia: “No existe voluntad política”.

Una lucha desigual, pero necesaria

A pesar de todo, ellas siguen su camino. Tras el mencionado informe, construyeron –apoyadas por la cooperación internacional– el museo que hoy forma parte de su hogar: Museo para que no se repita. Adelina lo explica así: “son necesarios los lugares de la memoria para que otros, los jóvenes, se pregunten: ‘¿Cómo pasó aquello, cómo pasaron estas cosas?’ Y así no repitan lo ocurrido”.

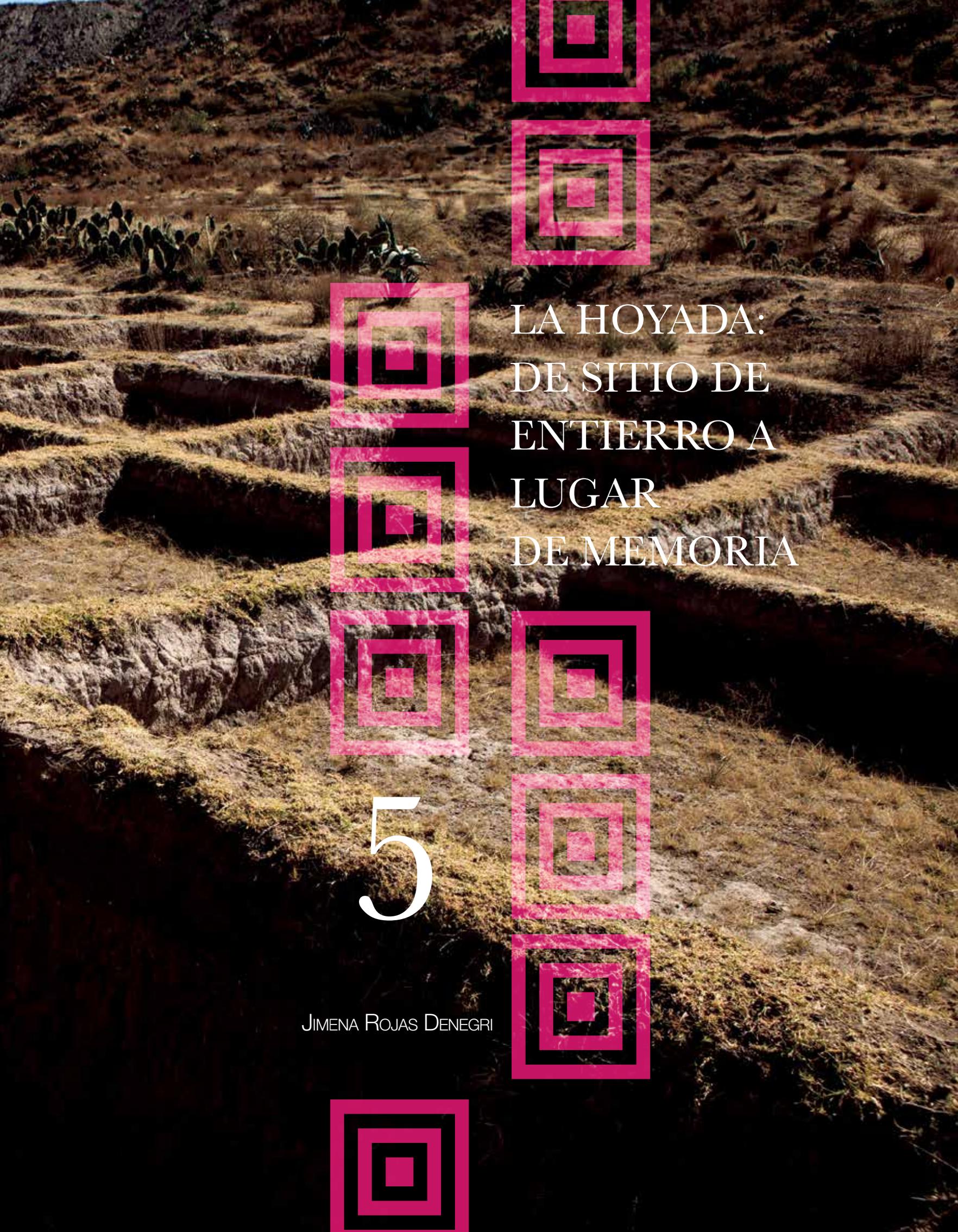
Fuera de esta misma casa, donde conversamos durante horas con Adelina, se encuentran varias esculturas y objetos que hacen referencia a los familiares desaparecidos en el conflicto. En una de las fachadas, varios carteles muestran algunos de sus rostros. El sol actúa aquí como un potente abrasivo, convirtiendo las imágenes concretas en una mancha que hace difícil distinguir un señor de otro, este joven de aquel.

Es una imagen cruel, que representa la injusticia de su existencia. Desaparecidos en vida, su recuerdo gráfico, al menos éste, también los ha traicionado. Es precisamente contra lo que luchan estas madres y esposas, estas mujeres de las que Adelina es una voz más contra el silencio y el olvido. Para que no se repita, sí, pero también para que sean recordados.

6. Leonor Zamora (1948) era trabajadora social. Fue alcaldesa de Ayacucho entre los años 1984 y 1986. Fue asesinada el 21 de diciembre de 1991. El profesor Alcides Palomino fue asesinado el 10 de diciembre de 1989, cuando ejercía el cargo de Secretario general del Sindicato Unitario de Trabajadores en la Educación del Perú (SUTEP) de Ayacucho.



La Hoyada, Huamanga, Ayacucho 2009.



LA HOYADA:
DE SITIO DE
ENTIERRO A
LUGAR
DE MEMORIA

5

JIMENA ROJAS DENEGRI



A finales del año 2011, tuve la oportunidad de viajar sucesivas veces a Ayacucho y conocer de cerca el trabajo que realizan diferentes entidades junto a las familias de los más de 15 mil desaparecidos durante el conflicto armado interno. Esta experiencia me permitió recoger diferentes relatos de quienes vivieron este duro episodio.



Equipo de la Primera Fiscalía Supraprovincial de Ayacucho a cargo de la investigación del caso Cábitos, Ayacucho 2009.

Conocí a las madres de la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (ANFASEP), quienes se encuentran trabajando arduamente para que el terreno, ubicado detrás del cuartel “Los Cabitos”, sea reconocido como un lugar de memoria. El espacio es emblemático: fue aquí que se conocieron e iniciaron la búsqueda en conjunto de las personas desaparecidas.

La Hoyada: Emblema de la lucha de ANFASEP

Maximiliana Quispe, madre de ANFASEP y viuda del desaparecido Constantino Saavedra, nos llevó al terreno de La Hoyada. “Ese es el horno, ahí cremaban los cuerpos de los detenidos”, dice al señalar una estructura de cemento. Avanza unos pasos por el terreno y se acerca a un pozo: “Acá los torturaban ahogándolos. Muchos han muerto, esto es un gran cementerio”.

Entre los años 1983 y 1985, La Hoyada funcionó –en la teoría– como campo de entrenamiento para los militares del cuartel “Los Cabitos”. Actualmente, este espacio se encuentra dividido por cientos de excavaciones, de las que se han exhumado más de cien cuerpos. Los deudos de los ejecutados en La Hoyada tuvieron la esperanza de recuperar a sus fallecidos cuando comenzaron las exhumaciones, pero este deseo se vio rápidamente frustrado, debido a que casi ninguno de los cuerpos ha podido ser identificado.

La tarea de reconocimiento de los fallecidos parece imposible. Muchos están desnudos, decapitados o calcinados. No sólo los mataron: los quisieron volver víctimas sin nombre. Muertos anónimos.

Desde el año 2007, ANFASEP mantiene un largo litigio por este territorio. Han solicitado

una transferencia de tierras para construir un ‘santuario de memoria’, es decir, un espacio para recordar los horrores ocurridos en la región y dignificar a las víctimas asesinadas y enterradas en cementerios clandestinos. Una justa reparación simbólica para los deudos.

El pedido nació a raíz de las exhumaciones realizadas a partir del año 2005, pero los primeros documentos para solicitar la transferencia del terreno del Ministerio de Defensa al gobierno municipal se emitieron durante el año 2007. Han pasado varios años, pero los familiares nunca perdieron la esperanza de poder construir un santuario para recordar a sus seres queridos.

“La Comisión de la Verdad ha mencionado en sus recomendaciones la importancia de las reparaciones simbólicas. Y esto sería una reparación para todos los familiares, no sólo de Anfasep”, afirmó Adelina García, miembro de Anfasep y esposa del desaparecido Zósimo Tenorio.

Un primer paso fue la cruz que se colocó en julio 2011 en el terreno para garantizar la intangibilidad de la zona. También se han colocado una serie de hitos para delimitar el territorio y protegerlo de las “invasiones” mientras se encuentra en disputa.

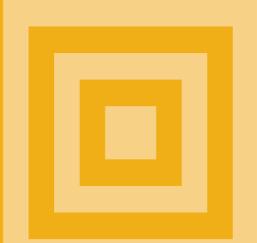
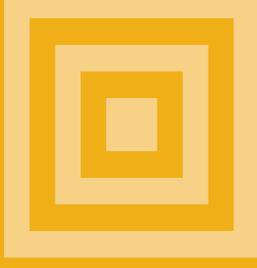
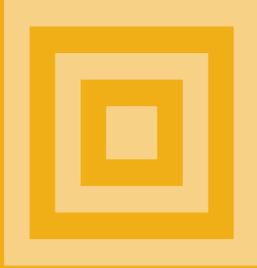
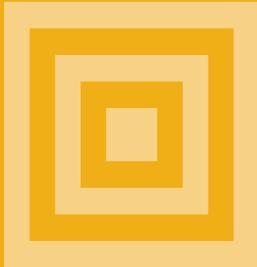
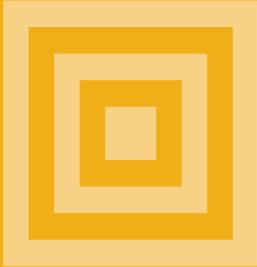
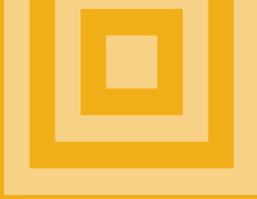
La creación de un Santuario de la Memoria en La Hoyada materializará las vivencias de estas mujeres y dará lugar a diferentes voces que han sufrido la experiencia de una desaparición en su familia. Los recuerdos de cada uno de los familiares que perdieron a sus seres queridos lograrán articularse en un espacio de conmemoración.

Felizmente, luego de tantos años, al fin han conseguido que se transfiera el terreno al Gobierno Regional, que a su vez ha declarado el lugar como Santuario de la Memoria y ha comenzado las gestiones para la construcción del lugar⁷.

7. Ordenanza Regional Nro. 021-2013-GRA/CR



Miles de Familiares aún esperan conocer la suerte de sus seres queridos, Ayacucho 2009.



SORAS: LA
RECONSTRUCCIÓN
DE LA
HISTORIA DE UN
PUEBLO

6

JIMENA ROJAS DENEGRI



Los procesos de investigación forense y reconocimiento se topan con la historia y actualidad de las diferentes localidades donde se llevan a cabo. En el caso de Soras, queda en evidencia lo complejo de este proceso, que enfrenta problemas y realidades difíciles de predecir.

La mayoría de habitantes de este distrito son migrantes que llegaron tras el conflicto armado interno, una vez que consideraron que la localidad era un lugar seguro para vivir. Hay una división entre quienes vivieron el periodo de violencia y los “nuevos pobladores”. Estas brechas se hicieron evidentes cuando comenzó la labor de exhumación.

La memoria oficial

Doña Asunción reconoce que entre lo que pasó el 16 de julio de 1984 y lo que ella relata ahora hay un desfase; el tiempo ha creado una brecha entre su narración y la realidad. Antes de contar cómo murió su hijo, Valerio Inca, en el caso Cabanino, Asunción recalca que el dolor ha teñido su memoria: “Han pasado ya tantos años desde que mataron a mi hijito, es tanto tiempo que ya me cuesta recordar, duele recordar”.

Han pasado más de 27 años desde que dos episodios violentos se llevaran la vida de más de cien pobladores soreños y de los anexos cercanos. Sin embargo, recién en el año 2011 los deudos de este pueblo se aproximan a la posibilidad de que el caso sea judicializado.

En este largo trayecto, la población de Soras ha cambiado y gran parte de quienes habitan la localidad son migrantes que se asentaron aquí luego del periodo más intenso de la violencia armada. Estos “nuevos soreños” conocen el terrible drama que se vivió en este distrito, pero se encuentran lejos de sentirlo como propio.

El dolor es ajeno cuando se mencionan las muertes ocurridas en la zona; muchos de los migrantes incluso rumorean que los fallecidos habían muerto “porque ya les había llegado la hora”.

Este tipo de afirmaciones ofende a los “netos”, aquellos pobladores que vivieron en carne propia el episodio, y quienes recuerdan a los fallecidos como héroes que cayeron cuando defendían a su pueblo.

Los “nuevos” son acusados de tener una memoria frágil, de no ser verdaderos soreños y de volverse un obstáculo para la transmisión de la memoria en el pueblo.

En una ceremonia realizada a fines de 2011 en el local municipal de Soras, por la llegada de 17 cuerpos exhumados del cementerio local, Diana Jáuregui, hija del fallecido Olimpio Jáuregui, hizo un llamado de atención a los migrantes a recordar y respetar la historia de la localidad.

Jáuregui lamentó que los deudos no contaran con el apoyo del pueblo durante el proceso de exhumaciones. Esta labor tuvo que ser realizada por miembros de otras localidades, a quienes se contrató como mano de obra. Ellos se sintieron frustrados y esa resignación llegó a contagiarlos de alguna manera.

Ahora esta joven quiere reivindicar a su padre y a las demás víctimas desde la memoria: ella propone que se enseñe la historia de Soras a los alumnos en el colegio local. Los soreños “netos”, como Diana, buscan establecer un vínculo colectivo en el distrito, una memoria oficial que ayude a disminuir las brechas en la población.

El juicio es el final

Ha pasado más de un año desde que se llevaron a cabo las exhumaciones en Soras. Éste no ha sido un proceso fácil para los soreños: exhumar cuerpos que ya habían sido enterrados alteró la armonía en la localidad. El clima se enturbió por la desconfianza, la resignación y el temor de que los cuerpos nunca regresaran al distrito.

Inicialmente, los familiares se opusieron a que los cuerpos sean retirados del cementerio local, donde originalmente fueron enterrados después de los trágicos hechos. A pesar de la desconfianza inicial, los deudos accedieron por un solo motivo, que en realidad es un objetivo: la judicialización del caso. Sólo si los cuerpos eran desenterrados podían darse las investigaciones que llevarían a un eventual proceso judicial. Tanto dolor tenía que valer la pena.

Que el caso sea judicializado no sólo implica sancionar culpables; también es el único modo de que los relatos que tantas veces han narrado los soreños sean reconocidos por el Estado —es decir, por todos— como oficiales, concretos y reales.

El 22 de noviembre de 2012 los cuerpos llegaron a esta localidad después de nueve horas de viaje desde el laboratorio del Instituto de Medicina Legal en Huamanga. Fueron recibidos por la

población en la entrada del distrito y sepultados al día siguiente. Fue un segundo entierro. Un intento de cerrar heridas aún abiertas.

El ambiente era distinto al de un día común; las tensiones que se habían construido durante el año de espera se hicieron evidentes.

La ceremonia del domingo inició con una misa en la iglesia del distrito. Luego, la población se reunió frente al cementerio, donde los deudos de los 17 cuerpos, que devolvió la fiscalía (aún quedan cuatro sin identificar), dieron discursos en honor a los fallecidos.

El momento más intenso fue el cierre de las tumbas. Jesús de la Cruz sostenía a su hermana mientras esta gritaba “Papito, vuelve por favor. ¿Por qué nos has abandonado?”.

Lo ocurrido en esta comunidad nos enfrenta al choque entre los procesos judiciales y la tranquilidad mental o el equilibrio de la ciudadanía. La necesidad de reparar no pasa sólo por la buena voluntad del Estado, también implica una serie de trámites legales y burocráticos dolorosos a los que los ciudadanos no tendrían por qué estar expuestos. La incertidumbre es también una forma de injusticia.



Vigilia de la restitución de restos del caso Santo Tomás de Pata en la Plaza de Armas de Huamanga, Ayacucho 2009.



UN LUGAR
LLAMADO
SANTO TOMÁS
DE PATA

7

PAOLA UGAZ



Agosto de 2008 y noviembre de 2009. Cientos de personas, sobre todo mujeres, se reúnen para recibir los restos de sus familiares fallecidos y desaparecidos durante los años de la violencia en el distrito de Santo Tomás de Pata, provincia de Angaraes, departamento de Huancavelica.

Sobre todo, hay mujeres que solas debieron llevar en sus hombros toda la carga familiar. Muchos años después, llevan sobre los mismos hombros los féretros de sus seres queridos, para darles una sepultura definitiva. Si bien Santo Tomás de Pata se ubica en Huancavelica, se llega más rápido desde Huamanga, Ayacucho. Se debe recorrer 160 kilómetros de una carretera inexistente, lo cual demora cuatro horas y media. Durante muchos años, los enfrentamientos y las incursiones produjeron víctimas continuamente. Los pobladores se encontraban entre ambos fuegos: cuando apoyaban a un lado, el otro los castigaba.

De acuerdo al Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, cuando se militariza el conflicto en 1983, las provincias huancavelicanas de Acobamba y Angaraes empezaron a acumular víctimas y alcanzaron

150 muertos, de los cuáles 134 correspondían a Angaraes. Según las investigaciones de la fiscalía, la mayoría son responsabilidad de Sendero Luminoso.

En 1984, se instaló la base del Ejército en Santo Tomás de Pata, que permaneció durante cuatro años, al tiempo que comenzó la organización de las rondas campesinas en Cuticsa, Yuracocha, Anchahuay, Julcamarca, Secella y Atumakihuay.

Santo Tomás de Pata era una zona doblemente olvidada porque se encuentra a más de quince horas de distancia de la capital del departamento de Huancavelica, en la frontera con Ayacucho, y porque a la pobreza crónica de sus comunidades quechuahablantes hay que agregarle la débil presencia del Estado. Al llegar, es inevitable observar el deterioro del edificio municipal, de la única escuela, de la Iglesia y de la plaza principal. En realidad, todo está deteriorado, excepto de la memoria.

COMUNIDAD/ANEXO	NÚMERO DE CUERPOS RECUPERADOS	AÑO DEL EVENTO	AÑO DE LA EXHUMACIÓN
Santo Tomás de Pata	37	1984, 1991	2008
Chupacc	32	1983, 1989, 1990, 1991	2009
Puyhuán	26	1984, 1987, 1989	2009
Chakiqpampa	02	1983, 1990	2009
Condorhuachana	02	1983	2009
Mesacocha	21	1983, 1984	2009
Cuticsa	14	1984, 1988	2009



Vigilia de la restitución de restos del caso Santo Tomás de Pata en la Catedral de Huamanga, Ayacucho 2009.

El día de la restitución, flores, velas y letreros adornaron los 37 ataúdes enterrados el 2008 y los 97 del 2009.

Uno de los principales eventos sucedió en 1991, durante la celebración del Día de los Muertos. La población estaba reunida en el cementerio local para recordar a sus antepasados. Finalizada la ceremonia sufrieron el ataque. El saldo: decenas de personas muertas, entre hombres, mujeres, jóvenes, niños y ancianos.

Quienes sobrevivieron al ataque se ocultaron en los cerros hasta que pudieron regresar y presenciar el horrendo escenario. Colocaron los restos humanos en tres fosas, pero de manera informal y sin individualizarlos. No fue una acción deliberada y consciente la que desapareció los cuerpos, como sucedió en Putis o en otros casos como en el cuartel Los Cabitos. Aquí, quien desapareció los cuerpos fue el temor.

No había tiempo, no podían dejarse sorprender de nuevo, no había representantes legales del Estado que entregasen partidas de defunción. Sólo prisa y miedo. Con el pasar de los años, tras cada enfrentamiento o ataque, el

distrito fue quedando desierto. Algunos morían asesinados y otros huían a alguna ciudad para resguardarse de la violencia. En Santo Tomás de Pata, ver morir a los esposos, los hijos, los hermanos, se hizo una experiencia cotidiana.

La Fiscalía Supraprovincial Penal de Huanavelica abrió la investigación forense –17 años después, en algunos casos– y los restos fueron restituidos a los familiares. Para enterrarlos, para que la certeza de que estos restos son los de sus seres queridos fuera absoluta, para recibir una partida de defunción y que las viudas fueran legalmente viudas, los huérfanos legalmente huérfanos y los herederos recibieran lo que les correspondía. “Ahora sí, las almas podrán descansar; así como nosotros, que no hemos tenido ni un día de descanso”, afirmó uno de los familiares.

“Si mi padre viviera, hubiera sido mejor, no sería analfabeta”

En Santo Tomás de Pata y sus anexos, si uno escarba en la superficie se encontrará con el coincidente deseo de que sus hijos y nietos tengan acceso a una educación que les fue



arrebatada. Los pobladores de esta olvidada región del país estuvieron en el centro de la violencia armada, que los ha dejado con marcas de por vida. No se trata sólo de recuperar e identificar a los cuerpos, sino también de hacer más llevaderas las secuelas que causó el conflicto interno en sus vidas, a nivel económico, educativo y de salud mental.

¿Qué ocurre emocionalmente con una persona que ha sufrido tanto? No hace falta ser un experto para comprender que la necesidad de atención en salud mental, de reparaciones en general puede ser la diferencia entre una vida plena o una vida de sufrimiento y dolor.

**Elizabeth Ramos Pariona,
de 34 años**

“Perdí a mi papá, a mis abuelitos, a mis tíos, a mis tías. Soy huérfana de padre y madre y tengo cuatro hermanos. Dos trabajan en Lima y los otros dos nos quedamos acá sin educación. Me quedé en mi chacra. En 1991, fui testigo de la matanza de 39 personas. Escapé y me escondí porque corrí por Tinco y salí por Buenavista. Al llegar a la plaza, había un montón de muertos, entre ancianos, mujeres embarazadas. Nos mataban como animales. Nadie decía nada; el pueblo ha sido despoblado. Santo Tomás de Pata ha

sido cruelmente castigado, no sé por qué delito. Nadie decía nada por nosotros en esos tiempos. No hay profesionales, hay puros analfabetos en este pueblo. Si mi padre viviera, hubiera sido mejor, no sería analfabeta. En cambio, soy joven y estoy enferma de los nervios”.

Jesica Yarancca, de 33 años

“Cuando falleció mi papá yo tenía siete años. Recién estoy secando mis lágrimas. Tengo cuatro hermanos que están fuera de Santo Tomás de Pata. Estoy sola. A mi papá lo mataron con cuchillo y lo remataron con espina de tuna. Después de la muerte de mi papá no pude hablar por seis meses. Tuve que volver a aprender a hablar como si fuera un bebido”.

Los hermanos Enilda y José Sosa Rojas, quechuahablantes, perdieron a su papá el 6 de febrero de 1990. Era un tiempo de miedo, no podían confiar en nadie y solo pensaban en escapar a Lima o Ayacucho, pues era común que se llevaran a los jóvenes. Cuando su madre murió mientras daba a luz en Lima, Zenobio Sosa Cárdenas, su padre, los llevó a Santo Tomás de Pata para que todos vivieran con la abuela. Era necesario, pues Zenobio pasaba mucho tiempo trabajando en Lima y no tenía con quien dejar a sus hijos. Ese año lo nombraron presidente de la comunidad



Entierro de víctimas del caso Santo Tomás de Pata, Huancavelica 2009.

y decidió quedarse al lado de ellos.

Un grupo de personas que se hicieron pasar por comerciantes lo habían convocado a una reunión. Lo volvieron a llamar cuando estaba en la casa de un vecino que cumplía años ese día. Pasó por su casa, sacó zapatos, ropa y le dijo a su familia que regresaría en la tarde. Fue la última vez que lo vieron. Cuando encontraron su cuerpo, recibieron también la amenaza de que, si alguno se atrevía a enterrarlo, lo matarían. José, su hijo, lo encontró tirado al borde de un río, desnudo, con un hueco en la espalda y cortes en el cuello y el estómago.

Como Antígona, que desobedeció la prohibición de Creonte para enterrar el cuerpo de su hermano Polínicés antes de que fuera devorado por aves y otras alimañas; dos tíos de José amarraron el cuerpo de Zenobio a dos palos para transportarlo, lo llevaron a su casa a vestirlo y lo enterraron sin velorio en el cementerio, rápido y a escondidas. Esa noche, toda la familia escapó y ya no regresaron a casa.

Recuperando la sonrisa

Entre los familiares que sí pudieron enterrar a sus víctimas el 27 de noviembre del 2009 –fecha de la segunda restitución de cuerpos– se encuentra el presidente de la Asociación de Afectados por

la Violencia Sociopolítica del distrito de Santo Tomás de Pata, Eladio Vargas Huayhua, de 30 años y padre de dos hijos. Eladio perdió a sus padres en 1987, asesinados a cuchillazos. Su hermano, de 7 meses de nacido, murió estrangulado. Comentó:

“Mi papá era agente municipal. Me quedé huérfano con mis cinco hermanos; a uno se lo llevaron a Italia. Me quedé sin educación. Hemos vivido una vida muy difícil; hemos sufrido bastante. Dejamos nuestra casa y fuimos a Ayacucho, donde hemos sido explotados. Trabajé en construcción, llevaba bultos en el mercado, hacía artesanías. Lo bueno es que conseguí acabar la secundaria. Para mí es una alegría que al menos los huesitos de mis padres hayan sido enterrados dignamente, cosa que no se hizo en 1987. Me siento contento porque hay dignidad en su despedida.

El Estado nos ha dado una reparación colectiva que, de alguna forma, nos alivia un poquito, pero no es suficiente. Las víctimas verdaderas no lo sentimos porque necesitamos una reparación económica individual para dedicarnos a un negocio y cambiar nuestra forma de vida. Creo que así la mayor parte de los afectados, como son los huérfanos y las viudas, van a empezar a recuperar la sonrisa”.



No una sino mil historias⁸

Testimonio: N° 100755 de la CVR

- El declarante narró el asesinato de su señora madre. Los hechos sucedieron a mediados de noviembre del año 1991, en el distrito de Santo Tomás de Pata, provincia de Angaraes, Región Huancavelica.

- En el tiempo en que sucedieron los hechos ella era una niña. La declarante es testigo indirecta de los hechos, ya que fue su hermano menor quien estuvo presente cuando asesinaron a su madre.

- La declarante señaló que, aproximadamente a las 3 de la tarde, ingresaron en el pueblo unas 30 personas, entre hombres y mujeres, algunos con pasamontañas y todos armados. Empezaron a reunir a la gente del pueblo, entre los que estaba su madre. La declarante manifestó que, junto con su madre, otras 27 personas fueron asesinadas. Agregó que tanto el cuerpo de su madre con los de las demás personas fueron sepultados en el pueblo.

- La declarante manifestó que no realizó ninguna acción: “¿a quien íbamos a denunciar?”.

- La declarante se quedó en el pueblo hasta 1993, año en que se desplazó a Lima para vivir con su hermano mayor, con quien vive hasta la toma de este testimonio. El resto de su familia continúa viviendo en Santo Tomás de Pata.

- La declarante manifestó que tiene miedo de regresar a su pueblo.

Testimonio: N° 202889 de la CVR

- El declarante narró la muerte de su señora esposa y de otras 29 personas. Los hechos sucedieron el 2 de noviembre del año 1991, en el distrito de Santo Tomás de Pata, provincia de Angaraes, Región Huancavelica.

- El declarante señaló que anteriormente la gente trabajaba en tranquilidad, cada uno en sus chacras. La fiesta del pueblo se realizaba el 15 de agosto y el 14 de setiembre se celebraba al Señor de Huayllay.



Familiares de víctimas del caso Santo Tomás de Pata, Huancavelica 2009.

- El declarante señaló que durante la violencia la gente de Santo Tomás de Pata dormía en distintos lugares. Las autoridades del pueblo les decían: “tenemos que escondernos, todavía nos podemos salvar”.

- El declarante refirió que su esposa falleció el 2 de noviembre del año 1991, junto a otras 30 personas, cuyos nombres desconoce. Era la



fiesta de Todos los santos; mucha gente había tomado y se descuidó la seguridad. El declarante, había cenado temprano y se había ido a dormir al cerro, dejando a su esposa todavía en casa. En esos momentos, en medio de una intensa lluvia, ingresaron unas personas por Altamarca, Huan-cayoq y Soccos, gritando “avancen, avancen”. En poco tiempo habían rodeado la zona. El

declarante, al percatarse de la incursión, intentó acercarse escondiéndose entre los arbustos, desde donde pudo presenciar los hechos.

- Pasado el peligro, el declarante se dirigió al pueblo y encontró un sobreviviente, quien le dijo que su esposa había sido asesinada, que el pueblo había desaparecido. Sin creerlo, el declarante se dirigió a su casa, encontrando a su esposa tirada en el suelo con el cráneo destrozado y los sesos desparramados: “era una situación como para no creerlo”, señala. Junto a otros sobrevivientes, el declarante reunió los cuerpos en el local municipal “como corontas de maíz”.

- El declarante señaló que al día siguiente se hizo el levantamiento de los cadáveres con el juez del distrito. Al tercer día enterraron la mayoría de los cuerpos, sin hacer “duelo ni velorio”, en una fosa.

- Aunque el declarante no denunció el hecho personalmente, supone que las autoridades del pueblo lo hicieron en su momento.

Testimonio: N° 202913 de la CVR

- El declarante narró la muerte de su señora madre. Los hechos sucedieron el 2 de febrero de 1988, en el distrito de Santo Tomás de Pata, provincia de Angaraes, Región Huancavelica.

- El declarante refirió que, el día de los hechos, unas personas ingresaron al pueblo y obligaron a su padre, que era catequista de la iglesia y guardaba las llaves, a tocar la campana del pueblo. Eran las 4 de la tarde y se estaba llevando a cabo una fiesta en el pueblo.

- El declarante señaló que avisó a su madre de la incursión, pero ésta no le creyó. Él y tres amigos, niños como él, huyeron hacia el huayco. Al día siguiente, cuando regresó al pueblo, encontró a su madre muerta.

- El declarante declara no haber recibido ayuda de ningún familiar. Tuvo que salir adelante solo, manteniéndose con lo que producía en su chacra.

8. Los siguientes son resúmenes de algunos testimonios de pobladores de Santo Tomás de Pata recogidos por la Comisión de la Verdad y Reconciliación, custodiados en el Centro de Documentación para la Memoria Colectiva y los Derechos Humanos de la Defensoría del Pueblo.



CLYDE
SNOW,
EL LECTOR
DE
LA MUERTE

8

PAOLA UGAZ



Clyde Snow, Lima 2009



Clyde Snow nació el 7 de enero de 1928 en Forth Worth, Texas, Estados Unidos. Conocido como el padre fundador de la Antropología forense, desarrolló esta ciencia desde antes que fuera bautizada como tal. Snow ha descifrado los enigmas de una persona fallecida abruptamente –“leyendo” su esqueleto– y ha dirigido los equipos que buscaron la procedencia de la bala que asesinó al ex-presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy. Además, confirmó que el criminal de guerra nazi, Josef Mengele, murió en Brasil; certificó el cuerpo del joven rey egipcio Tutankhamón; y encontró las evidencias de las decenas de víctimas del asesino John Wayne Gacy en Chicago, a finales de los setenta.

Después de terminar sus estudios de Medicina y Zoología, Snow hizo un doctorado en Antropología física, ciencia que estudia los restos de esqueletos y fósiles de nuestros ancestros prehistóricos.

“Cada diente de la persona nos dice algo: edad, costumbres alimenticias, el ancho de los huesos, a qué etnia perteneció. En la morgue uno ve esqueletos que parecen secos e inertes, pero cuando el ser humano estuvo vivo, los huesos

fueron parte fundamental de su existencia, en lo nutricional, en la motricidad y hasta en su desarrollo emocional”, afirma.

Su intuición lo llevó a involucrarse en la Osteobiografía, disciplina que estudia la muerte de personas en situaciones violentas. Eso, sumado a lo que aprendió en el estudio de personas fallecidas en catástrofes aéreas, lo convirtió en uno de los precursores de la Antropología forense.

Uno de los casos ordinarios más difíciles de descifrar para Snow fue el de John Wayne Gacy, un asesino en serie de Chicago. Gacy, un payaso de oficio, eliminó a 33 jóvenes, a quienes enterró debajo de su casa, hasta que fue arrestado en 1978.

“Causó gran conmoción para la época, porque era visto como un ejemplo en la comunidad, donde trabajaba con un espectáculo muy exitoso”, comenta. “Actualmente, los policías forenses actúan bajo la convicción de que cualquiera puede ser culpable. Antes no era así”.

Snow inició su relación con América Latina cuando llegó a Argentina, a inicios de la década del ochenta. Tras la caída de la Junta Militar, el ex-presidente Raúl Alfonsín le encargó crear y liderar un equipo que identificase a los miles de desaparecidos argentinos.

Para esa misión, reclutó a los jóvenes arqueólogos y antropólogos que más tarde formaron equipos y descubrieron los esqueletos escondidos en distintos países como Argentina, Chile, Guatemala, El Salvador y Perú. Snow también trabajó junto a sus antiguos pupilos para tomar la evidencia de masacres en Etiopía, Filipinas y la ex-Yugoslavia, donde trabajó en la gran excavación forense de la matanza de Vukovar.

“Es muy informativo para la vida del individuo lo que está preservado en cada esqueleto que examino”, explica Snow. “Es como leer un texto que busca revelar historias que pueden cambiar vidas. Sucedió en Argentina, cuando descubrimos que muchas mujeres fueron asesinadas estando embarazadas y que no había indicios de sus bebés fallecidos. Así se abrió el tema de encontrar a esos bebés que fueron negociados en el mercado negro por los militares y que, años después, han encontrado a sus verdaderas familias”. Su labor ha ayudado a muchas personas a ubicar a sus familias biológicas.

“En 1991, fui con un equipo forense multinacional –argentinos, chilenos y guatemaltecos– para documentar las desapariciones

en Irak. Encontramos las fosas comunes, las exhumamos, las documentamos y también hicimos algo inédito en ese entonces: tomamos muestras de los cráteres hechos por las bombas químicas que se tiraron contra las villas. Miles de personas murieron en esos ataques y casi 200 mil quedaron infectadas”.

–¿Cómo fue el descubrimiento de que los ataques a los kurdos fueron realizados con armas químicas?

–Las muestras que tomamos en los cráteres las enviamos a una universidad en Inglaterra y, cuando hubo una confirmación al cien por ciento de que usaron gas sarín y gas mostaza, corrió mucha adrenalina entre los miembros del equipo, porque este tipo de armas químicas no se usaban desde la Segunda Guerra Mundial y era muy difícil de detectar en el cuerpo de los fallecidos.

La evidencia tomada en los cráteres en el norte de Kurdistán fue fundamental para llegar a este descubrimiento que trastornó todos nuestros hallazgos en la época.

–¿Cuán difícil es lidiar con el descubrimiento de la maldad en el ser humano?

–El pensamiento que les transmito a mis alumnos es: en el día haz el trabajo y en la noche llora lo que quieras. Pero nunca perderé la capacidad de indignarme ante la matanza de los niños. También les pido que hagan su trabajo con frialdad en el día, aunque sea harto difícil.



LA CHALINA DE
LA ESPERANZA,
UNA APUESTA
HUMANITARIA
POR LA
MEMORIA

9

PAOLA UGAZ





Un espacio del próximo “Lugar de la memoria”, ubicado en el distrito de Miraflores en Lima, albergará la muestra La Chalina de la Esperanza. Una prueba de que desde su nacimiento, esta iniciativa por la memoria superó el pronóstico más optimista.

Desde ese espacio privilegiado, la chalina de todos podrá contar a través de sus tejidos luminosos qué sucede en un país que tiene más de 15 mil desaparecidos y cómo ésta envuelve a los familiares y abriga sus corazones. La chalina nos hablará y será un testimonio de las decenas de manos que la tejieron en nombre de los que se fueron.

¿Cómo nació esta iniciativa?

En julio de 2008, se realizó un evento esperanzador en una escuela pública en Huanta: por primera vez se expusieron las prendas encontradas en dos fosas en Putis, lugar en donde en 1984 se asesinaron a 192 personas, entre ellas, a más de 20 niños.

El objetivo del evento -en el que había un representante del Ministerio Público encargado de dirigirlo- era que los familiares de las víctimas de Putis reconocieran las prendas de sus seres queridos y facilitar así su identificación.

Ser testigos de la caminata en círculos de los acongojados familiares intentando volver a conectarse con su ser querido desaparecido hace ya 26 años, fue uno de los momentos más tristes que he vivido.

Uniendo los dedos pulgar e índice, los ex pobladores de Putis se acercaban con devoción a las prendas buscando identificar el tejido. En el mundo andino no hay un tejido igual, así

que los familiares buscaban entre las chuspas, chompas, morrales y chalinas el punto que lo haga decir “lo encontré, ¡por fin!”.

Poco a poco, los familiares fueron reconociendo las prendas de sus seres queridos mientras los asistentes contenían las lágrimas frente a la gran cantidad de prendas: gorros, zapatos, trajecitos de colores chillones de niños de 0 a 5 años.

Atravesando el mismo trance, me encontré con la fotógrafa Marina García Burgos, con quien a partir de ahí empezó esta maravillosa tarea, a la que integramos poco tiempo después a nuestra colega Morgana Vargas Llosa.

Penélope

Inspirada en lo vivido en el reconocimiento de prendas en Huanta y en el mito de Penélope, quien espera tejiendo el retorno de Ulises, a Marina García Burgos se le ocurrió la idea de elaborar una chalina multitudinaria y kilométrica tejida por los familiares de las personas desaparecidas.

Se compraron las primeras “caguas” (lanas sin ovillar) y los palitos de tejer⁹, los llevamos al local del Equipo Peruano de Antropología (EPAF) en la ciudad de Ayacucho. En compañía de Tanya Molina, María Gutiérrez, Yane Apcho, Oswaldo Ramírez y Gisella Vásquez esperamos a los familiares para darles a conocer la idea.

Los primeros tejedores no nos dejaron ni terminar la idea, pues ya se habían sentado a hacer las “pastillas”: nombre con el que Tanya Molina bautizó a las partes en las que está formada la chalina y que tiene el tamaño de una hoja A4.

Cada familiar escoge el color, el punto y el diseño con el que quiere recordar al ser querido y el tejer se convierte en un acto de homenaje. Al mismo tiempo que nació La Chalina de la Esperanza, nació la Chalina de la Solidaridad -nombre otorgado por Morgana Vargas Llosa-, que es tejida por las personas que tienen la suerte de no haber perdido a nadie en el conflicto armado interno, pero que quieren formar parte de esta iniciativa.

Cada “pastilla” que forma parte de la chalina está tejida con amor y con muchos detalles: fragmentos de la ropa del ser querido desaparecido, fotos, documentos, instrumentos musicales en miniatura, cartas; entre otros.

En este camino, también nacieron las “tejidotones” (maratones de tejido) en Lima y en Huamanga, Huanta y Cayara se realizó el acomodo de “pastillas”. Desde entonces, las lanas y palitos y las cosidas nos acompañaron.

Palacio de Justicia

El 16 de julio de 2010, realizamos una tejida frente al Palacio de Justicia ubicado en Lima, capital del país. Fue un momento importante para nosotras, porque era la primera vez que se tejía en Lima y en la vía pública. En esa tejida participaron mujeres de Ayacucho, Puno y La Libertad.

Los transeúntes atraídos por el despliegue de colores, empezaron a preguntar la historia detrás de cada pastilla y al traspasar esa barrera surgió de inmediato la empatía y la escucha solidaria.

Al respecto, Lourdes Hurtado, investigadora de la Universidad Notre Dame en Estados Unidos, señaló que fue “una intervención urbana, pacífica y con mensaje poderoso”.

Asimismo, el periodista José Vales del dia-

rio mexicano “El Universal” señaló: “En días pasados, cuando la jornada de tejido se realizó frente al Palacio de Justicia, las tejedoras (y tejedores) fueron arrojadas por transeúntes y los peruanos más comprometidos con la verdad histórica. Fue un momento único e inédito...”.

Gracias a las organizaciones de defensa de los derechos humanos como EPAF, Paz y Esperanza, Asociación Pro Derechos Humanos (APRODEH), ANFASEP, Amnistía Internacional y de la difusión a través de las redes sociales como Twitter y Facebook, la Chalina de la Esperanza se ha tejido en Ayacucho, Lima, San Martín, Apurímac y fuera del país, en Canadá, Colombia, Argentina, Inglaterra, Holanda, Japón, Suiza y Turquía.

Primera Exposición

La primera exposición de La Chalina de la Esperanza se realizó el 25 de noviembre de 2010 en el Centro Cultural El Olivar de la Municipalidad de San Isidro. Evento en el que se contó con la presencia de los familiares de desaparecidos y también asistieron el entonces alcalde de San Isidro, Antonio Meier; la alcaldesa de la Municipalidad de Lima, Susana Villarán; el entonces Jefe del Consejo de Reparaciones del Perú, Jairo Rivas; el director de IDL-Reporteros, Gustavo Gorriti, entre otros.

La chalina estaba desplegada en toda la sala para que los visitantes pudieran detenerse a observar y leer la dedicatoria a cada persona desaparecida y así poder acercarse a la historia individual y afectiva de cada uno.

La muestra incluyó un texto del magistrado español Baltasar Garzón, reconocido por llevar causas en favor del esclarecimiento de graves violaciones de derechos humanos, quien escribió: “apoyar una iniciativa como ésta es una forma de combatir la indiferencia y una obligación de todos aquellos que creemos en que el combate contra la impunidad, sea cualquiera la forma en la que se manifieste, es una

9. Los primeros materiales fueron adquiridos con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID)



necesidad en la lucha por la dignidad de las víctimas y por mantener la nuestra”.

La exhibición también incluyó un audio de 46 minutos con los testimonios de los familiares de desaparecidos y un despliegue de fotos del conflicto armado interno de los fotógrafos Óscar Medrano, Vera Lentz, Carlos Bendezú, Marina García Burgos y Morgana Vargas Llosa.

¿Qué significó la muestra de La Chalina de la Esperanza?

Parado en el centro de la muestra, el arquitecto José Bauer tuvo la súbita sensación de estar “rodeado de lápidas de colores”, diseñadas con mucha creatividad, pero que lo trasladaron de inmediato a un cementerio. Norma Méndez —madre de la periodista asesinada Melissa Alfaro— me preguntó enfática: “¿Por qué siempre creen que queremos dinero? Esto es lo que necesitamos, reparaciones simbólicas donde se acuerden de nosotros”. Enseñando su tejido, la madre ayacuchana Julia Salesiana Maldonado afirmó: “Aquí les dejo a mi marido. Cuidérmelo, chicas, como si fuera yo quien lo hiciera”.

Dice Adelina García, de ANFASEP, que la chalina, en los Andes, es un regalo que le dan las chicas a los chicos y que, si es correspondido, éste lo usará en la próxima fiesta del pueblo. “Al tejer imagino que envuelvo el cuerpo de mi esposo”.

Segunda Exposición

El 18 de enero del 2011, hicimos una segunda inauguración de la muestra o lo que fue bautizado por los medios como una re-inauguración de La Chalina de la Esperanza, ceremonia a la que asistieron, según el ex Jefe del Consejo de Reparaciones para las Víctimas, Jairo Rivas, “los dos peruanos vivos más universales, Mario Vargas Llosa y Gustavo Gutiérrez”.

“La Chalina de la Esperanza es un símbolo hermoso e interpelante o acaso hermoso, precisamente, por la verdad que revela y ante la cual uno no queda indiferente. La presencia de su

mensaje en nuestra principal plaza nos hablaba de los nuevos tiempos que se viven en la Municipalidad. Ojalá sea signo también de que nuevos tiempos asoman en la vida del país, tiempo de respeto y reconocimiento a quienes sufrieron la violencia, tiempo de asumir con serenidad esta parte de nuestra historia reciente, tiempo de cerrar heridas sobre la base de la verdad y la justicia”, expresó Jairo Rivas.

Esta chalina, que ha sido comparada por su carácter simbólico con el pañuelo que utilizan las Madres de Plaza Mayo en Argentina, se colgó durante un mes, desde el 17 de enero de 2011, en el Balcón de la Municipalidad de Lima, frente al Palacio de Gobierno y a la Plaza de Armas y al Arzobispado de Lima.

En la inauguración participaron la actriz y cantante ayacuchana Magaly Solier —protagonista de la película “La teta asustada” y víctima del conflicto armado interno- junto a las cantantes Pamela Rodríguez y Roxana Valdiviezo.

En la fiesta del aniversario de la fundación de Lima, el 18 de enero de ese año, las mujeres de la Asociación Nacional de Familiares de Desaparecidos y Secuestrados (ANFASEP) develaron La Chalina de la Esperanza junto con la alcaldesa Susana Villarán y la cantante Magaly Solier. De este modo, se rindió homenaje a las miles de personas desaparecidas ante la mirada de cientos de limeños apostados en la Plaza de Armas.

Aunque nada ni nadie pueda devolver a su familiar desaparecido, este acto simbólico fue reparador.

Asimismo, en el Balcón de la Municipalidad, la muestra ha sido visitada por José Mujica, presidente del Uruguay, y Ban Ki Moon, Secretario de las Naciones Unidas.

En el décimo aniversario de la entrega del Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, 28 de agosto de 2013; La Chalina de la Esperanza volvió al Balcón de la Municipalidad de Lima. Ese mismo día en se entregó la medalla de Lima a la ANFASEP



Familiar de persona desaparecida, Cayara, Huamanga 2010.



y a Salomón Lerner Febres, ex-presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Día mundial de los desaparecidos

El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), con sede en Ginebra, envió un equipo de profesionales para hacer un reportaje sobre La Chalina de la Esperanza, que se difundió a nivel mundial en diversas cadenas de televisión el 30 de agosto de 2010, Día mundial de los Desaparecidos¹⁰.

Ese 30 de agosto, el Colectivo Desvela realizó un evento en Ayacucho para presentar La Chalina de la Esperanza. En aquella oportunidad, Adelina García, presidenta de ANFASEP, expresó que mientras tejían la chalina se sentían acompañadas y ella imaginaba que con ésta envolvería a su esposo Zósimo.

En esa cita, Rafael Barrantes, responsable del Programa de Personas Desaparecidas del Comité Internacional de la Cruz Roja en Perú, Bolivia y Ecuador, resaltó que la última información conocida sobre el número de personas desaparecidas durante el conflicto armado interno es de más de 13 mil, pues el registro se ha duplicado desde que se entregó el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en agosto de 2003.

En la misma reunión, el psicoanalista Jorge Bruce dijo: “nunca me he sentido tan conmovido con un proyecto como éste, he sido testigo de que la atmósfera en las tejidas es alegre, a pesar de lo duro de los dramas que han protagonizado”.

“Al tejer ellas sienten que arropan al ser querido porque tejer es un acto de amor. Ahí está el efecto reparador: en que nos reímos, nos acompañamos, ponemos los nombres, pero eso no hace que olvidemos la otra reparación donde pedimos la justicia”, indicó Bruce y agregó: “las participantes están tejiendo su nuevo destino, están diciendo ya no queremos ser arrastradas por el viento, por la tragedia, a través del tejido recuperamos una iniciativa

que es un acto individual pero que tiene un sentido colectivo y social”.

“La chalina es el triunfo de la vida sobre la muerte, es un triunfo de la estética -porque es un acto bello y creativo- sobre el horror, que las reivindica como seres humanos y que reconoce que todas las personas tienen el mismo derecho a que su vida sea llorada”, concluyó.

Por último, la antropóloga Olga González considera que La Chalina de la Esperanza es uno de los primeros instrumentos donde la mujer tiene un papel clave en la elaboración de la memoria colectiva: “las mujeres haciendo arte no desdeñan el uso de colores llamativos y le ponen el color a una realidad que se quedó sin color al perder al ser querido. La simplicidad de la idea aparece como algo inocente, pero en el fondo es tan imponente, es tan poderosa. Porque el color seduce al espectador y lo invita, a través de la belleza de la pastilla, a ver un mundo de horror que a alguna gente le cuesta mirar. Espero que la chalina vaya más allá de las fronteras de Perú para que pueda sensibilizar a todo el mundo”.

En Lima gracias al empuje de Gisela Ortiz y Carmen Amaro, que perdieron a sus respectivos hermanos en la matanza de la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle - La Cantuta, hemos podido participar en tejidas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en el memorial “El ojo que llora”, ubicado en el distrito de Jesús María.

En Chimbote, fuimos contactadas por la Comisión de Justicia Social (CJS) de la Diócesis de Chimbote, quienes acompañan a los familiares de nueve campesinos desaparecidos en 1992.

Raida Condor, Norma Méndez, Carmen Rosa Paéz, Adelina García, Lidia Flores, son mujeres que han peleado sin cansancio por justicia y todas ellas, así como las organizaciones antes citadas, han reconocido que La Chalina de la Esperanza ha reactivado y visibilizado la tragedia que vivieron durante el conflicto armado interno.

10. La Chalina de la Esperanza contó con una cobertura mediática inesperada. Se ha difundido en la BBC (inglés y español); Al Jazeera; France Presse; Reuters; EFE; Chicago Tribune; El Universal de México; Associated Press; Univisión; CNN; China Daily; Malays; y en los principales medios de comunicación peruanos como los diarios El Comercio; La República; y en los canales de televisión América Televisión; canal N; ATV; Frecuencia Latina; entre otros



Primera exhibición de la Chalina de la Esperanza en la Plaza de Armas de Huamanga, Ayacucho 2010.

La cantante y actriz ayacuchana Magaly Solier nos buscó para tejer la chalina y formar parte del acto musical en el que se inauguró la exhibición. Ella perdió a su abuela.

Giovanny Infante, entonces presidente del Movimiento Homosexual de Lima (MHOL), refirió que “la chalina constituye uno de los esfuerzos más importantes, no solo de recuperar la memoria del conflicto, de sanar a los familiares y de devolvernos la esperanza de un país que se encuentra y se une, sino que hace de las ausencias físicas de los desaparecidos presencias vitales que nos recuerdan que, aunque el periodo 1980 - 2000 ya haya terminado, el conflicto y las determinantes que lo facilitaron siguen intactos y que tenemos retos enormes para que efectiva-

mente estas historias no se repitan nunca más”.

Pilar Coll, Salomón Lerner y Jairo Rivas

Tres personas dedicadas a la protección de los derechos humanos: Pilar Coll (Ex-Secretaria de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos), Jairo Rivas (Ex-Presidente del Consejo de Reparaciones de Perú) y Salomón Lerner (Ex-Presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y Director de Idehpucp); nos comparten lo que significa la muestra:

Salomón Lerner considera que es “ejemplar y conmovedora la exposición. Desvela de alguna manera honra el nombre que lleva, en griego es Aletheia y se traduce como verdad, es mostrar la verdad, la realidad. Este colecti-



Detalle de la Chalina de la Esperanza, Ayacucho 2009.

vo nos muestra la verdad de los hechos para hacernos un poco más sensibles sobre lo que sucedió. (...) De un modo pacífico y poderoso se puede evocar a los ausentes, es un modo de expresar esperanza”.

La alcaldesa de Lima, Susana Villarán, el día de la segunda inauguración mencionó que “las tejedoras son personas a las que conozco hace años cuando eran personas que nadie escuchaba. Las fuerzas que se dan las mujeres entre sí ha ido abriendo paso a una verdad que nadie quería escuchar. (...) La chalina de la esperanza es un paso más allá de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y es un paso importantísimo (...) Tres mujeres junto con más mujeres han tejido una parte de nuestra historia que todavía está pendiente”.

Jairo Rivas compartió sus impresiones: “estuve en la inauguración de la muestra y creo que ninguno de los presentes fue ajeno a los poderosos sentimientos que ella provocaba. Las historias de las desapariciones forzadas en nuestro país son tremendamente conmovedoras. Imposible no pensar en las historias detrás de todos estos nombres y en las manos que los fijaron en esta chalina, tratando con ese gesto de hacer imperecedera la memoria de sus familiares, cuyos restos no han podido ser encontrados hasta hoy. (...) Los relatos podían ser escuchados de las voces de las propias protagonistas, mujeres que por años han cargado esta memoria dolorosa y la ofrecían con sencillez a los visitantes. No eran parte del decorado, sino que su presencia hacía de este evento un acto vivo, al cual uno se incorporaba con horror y

con asombro. Y este es uno de los aspectos que me parecen más valiosos: que las propias víctimas se hayan apropiado de la exposición y de todo el proceso que llevó hacia ella. Hermosa y contradictoria manera de ofrecernos una creación desde el dolor más profundo e injusto”.

La extrañada Pilar Coll señaló que la chalina “es poderosa como un mensaje a una sociedad que no quiere ver a los familiares de desaparecidos, un antídoto contra la amnesia grupal y un registro femenino del horror del conflicto”.

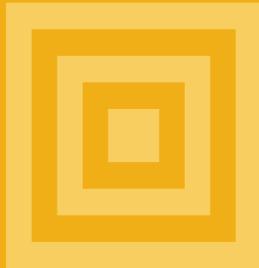
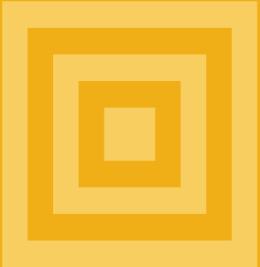
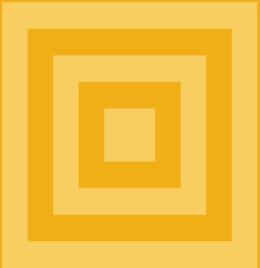
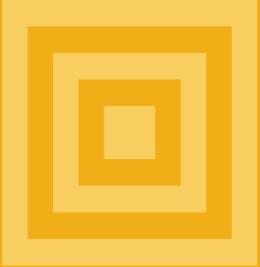
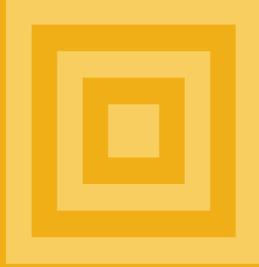
Las tejidas o tejidotes para elaborar La Chalina de la Esperanza significó que un grupo de mujeres teja su historia y, a su vez, demande sus derechos ante un Estado y una sociedad que permanecen aún indiferentes. En este sentido, se han realizado tejidas frente al Palacio de Justicia en Lima, en el memorial el Ojo que llora; en Carmen Alto, en la Plaza de Armas de Huamanga y en la Municipalidad de Cayara en Ayacucho.

A través de la difusión en las redes sociales (Twitter, Instagram, Scribd, Pinterest y Facebook) y medios de comunicación, se ha difundido la efectiva y pacífica protesta de las tejidas; y ha hecho que se acerquen y colaboren los familiares de la Amazonía peruana afectada por la violencia (Aguaytía y Tingo María), así como de Chimbote en Áncash y Accomarca en Ayacucho.

La Chalina de la Esperanza es un instrumento que une a los desaparecidos en el Perú, en general, pero si uno mira detenidamente cada “pastilla”, ésta encierra una historia particular.

Es por esta razón que hubo tanto ímpetu entre los familiares de los desaparecidos por formar parte de ella, porque sienten que unidos pueden hacer una fuerza simbólica para que las autoridades atiendan sus reiterados pedidos de justicia y reparación.

Nos ha traído alegrías, lágrimas y muchas horas de desvelo. Nos cambió la vida. Gracias por todo lo que ha venido y todo lo que vendrá querida Chalina de la Esperanza.



UN MEMORIAL
CÁLIDO Y
PERFORMATIVO
PARA LOS
DESAPARECIDOS
DE PERÚ: LA
CHALINA DE LA
ESPERANZA¹¹

10

OLGA GONZÁLEZ CASTAÑEDA.
MACALESTER COLLEGE



Una verdad inconveniente

Desde la creación de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR) en el año 2003, la sociedad peruana ha estado inmersa en batallas por la memoria. La cifra estimada de 15 mil desaparecidos durante el conflicto armado en Perú (1980-2000), la mayoría pertenecientes a comunidades quechuahablantes, constituye para muchos una verdad inconveniente e incómoda¹². Hasta el momento han sido exhumados menos del 2% de los 4 mil 644 sitios de entierro registrados por la CVR. Para desafiar esta cultura de silencio mujeres de áreas urbanas y rurales afectadas por la violencia y grupos de solidaridad a nivel nacional e internacional participaron desde noviembre del 2009 a enero de 2011 en una novedosa iniciativa de memorialización conocida como La Chalina de la Esperanza¹³. El Colectivo Desvela, conformado por la periodista Paola Ugaz y las fotógrafas Marina García Burgos y Morgana Vargas Llosa, propuso el proyecto y lo desarrolló en colaboración con organizaciones de familiares de víctimas, principalmente la Asociación Nacional de Familiares Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (ANFASEP) y la Coordinadora Nacional de Organizaciones de Afectados por la Violencia Política (CONAVIP). El apoyo de organizaciones no gubernamentales de derechos humanos, especialmente del Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF), también fue de vital importancia para la ejecución del proyecto.

El proyecto se planteaba como objetivo sensibilizar al público con respecto al alarmante y creciente número de desaparecidos en el Perú mediante “algo impresionante en tamaño y que pudiera ser hecho por mucha gente”, dice Marina García Burgos. El resultado fue la creación de una chalina casi kilométrica durante sesiones de tejido en espacios públicos que llegaron a ser conocidas como tejidotones. Como metodología y proceso, la Chalina de la Esperanza aportó visi-

bilidad a los ausentes y les dio a los participantes la oportunidad de reclamar justicia y verdad. Al alcanzar públicos internacionales también sirvió para dar a conocer que “el Perú es un país de desaparecidos”, dice la periodista Paola Ugaz.

Las piezas tejidas, comúnmente denominadas “pastillas” por las promotoras, son de colores variados y diferentes tipos de punto. Y aunque hayan pastillas hechas con el mismo punto, cada pieza es única en tanto los tejidos tienen diferentes “tensiones” de acuerdo con la forma tejer. En este caso podría decirse que las tensiones en el tejido también varían según la manera específica de cada familiar para lidiar con las tensiones emocionales asociadas a la desaparición del ser querido. En la mayoría de casos las pastillas incluyen algún mensaje bordado; por lo general el nombre de la persona desaparecida y la fecha de su desaparición. En cambio, las pastillas que las solidarias crearon para mostrar su apoyo llevaban inscripciones tales como: “Verdad y Justicia”, “Nunca más”, “Para que no se repita”, “Justicia y Libertad”, “Paz”, “Reconciliación Nacional”. Pero la tendencia de muchas solidarias era de dejar las pastillas en blanco, mostrando de alguna manera la perturbadora realidad de seres desaparecidos. En contraposición con las pastillas con nombres, fechas y fotografías, las pastillas en blanco resaltan la visibilidad de la ausencia. No obstante, el acto de recordar con otras personas no siempre despierta reacciones solidarias, sino que provoca discrepancias sobre diferentes interpretaciones del pasado y las distintas maneras de representar pasados violentos.

Claves para el reconocimiento: ¿Tejidos de lana o ADN?

Las promotoras encontraron su fuente de inspiración para la Chalina de la Esperanza en las exhumaciones de Putis¹⁴, en Ayacucho, mientras trabajaban en la documentación del caso. La imagen de los familiares de los desaparecidos tratando de identificar a sus seres queridos a través

11. Este artículo es una versión más elaborada de un ensayo publicado en inglés bajo el título *The Scarf of Hope: A Warm and Performative Memorial for the Disappeared of Peru* en *Anthropology News* 52 (6) en setiembre de 2011. La reproducción de partes del ensayo ha sido hecho con el permiso de la American Anthropological Association.

12. La Comisión de la Verdad y Reconciliación identificó 8 mil 558 casos de desaparecidos en su informe final (CVR 2003). La cifra actual es significativamente más alta.

13. Este artículo se basa en la investigación etnográfica que realicé en Ayacucho entre julio y setiembre de 2010. Incluye tanto datos obtenidos a través de observación participante como citas de entrevistas pertenecientes a las integrantes del Colectivo Desvela y participantes de dos tejidotones. El estudio fue complementado por documentos de archivo (artículos periodísticos y otros textos relacionados a eventos sobre la Chalina de la Esperanza).

de los restos de tejidos de las prendas de vestir recuperadas en las exhumaciones conmovió a las promotoras de la Chalina. Los familiares se valieron del punto, el color de la lana, lo que quedó del diseño y la textura del tejido para poder reconocer si la prenda perteneció al familiar desaparecido. La imposibilidad de reconocer a sus seres queridos a través de los restos óseos y la lamentable lentitud de las investigaciones forenses le otorga mayor significado a los tejidos encontrados en las fosas comunes. “No existe ningún tejido o lana que sea igual en el mundo andino”, comenta Paola Ugaz; reforzando la idea de Marina García Burgos que equipara el tejido al ADN, en ausencia de verdaderas pruebas de ADN o carnets de identidad. Esta fue la experiencia de Nemesia en Ayacucho, la región más afectada por la violencia desatada entre el grupo insurgente de inspiración maoísta Sendero Luminoso como por las Fuerzas Armadas. Mientras acariciaba la pastilla de color guinda en la cual inscribió el nombre de su esposo y la fecha de su desaparición, Nemesia me comentó cómo reconoció a su esposo después de veinticinco años: “con toda su ropa estaba, la ropa no se pudre. Él tenía chompa guinda, yo le he tejido yo misma... Si lo hubieran botado [a la fosa común] así desnudo ahí si no lo reconocía, pero por la ropa lo he reconocido”. En las exhumaciones en los Andes los tejidos pueden reemplazar a las pruebas de ADN.

Un memorial cálido

La chalina, de origen español e introducida en América del Sur en el siglo XVI, fue adoptada en la sierra con ciertas particularidades regionales (Valeriano 1997). Adelina García, presidenta de ANFASEP en la época en la que se desarrolló el proyecto, comenta que la chalina se tejía como regalo en la comunidad campesina de Huaracas. “Por ejemplo, en el campo cuando son enamorados, [la mujer] le regala la chalina tejiendo con su nombre de la persona. Le regala y con eso se pone los jóvenes, mayormente los varones

utilizan esa chalina con el nombre de la chica. ‘Recuerdo de tal persona’ lo pone; con el nombre de la chica su chalina se pone”. En otras comunidades es costumbre que las hijas le tejan chalinas para su padre. Beatriz, cuyas lágrimas quedan impregnadas en la pastilla que está tejiendo para recordar al padre que nunca encontró, me cuenta con voz tierna: “Desapareció en el año 1983, en Hualla, cuando tenía sólo cincuenta años. Me quería más que mi madre. Le gustaba los colores claros. Yo le hacía su chalina cuando era niña”.

“Tejer es un acto de amor”, dice Gisela Ortiz, representante de las víctimas del caso de La Cantuta y directora de operaciones del Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF), cuyo hermano también fue asesinado y desaparecido en 1992. La cualidad afectiva asociada con el tejido también puede apreciarse en otras expresiones del arte textil como las arpilleras chilenas que representan y protestan contra la violencia sufrida durante la dictadura militar de Pinochet. La activista y escritora Marjorie Agosín (1996) resalta precisamente esta conexión entre lo textil y lo afectivo en su libro sobre el movimiento arpillera en Chile con su título “Tapices de esperanza: hilos del amor”. En su trabajo con arpilleras chilenas, Bacic (2008) recogió un testimonio que también refleja la importancia de representar y expresar el afecto de manera táctil: “Hace bien decir lo que nos pasa en estas telas, reciben nuestras lágrimas y duran más que las palabras ya que muchas veces no nos creen. Y bueno acariciamos la tela ya que no podemos acariciar a nuestros ausentes”.

Las mujeres que tejen sus pastillas para la Chalina de la Esperanza también aprecian la vivencia táctil para expresar su cariño. “Con mucho cariño estoy tejiendo para mi esposo. Nunca voy a olvidar, lo recuerdo cada momento”, me comenta otra socia de ANFASEP. Julia Salesiano Maldonado, después de hacerme saber que su esposo siempre vestía las chompas que ella le hacía porque en la escuela en la que enseñaba

14. Para más detalles sobre cómo surgió la idea de la Chalina de la Esperanza véase el Discurso Inaugural de la Chalina de la Esperanza en la Galería Pancho Fierro de la Municipalidad de Lima el 18 de enero de 2010. Sobre las exhumaciones en Putis lo que se encontró fueron 92 hombres y mujeres de los cuales treinta y cinco eran menores de edad. En el año 2008, investigadores forenses del Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF) iniciaron las excavaciones de dos fosas comunes y facilitaron la entrega de restos a los familiares de las víctimas. Véanse las conmovedoras fotos de Domingo Giribaldi de Putis en Si no vuelvo... búsqüenme en Putis publicadas por EPAF en 2009. El artículo de Renzo Aroni (2009) De la “Piscitumba” a un camposanto también reflexiona sobre la memorialización y entierro de las víctimas de Putis y su condición de excluidos.



hacía mucho frío. Y cuando le pregunto por el punto de su pastilla agrega que “a mi esposo le gustaba bastante porque lo abriga bastante del frío, no entra por acá [por este punto] el frío”. Patrocina tampoco puede evitar pensar sobre la necesidad de calor de su hijo y le gusta la idea de que la Chalina de la Esperanza “puede mantener sus huesos calientes donde quiera que estén”.

El calor parece esencial en la conceptualización de la Chalina de la Esperanza como memorial. La lana, las lágrimas y el cálido toque de las tejedoras convierten a La Chalina de la Esperanza en lo que Young (2000) consideraría “un memorial cálido”. La cercanía de la Chalina al cuerpo de las mujeres mientras serpentean por las avenidas y alrededor de la Plaza de Armas de Huamanga también contribuye a su imagen de calidez. Esta calidez se fortalece aún más con el acompañamiento de personas solidarias. Como dice Marina García Burgos, “La Chalina no solo representa la pérdida, pero también es una especie de abrigo por el acompañamiento y representa que no nos hemos olvidado de ellos [los desaparecidos]”.

Finalmente, como prenda larga que se enrolla alrededor del cuello, la chalina evoca la función de abrigar, de dar calor. Como símbolo también es utilizado con el propósito de abrigar esperanza, “por la posibilidad de justicia y de ser tratados como ciudadanos con el derecho a saber la verdad y poder encontrar a nuestros seres queridos y con el derecho a la reparación”, destaca Gisela Ortiz.

Memorias performativas

La Chalina de la Esperanza tiene un lenguaje estético de gran impacto visual que atrae al público de una manera que no es amenazante. Atraídos por la festiva y colorida escena de tejedoras, muchas de ellas vestidas con sus atuendos tradicionales andinos, los curiosos se acercan y se enteran de la realidad de los desaparecidos. Algunos espectadores se sorprenden de su propio desconocimiento y se preguntan cuándo sucedie-

ron las desapariciones y dónde estaban cuando ocurría esta situación en el Perú. La Chalina representa un mundo que ha perdido su color por la violencia, pero sus creadoras escogen colores “alegres” para conmemorar y celebrar la vida de sus familiares desaparecidos.

Cada pastilla inscrita con el nombre y/o la foto carnet de un desaparecido cuenta una historia individual y familiar. Rodomila Segovia Rojas, vice-presidenta de ANFASEP, en agosto de 2010, comparte su historia conmigo: “El bordado, [refiriéndose al paisaje andino que ha representado] es de acuerdo a la persona que siente a su familia. Mi desaparecido es asesinado por Sendero Luminoso, mi familia era de comerciantes ganaderos. Madre e hijo venían por entre las cordilleras... aquí el sol para mí recién está iluminando... cuando perdí [a seres queridos] me sentí en una oscuridad, para mí ya no existía ni el sol ni la luna... sentía que ya no podía sobresalir, que mis estudios se habían truncado, que había terminado todo... entonces después de haber abandonado mis estudios por un tiempo, los retomo en memoria de mi finada [abuelita]. Ella siempre ha querido que termine mis estudios, que sea profesora y he seguido adelante. Sus restos estaban perdidos, en la intensa búsqueda que he tenido, después de dieciocho años rescaté sus restos óseos. Entonces, desde ese momento, cambió mi vida porque ya tengo donde colocar flores, ya sé en dónde están. Eso que yo lloraba día y noche, ya no lloro como antes. Por eso el sol ya brilla para mí. Pero sigo diciendo que sigan buscando a las demás”.

Mediante colores y puntos tejidos los familiares dan representación al hueco que la desaparición supone y dan sentido a las vidas de los ausentes. Así sucede con la mujer que escoge lana de color lechoso para tejer el punto arroz, ya que el postre favorito de su hijo era arroz con leche; o la mujer cuya pastilla está tejida en punto “no me olvides”, porque siente el llamado de su hijo a ser recordado¹⁵. A través de las pastillas de la



Victoria Yaranga Flores mostrando su tejido para la Chalina de la Esperanza, Ayacucho 2009.

Chalina, los ausentes se hacen presentes pero, como sostiene Soto (2009) en su trabajo sobre fotografías de detenidos desaparecidos en América Latina, sin que la condición de ausencia sea superada.

Los epitafios con la fecha —y en muchos casos el lugar— de la desaparición, permite que los espectadores tomen conciencia de la geografía del terror en Perú y su presencia en el transcurso del tiempo. En su materialidad La Chalina de la Esperanza reúne una riqueza de información que la convierte en una especie de “memoria de archivo” que “opera a través de la distancia, tanto en términos temporales como espaciales” (Taylor 2011:14).

Esta característica de archivo de la Chalina debe entenderse en conjunción con lo que genera como repertorio, que según Diana Taylor “consiste en la memoria corporal que circula a través de performances, gestos, narración oral, movimiento, danza, canto” (Taylor 2011:14). Este conocimiento es generado en presencia y con la interacción de otros. Al ocupar las calles con tejidotones las mujeres irrumpen la cotidianidad de los transeúntes. “Hay algo reconfortante y cálidamente familiar en la relajada cháchara

de mujeres y el claqueteo de palitos de tejer” (la traducción es mía), escribe Dan Collyns, periodista de la BBC (2010). El ambiente festivo seduce y anima a que la gente les pregunte a las mujeres sobre lo que están tejiendo. Las mujeres responden gentilmente con información sobre sus familiares desaparecidos y la angustiada búsqueda para encontrarlos. La revelación sorprende a quienes preguntan y varios admiten no conocer la magnitud que tuvo la violencia armada. De alguna manera las respuestas de las tejedoras obligan a que otros grupos de la sociedad cuestionen su ignorancia. Las mujeres tampoco temen confrontar a los representantes del poder con la verdad. “Alguien como tú, en uniforme, desapareció a mi hijo”, es la respuesta de una mujer al curioso policía que pide a las tejedoras que se trasladen a otro lugar, lejos del Palacio de Justicia de Lima, durante una tejidotón en julio de 2010¹⁶. La simplicidad de mujeres tejiendo alegremente convierte estos tejidotones en una forma de protesta política que “desarma” al otro pacíficamente y con ironía.

Marina García Burgos describe la Chalina de la Esperanza como “un método de protesta bien alternativo”, en tanto, se diferencia del uso más convencional de gritos de protesta y pancartas reivindicativas. A la misma vez las pastillas por separado no dejan de compartir elementos visuales parecidos a las pancartas. Por otro lado lo alternativo de la Chalina radica en el uso de un medio convencional —el tejido— asociado a la esfera doméstica. Como tal constituye un lenguaje familiar tanto para las tejedoras como para los espectadores que participan en los tejidotones. Podría decirse que “suaviza” la protesta en el sentido de facilitar el acercamiento de grupos ajenos al activismo por los derechos humanos, pero no en el sentido de mitigar la fuerza del mensaje. “Es un vehículo ‘particular’ para decir algo tan fuerte como la desaparición de un familiar”, recalca García. El inesperado contenido choca con la inocencia que suscita el tejido como

CHINKAQKUNA

Los que se perdieron

15. Ejemplos provistos por las promotoras del Colectivo Desvela.

16. Historia proporcionada por Marina García Burgos.



forma de expresión. García plantea que con la Chalina “entras por donde nadie piensa que vas a entrar”, sugiriendo que esta imprevisibilidad concede mayor visibilidad a la problemática de los desaparecidos en el Perú. La imagen de la Chalina tiene la característica común con otras formas de arte textil de ofrecer “imágenes impactantes de domesticidad y calma que son marcadamente disonantes con el tema de la guerra” (Zeitlin Cooke 2005: 9, la traducción es mía).

En su sencillez La Chalina logra despertar la empatía de extraños y crea un nuevo contexto de comunicación que permite que otros grupos pregunten y se pregunten por el pasado violento en el Perú. En ese sentido, la Chalina sirve como instrumento “médico - performativo” (Toro 2011), puesto que permite localizar la problemática de los desaparecidos en un espacio y tiempo determinado, haciendo resurgir el pasado y estableciendo una cultura de la memoria que involucra a otros grupos de la sociedad. En su rol performativo tiene la capacidad de provocar nuevos procesos que incluyan a nuevos indignados interesados en invocar un espíritu de justicia. Esto conlleva reconocer que la pérdida no es solo de los familiares de los desaparecidos sino de la sociedad en su conjunto.

Curiosamente una vez fuera de las calles y plazas la Chalina fue generadora de memorias conflictivas. Esto se hizo evidente durante la exposición de la Chalina en la galería de arte de la Municipalidad de San Isidro, distrito residencial en la ciudad de Lima, en noviembre de 2010. Apenas un día después de la inauguración la municipalidad retiró el video con fotografías y testimonios grabados sobre la violencia armada que acompañaba la exposición de la Chalina de la Esperanza, aduciendo que el contenido era muy crudo y “podía afectar a los niños”. En ese sentido, la mutilación de la exposición es un indicio más de lo que Carlos Iván Degregori (2009) denominó “estrategia del olvido” y que como tal se suma a otras acciones que van en

contra de esfuerzos por recuperar la memoria y combatir la impunidad.

La imagen de una Chalina “mutilada”, “re-cortada”, “cercenada”, “censurada”, “vetada”, “desaparecida” todos términos utilizados en periódicos locales para describir lo sucedido resalta las batallas por las memorias y los silencios a nivel de la sociedad peruana. A través de la fragmentación de la exposición de la Chalina, el estado de desintegración del tejido social también se hizo más evidente. La “desfiguración” de la exposición de La Chalina de la Esperanza, parecido al sufrido por otros memoriales como El Ojo que Lloro, también “da testimonio de la persistencia del legado de un pasado violento, y, de hecho, sobre la situación presente del Perú en tanto su proceso de lidiar con el pasado” (Milton 2011:192, la traducción es mía).

Paradójicamente, en el afán de silenciar la exposición de la Chalina de la Esperanza esta adquirió mayor visibilidad, por la atención de los medios, así como su reinauguración en la Municipalidad de Lima, enfrente del Palacio de Gobierno. El conflicto sobre aquello que es apropiado representar y recordar provocó acalorados debates sobre el pasado violento de Perú. En lugar de convertirse en un memorial que sustituye la memoria con narrativas dominantes, la Chalina de la Esperanza funcionó como un “contramemorial” (Young 1993, 2000), que desestabiliza y desconcierta, animando a su vez un debate sobre visiones discrepantes del pasado. El espacio generado por la tensión entre la desarticulación de la exposición de la Chalina y su rearticulación con la reinauguración convirtió a la exposición en lo que la historiadora Cynthia Milton (2011) considera un “sitio de memoria performativa”, que estimula la emergencia de memorias discordantes que exigen elaboración.

Uniones, esperas y esperanza

Las puntadas que unen las pastillas evocan tanto uniones como cicatrices. De ahí la importancia

17. Bibliografía:

—Agosin, Marjorie. 1996. *Tapestries of hope, threads of love: The arpillera movement in Chile, 1974-1994*. Santa Fe: University of New Mexico Press.

—Aroni, Renzo. 2009. *La memoria de Putis: De la "piscitumba" a un camposanto*. *Idee* 194: 43-54.

—Bruce, Jorge. 2010. *Trabajo del duelo, trabajo de reparación*. Documento preparado para el Colectivo Desvela. Lima, 14 de marzo de 2010.

—Bacic, Roberta. 2008. *Arpilleras que cantan, claman, denuncian e interpelan*. *Revista del Programa Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Hechos del Callejón*: 20-22.

—Colectivo Desvela, 2011 *Discurso Inaugural de la Chalina de la Esperanza*. Galería Pancho Fierro. Lima, 18 de enero de 2010

—Collins, Dan. 2010. *Scarf of hope to remember Peru's missing*. *BBC News Latin America and Caribbean*. August 30, 2010.

—CVR (Comisión de la Verdad y la Reconciliación, Perú). 2003. *Informe final*. 9 vols. Lima: Comisión de la Verdad y la Reconciliación.

—Degregori, Carlos Iván. 2009. *Espacios de memoria, batallas por la memoria*. *Revista electrónica Argumentos* 3 (4).

—De Toro, Alfonso. 2011. *Memoria performativa y escenificación: 'Hechor y víctima' en El desierto Carlos Iván de Carlos Franz*. *Taller de Letras* 49: 67-95.

—Equipo Peruano de Antropología Forense. 2009. *Si no vuelvo... búscame en Putis*. Lima: EPAF.

—González, Olga. 2011. *The scarf of hope: A warm and performative memorial for the disappeared of Peru*. *Anthropology News* 52 (6).

que le da Adelina García a la Chalina de la Esperanza:

“Hemos tejido la vida, lo que hemos sufrido por veintisiete años... Anteriormente éramos casi solas, estábamos caminando como ANFASEP, buscando la verdad y la justicia. Tenemos esperanza, todas las personas vamos a unirnos y vamos a tener más fuerza para alcanzar nuestros objetivos... Eso significa unir todos una fuerza para que las autoridades, el gobierno, nos pueda escuchar porque cuando somos solos somos un poco débiles, pero unidos más fuerza”.

La unión de las pastillas refleja historias y heridas compartidas por los familiares de los desaparecidos. Concebidas como “cicatrices”, las puntadas podrían relacionarse con el sufrimiento que menciona Adelina y con la fragmentación en la que quedaron sus vidas. La aflicción las une, pero también lo hace su ánimo de lucha y los esfuerzos creativos por reconstruir sus vidas y el tejido social. De ahí que las puntadas que unen las pastillas también representen la solidaridad de “extraños”, dentro y fuera del Perú, que quieren aunarse a la lucha contra la impunidad.

La “esperanza” de la Chalina parece tener diferentes significados para los que tejen. La solidaridad y reconocimiento del dolor ajeno es uno. “No estoy sola, todos me están acompañando”, me dice con firmeza una tejedora en Huamanga. “Esperamos sus fuerzas de otras personas también, de diferentes organizaciones a nivel nacional”, recalca otra tejedora. Aparte de la expectativa de una creciente solidaridad, está la enorme “espera” de encontrar a sus seres queridos. Es una “espera” en la que prima el entretiem po en medio de la ausencia y la presencia donde los familiares viven en una especie de limbo social y jurídico y en un limbo emocional que alimenta el anhelo de búsqueda de sus desaparecidos. Es una “espera” en el sentido de búsqueda persistente de verdad, justicia y reparación. La “espera”

está asociada con crecimiento y desarrollo para Adelina quien me describe el punto en su pastilla como “una gradita porque es lo que estamos caminando desde más antes, subimos desde 1983, cómo hemos hecho, cómo hemos subido como ANFASEP”.

Queda claro que la reparación que “esperan” los familiares no es únicamente de índole económico sino emocional. Sin embargo, la creación de “pastillas” y el uso del término con su connotación de “remedio” no debe reducirse como dice acertadamente el psicoanalista Jorge Bruce al “de unos literales antidepresivos o ansiolíticos, tan solo un paliativo, o peor, un placebo para ese dolor que no cesa, esa herida que no cicatriza o lo hace de manera infecciosa, contaminando al resto de la mente enferma de afectos imposibles de simbolizar” (2010: 2). Esto no quita, según Bruce, que la Chalina con sus pastillas abra un espacio que pueda favorecer procesos de duelo y reparación. De ahí que me parezca esencial la reflexión de James Young (2005) sobre si existe la posibilidad de representar una ruptura o un hueco sin “reparación”. Para Young, el proceso material de crear arte textil como el de la Chalina permite al que expone su historia un tiempo y espacio para elaborar sus memorias dolorosas. La actividad física del tejido facilita una reparación que es simultáneamente interna y externa. La reparación interna empieza con el reconocimiento de la pérdida que ayuda a los deudos en el control de su propia impotencia. En su esfuerzo por externalizar sus memorias de pérdida, los familiares de desaparecidos también esperan que “otros” internalicen la pérdida y la asuman como propia. Como representación de algo traumático la Chalina de la Esperanza logra generar una forma de empatía que Ann Kaplan (2005) denomina desde la “posición del testigo”, en tanto, la imagen transforma al espectador de manera pro-social y ética. Es una imagen que invita a reflexionar, aprender y a tomar acción para la construcción de una sociedad más justa¹⁷.

–Kaplan, Ann (200). *Trauma culture: The politics of terror and loss in media and literatura*. New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press.

–Milton, Cynthia. 2011. *Defacing memory: (Un)tying Peru's memory knots*. *Memory Studies* 4 (2): 190-205.

Soto Castillo, Evelyn S. 2009. *Detenidos Desaparecidos: Ausencia y Presencia a través de la imagen fotográfica*. *Revista electrónica de psicología política* 7 (21): 108-121.

–Taylor, Diana; Marcela Fuentes. 2011. *Estudios de performances*. México: Fondo de Cultura Económica.

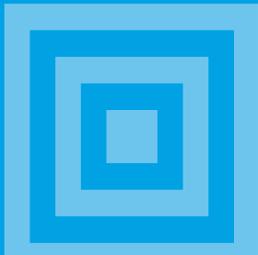
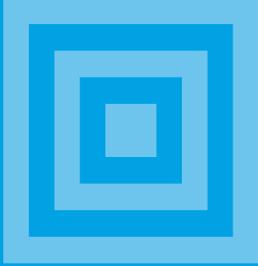
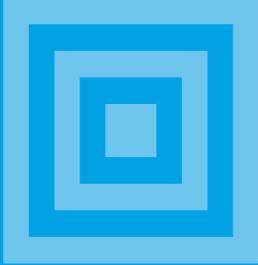
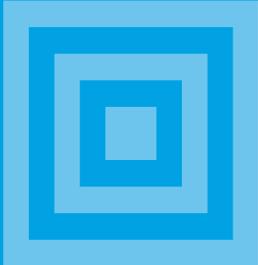
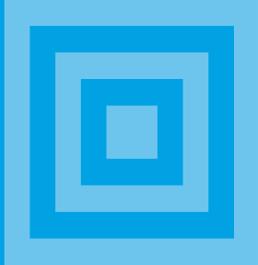
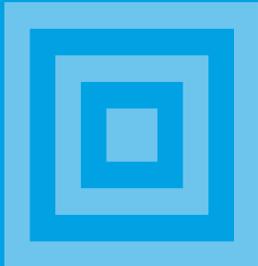
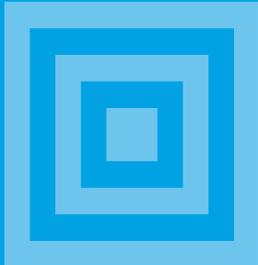
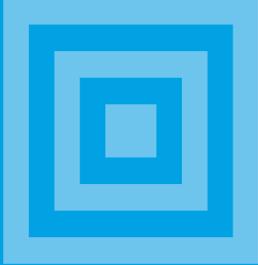
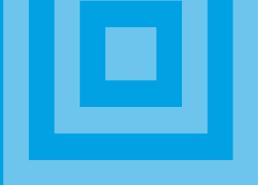
–Valeriano Thola, Emmo Emigdio. 1997. *Chalina y poncho: símbolos foráneos*. Serie *Anales de la Reunión Anual de Etnología*: 141-146.

–Young, James. 2005. *Living with the fabric arts of memory*. In *Weavings of war, fabrics of memory. An exhibition catalogue*. Editado por Ariel Zeitlin Cooke and Marsha MacDowell.

–2000. *At memory's edge: After images of the holocaust in contemporary art and architecture*. New Haven: Yale University Press. Michigan, New York and Vermont: Michigan State University, City Lore, Inc., Vermont Folklife Center.

–1993. *The texture of memory: Holocaust memorials and meaning*. New Haven: Yale University Press.

Zeitlin Cooke, Ariel. 2005. *Common threads: The creation of war textiles around the world*. In *Weavings of war, fabrics of memory. An exhibition catalogue*. Editado por Ariel Zeitlin Cooke and Marsha MacDowell. Michigan, New York and Vermont: Michigan State University, City Lore, Inc., Vermont Folklife Center.



EL ARTE DE
TEJER “POR
TODOS Y
POR TODAS”

11

MARÍA EUGENIA ULFE
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ





En su ya clásica definición del quehacer antropológico como “descripción densa”, Clifford Geertz afirma que “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones”¹⁸. En 1973, año en que publica el libro, esta propuesta de pensar la cultura y lo cultural como una “urdimbre” de significación llevó a un replanteamiento de la forma que generó una revolución, que se conoce como la crítica cultural en Antropología.

Hasta ese momento el concepto de cultura dominante provenía del siglo XIX y más bien nos hablaba de una forma de pensar el mundo que partía de entenderlo como un todo uniforme, estático y, por lo tanto, ahistórico. El acercamiento de Geertz rompía con esta propuesta no solo hacía evidente la mirada del sujeto/investigador, sino que para entender la compleja trama de significaciones: el contexto, la historia, los sujetos, el momento, el lugar, se vuelven agentes importantes en la construcción del relato antropológico. Así también, cultura pasa a entenderse no solo como un sustantivo cargado de significación, sino como una acción que requiere al sujeto para su transmisión y conocimiento. Del mismo modo, los procesos de memoria requieren anclajes, diría Carlos Iván Degregori. Estos anclajes pueden ser interpretados como memoriales, lugares, museos, casas, espacios cargados de sentido y significación para los sujetos por el arraigo que

se edifica en su entorno.

Conocí a Pilar Coll de movilizaciones y manifestaciones previas pero nunca había tenido la oportunidad de conversar con ella¹⁹. Aceptó con gentileza concederme una tarde para conversar. Era marzo de 2011 y había comenzado una investigación sobre la condición de víctima, las reparaciones y la idea de ciudadanía en una sociedad posguerra como la peruana. Conversamos mucho sobre sus visitas semanales a la cárcel y su participación en la construcción de la chalina por los desaparecidos. Sentía una gran fascinación sobre el trabajo encomendado: llevar lana y materiales de tejer para las presas del penal. Para ella el hecho de ver a las presas sentarse a tejer y conversar sobre sus vidas era invaluable. Se establecía una relación diferente de complicidad e intimidad casi pública. Para Pilar la chalina era “por todos y por todas”. Como Pilar, muchas personas han participado en actividades relacionadas con tejer pastillas de lana para “hacer crecer” la chalina y para representar a quien no está.



Niñas tejiendo en el colegio Fe y Alegría de Ventanilla Alta, Lima 2010.

El arte de tejer historias y relatos íntimos para arropar el alma del desaparecido, del ser que ya no está. Pilar se sentía orgullosa de participar en la actividad, de llevar los ovillos de lana y los palillos a las presas y recoger de ellas, y a través de estas pequeñas pastillas tejidas, sus historias personales. Me contaba que algunas eran más abiertas mientras que otras se ocultaban en símbolos y representaciones más elaboradas, un “corazón encerrado” era su forma de describirlas. Para ella había sido “sanador”, en el sentido, que tejer era abrir un espacio común de diálogo franco y abierto entre ellas, comenzaban a narrar sus propios relatos personales, sus pérdidas.

El cuerpo del desaparecido es político. En donde hubo un intento de borradura total, como en el conflicto tan violento ocurrido en el Perú, aún así no se logró eliminar todos los vestigios. El cuerpo que sale a la luz en las exhumaciones que se llevan a cabo en Perú, nos hablan de un proceso inacabado. Los cuerpos emergen como testigos de un duelo permanente en el seno de alguna familia —y cuando aparecen, resultan en alegría y alivio, porque significan el cierre de un duelo largo. Pero abren también paso a los

procesos judiciales, cuando los hay.

Las pastillas tejidas son también acción política que se vuelven activadores de recuerdos y documentos gráficos que pasan a dar voz y significación al desaparecido. Estas pastillas, como pequeños memoriales o anclajes, no solo dan voz al desaparecido, sino que nos traen los “testimonios visuales”²⁰ de personas como las mujeres presas que no tienen la oportunidad de que sus historias sean conocidas. Entonces, las tramas tejidas corresponden a la definición de Geertz, urdimbres de significación que modifican la forma de acercarse y pensar al otro. Ya que ser víctima no es una condición que se niega a unos y solo puede ser dada a otros, víctima es también el cuerpo social quebrantado, las relaciones rotas y torcidas. El Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación refiere a la necesidad de restaurar las relaciones entre el Estado y las poblaciones locales. Sentarse a tejer juntos es una forma cotidiana para que se comience a conocer las voces de esta historia nacional que aún está construyéndose, de este nosotros despedazado que continúa exigiendo memoria, verdad y justicia.

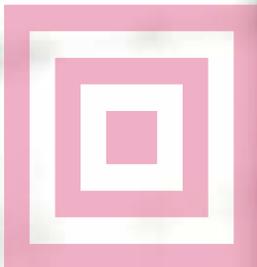
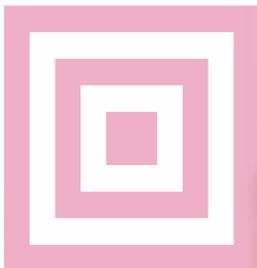
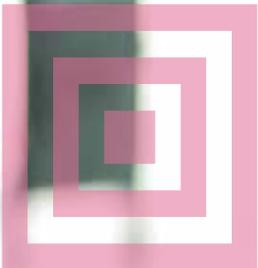
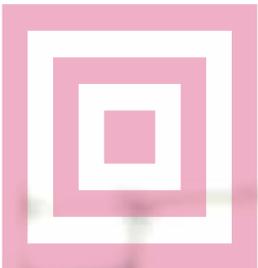
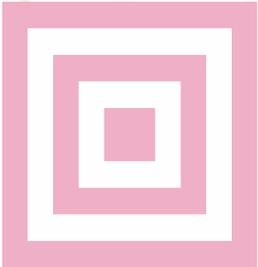
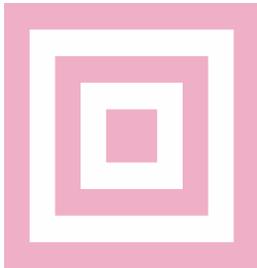
18. Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Editorial Gedisa, Barcelona, 2003, p. 19.

19. Entrevista a Pilar Coll realizada con Vera Lucía Ríos el 15 de marzo de 2011 en el Instituto Bartolomé de las Casas, Lima.

20. Sobre “testimonios visuales” véase María Eugenia Ulfe, “Reflexiones sobre los usos del testimonio en la esfera pública peruana”, en *Mirando la esfera pública desde la cultura en el Perú*, Concytec, Lima, 2006.



Gisela Ortiz, hermana del estudiante Enrique Ortiz desaparecido del caso de la Cantuta, Lima 2010.



GISELA
ORTÍZ Y LA
LUCHA POR
QUIQUE

12

CLAUDIA CHÁVEZ
SANTISTEBAN



Todas las mañanas, antes de ir a trabajar, Gisela Ortíz Perea cruza la sala de la casa donde vive con sus papás, sus hermanas y sus sobrinas, y ve a Quique, por siempre de 21 años: “Ahí está su foto. Tengo que saludarle”.

Gisela nació en un miércoles de ceniza, el 16 de febrero de 1972, en Chachapoyas, Amazonas. Es la tercera de seis hermanos: Haydé, Enrique, Gisela, Edith, Gaby y Natalia. También considera como una hermana a su prima Andrea, quien vivió con sus hermanas y sus papás, Víctor Andrés Ortiz Torres y Amagna Perea Portocarrero, desde que era bebé.

Siempre quiso estudiar Farmacia, básicamente porque desde pequeña quiso trabajar en una de ellas. Cuando su hermano –solo un año y tres meses mayor– fue a Lima a estudiar Educación Física, Gisela le siguió los pasos y empezó a prepararse sola para ingresar a la Universidad San Marcos. Postuló en el año 1988, pero no ingresó por medio punto. La segunda opción era la universidad donde estudiaba Quique: la Universidad Enrique Guzmán y Valle - La Cantuta. Gisela postuló e ingresó en junio a la carrera de Educación e Idiomas.

Nunca coincidieron en cursos, tampoco tuvieron los mismos profesores. Sí tenían los mismos amigos y frecuentaban a las mismas personas en espacios similares dentro de la universidad. Esa familiaridad hizo que Gisela se sintiera muy cómoda, por tener alguien cercano en su grupo. El éxito de Enrique con las mujeres sí le incomodaba un poco. “Las chicas me mandaban a decir cosas para él. Eso sí que no me gustaba”.

“Mi hermano era fastidioso, pero conmigo casi

no peleaba. Peleaba con mi hermana mayor, con mi hermana –la que me sigue– era bien ‘peleacho’, pero conmigo no”, recuerda Gisela, quien asegura que la relación con Quique siempre fue buena. Podían pelear por alguna tontería, pero siempre volvían a juntarse por necesidad. “Hemos dejado de hablar unos días, hasta que él tenía hambre y me tenía que pedir plata o alguna cosa”, se ríe. Recuerda que su hermano siempre fue un tragón; pasar hambre lo frustraba hasta las lágrimas.

Quique fue una de las diez personas que desaparecieron el 18 de julio de 1992 en La Cantuta.

Gisela se enteró que su hermano había sido detenido el domingo 19, mientras descansaba en la casa de su tía, en Ingeniería. La enamorada de Quique llegó con las noticias de La República: Enrique había sido capturado en su universidad.

“Cuando lo leí, no pensé nada malo”, asegura. Gisela había sido testigo de operaciones similares en su universidad; particularmente en el pabellón de estudiantes residentes, del que era dirigente.

“Yo sabía quién era mi hermano. No pensé que estaba haciendo algo malo o que nunca más iba a aparecer. Nunca lo dimensioné”. Con esa tranquilidad y sin decirles nada a sus padres –por la dificultad de comunicarse con ellos y para ahorrarles el dolor y la confusión–, Gisela se juntó por primera vez con quienes después serían conocidos como los familiares de los desaparecidos del caso La Cantuta. A través de una acción de hábeas corpus, presentada el lunes 20 de julio, iniciaron la búsqueda de sus seres queridos.

Dos semanas después, a principios de agosto, viajó a Chachapoyas y le contó a sus padres lo

que había pasado: Quique había sido detenido y llevaba más de dos semanas sin saber de él. Su padre respondió con una frase que, hasta hoy, Gisela considera que fue la menos dolida para una persona en esa situación: “yo sólo espero que esté muerto”, dijo, “porque no quiero que esté detenido en algún sitio, que lo estén torturando y que luego lo boten enfermo”.

Los padres de Gisela se opusieron a que regresara a Lima, pero ella estaba convencida. “Yo les dije que no. ‘Quique va a aparecer en algún momento y me va a buscar, puede necesitar algo. Tengo que estar’. Tenía que hacerlo. A mí nadie me obligaba, pero tenía que hacerlo”.

De regreso a Lima, le ahorró el sufrimiento a sus padres, con quienes se comunicaba únicamente a través de cartas o con una llamada telefónica esporádica a la casa del vecino. “Hubiera sido fatal para ellos enfrentar la situación tan de cerca”, cuenta Gisela, con un nudo en la garganta. Pronto se convierte en llanto: “Lo digo porque sé que a mí me afectó bastante, en mi carácter, en mi forma de ser, que me cambió completamente. Creo que fue lo mejor”.

Su hermano había desaparecido y, como se confirmaría en noviembre de 1993, había sido asesinado. La vida de Gisela cambió para siempre. A su corta edad debió asumir no sólo el rol de hermana, sino de figura pública y emblemática en el sonado caso de La Cantuta. Entendió que no podía vivir con sus tías y decidió mudarse a un asentamiento humano con la familia de su entonces enamorado, en Carmen de La Legua (Callao).

“No creo que vivir ahí haya sido esconderme. Al contrario, fue exponerme”. Nos cuenta que en ese entonces los asentamientos humanos eran estigmatizados y las operaciones de rastillaje eran cotidianas. Desde el principio, Gisela se vio obligada a quemar todos los documentos que la vincularan con el caso La Cantuta: “la denuncia que tenía ante la Comisión Interamericana –que tenía mi firma–, lo que la Comisión me respondía, algunas cartas de solidaridad que me daban en

Aprodeh. Al final, terminé quemando todo por temor a que lo encontraran en alguno de esos operativos y me pudieran detener o hacer algo”.

Gisela decidió no exponerse en televisión, ni aparecer en fotografías con los familiares del caso. No quería que la gente con la que vivía o que estaba a su alrededor corriera algún riesgo sólo por asociación. Poco a poco entendió que ser una figura pública le daría un poco más de seguridad en ese contexto. “Entre los años 1993 y 1994 sí me di cuenta que, mientras uno fuera más público, menos riesgos pasaba”. Y no volvió a taparse el rostro.

Quique fue enterrado el 19 de julio del 2008 en el Cementerio el Ángel. Los cuerpos de los estudiantes de la Cantuta fueron encontrados gracias al reciclador Justo Arizapana, quien dormía en un basurero en Cieneguilla, cuando unos hombres llegaron, cavaron cuatro fosas y los enterraron la madrugada del 25 de abril de 1993.

Después, Arizapana le contó la historia a su amigo, el artesano Guillermo Catacora, y juntos dibujaron el mapa que le hicieron llegar al entonces congresista, Roger Cáceres Velásquez, y que luego llegaría a las manos del periodista de la revista Sí, Edmundo Cruz. Cruz, periodistas y autoridades fueron en busca de los cuerpos.

El cuerpo de Enrique Ortiz Perea es uno de los cinco cuerpos que se han podido reconocer. Los otros cinco siguen desaparecidos. En el 2007, la Corte Interamericana de Derechos Humanos ordenó la exhumación de los cuerpos. Lo volvieron a enterrar en julio del 2008, en el cementerio El Ángel.

La búsqueda de justicia y paz de enterrar a su familiar le costó a Gisela casi veinte años de su vida. Muchas cosas quedaron de lado por el caso de su hermano y de sus compañeros: estudios, amigos, parejas, juventud. En retrospectiva, Gisela cree que también pospuso la oportunidad de iniciar una familia y tener hijos. “Es a los veinte, treinta años, que una empieza a tener la vida familiar que yo no pude hacer”.



Reconoce que sus relaciones con los hombres han sido conflictivas, no sólo porque la muerte de su hermano le cambió el carácter, sino también por su activismo frente al caso. “Muchas veces decidimos ir a tal fiesta, ‘pero también tengo un plantón ¡voy a ir al plantón!’ Entonces, he decidido siempre por el caso antes que por mi pareja o por mi tema personal”.

Ahora, con una pareja estable y con toda su familia viviendo en Lima, la responsabilidad que Gisela asumió desde muy joven se equilibra con la presencia de su familia en un mismo lugar.

El panorama del país cambió radicalmente a partir del año 2001. Gisela retomó sus estudios. “Volver a la universidad me costó mucho porque tenía sentimiento de culpa. Sentía que traicionaba a mi hermano. ¿Por qué yo iba a estudiar si él ya no podía?”.

En esos meses de 1994, la universidad La Cantuta aprobó la Ley de Amnistía para los estudiantes que dejaron sus estudios a raíz del conflicto armado interno, y ella, como muchos otros alumnos, pudo reincorporarse.

“Tenía ganas de hacerlo. Llegó un momento en que ya tenía cerca de treinta años y me di cuenta que, profesionalmente, no era nada. Me había quedado en el sexto ciclo de la universidad. Me sentía mal conmigo misma, mediocre, pero también con mis papás, que siempre habían tenido mucha expectativa de que sus hijos fuésemos profesionales”.

Estudió Administración en la sede del Rímac de la universidad La Cantuta. Cambió de especialidad porque no quería regresar a la sede de Chosica. “Emocionalmente, volver a ese lugar sí me hacía daño”. Gisela acabó sus estudios en el 2008. Terminó la carrera en tres años y medio.

Cuando piensa en su futuro, Gisela imagina un capítulo diferente a los turbulentos días de la década del noventa. Sabe que se quedará en Lima un tiempo más con el Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF), acompañando a través de campañas públicas a los familiares de los desaparecidos al interior del país. Sin embargo, no ve con claridad la maternidad.

“Espero seguir trabajando en lo que me gusta. Tiene que ver un poco con el activismo, con el trabajo con víctimas, con familiares”, comenta.

Sueña con vivir en el campo, sola o con alguien a su lado. “Me encanta viajar a provincias, conocer sitios, comidas distintas sin que me preocupe el tiempo, la presión de que debo volver. Viajar, viajar, viajar y conocer. También me encantaría volver a tener una chacra, producir, sembrar o criar alpacas, vicuñas. Si al final vivo solita, sí puedo irme a vivir a un sitio más tranquilo”.

Gisela está viviendo, por fin, una etapa más sosegada en su vida. Reconoce que la muerte de su hermano fue una tragedia, pero que también trajo cosas buenas, como la solidaridad que muchas personas le han demostrado a lo largo de los años. “Aunque Quique no está, reconozco que he ganado muchos hermanos”, asegura.

“Físicamente no está. No lo he visto envejecer. La imagen que yo tengo es esa imagen de jovencito, siempre igualito. Es como si ahí estuviera siempre”.

Es la fuerza que encontró Gisela; la solución para continuar. “Siempre pienso en el Quique y en lo que él esperaría de mí. Es como si la víctima fuera yo y mi hermano el que está andando. Yo estoy segura que él no se cansaría. Y hago lo mismo”.



Fosa de las víctimas del caso "La Cantuta", Cieneguilla, Lima 2009.



RAIDA
CÓNDOR,
UNA MADRE
CORAJE DE
NUESTRA
ÉPOCA

13

ESTEBAN VALLE
RIESTRA





Raída Cóndor, madre de Armando Amaro Cóndor, estudiante desaparecido del caso La Cantuta, Lima 2009.



Raida es la madre de Armando Amaro Cóndor, una de las diez víctimas de la universidad La Cantuta. El 18 de julio de 1992, fueron secuestrados y desaparecidos nueve estudiantes y un profesor que habitaban en la residencia universitaria. Un año después fueron hallados muertos. Habían sido torturados, asesinados y enterrados en fosas, en las afueras de la ciudad.

Los restos fueron velados y trasladados hacia el cementerio El Ángel de Lima, seguidos por una multitudinaria manifestación. Fue en ese trayecto que la rabia y la frustración contenida estalló.

“¡Maldito! Mi vida no vale nada ahora, ¡mátame!”, desafiaba Raida con temeridad. Le habían arrebatado a su segundo hijo –su primer varón–, tan querido. Presa del ahogo y la frustración, Raida gritó con furia y tiró varios puñetes al aire. De impotencia y rabia contra la figura invisible de la injusticia. “¿Por qué lo mataste? ¡¿Por qué?!”, repetía entre lágrimas.

Raida tiene 68 años y vive en Santa Anita, un distrito modesto de clase media de Lima. Bajita pero robusta, de manos pequeñas y gastadas por el trabajo, de voz aguda y potente. Raida pinta canas y colecciona arrugas alrededor de sus ojos negros. En la cocina prepara el almuerzo, mientras evoca esa noche en el Palacio de Justicia. Durante el día, recuerda, le habían entregado los restos de Armando; los habían colocado dentro de cajas de cartón de leche Gloria. Un gesto indignante que no sería el primero ni el último.

Volvería a gritar esas palabras, asegura. Rai-

da no tenía miedo a morir; quería denunciar la injusticia sin importar que tan alto tuviera que alzar su voz. “Con tanto cariño crié a Armando dentro de mi pobreza. No tenían derecho a matarlo así”, se lamenta.

Para ella, así como para muchas otras madres peruanas, el conflicto armado interno (1980 - 2000) que vivía el país era algo ajeno hasta que le tocó ser víctima. Algo lejano para una madre que en aquellos años vivía en el populoso barrio de La Victoria en Lima. En esa época trabajaba en un pequeño puesto en el mercado donde lavaba la ropa de sus clientes.

Raida vivía el día a día. Ella y su esposo Hilario trabajaban duro para sacar a su familia adelante y darles a sus hijos las oportunidades que ellos jamás tuvieron. En ese trajín diario e infatigable Armando era para ella su luz, su cariñoso primogénito varón.

Lo recuerda con el incondicional amor de madre. Para ella era un orgullo tener a un hijo estudiando en la universidad. Era muestra de aquel venturoso futuro para su familia que estaba empezando a vislumbrarse a pasos pequeños. Aquel fatídico año 1992, Armando cursaba el sexto ciclo de Ingeniería Electrónica en la La Cantuta.

La imagen de Armando está grabada en su memoria: saliendo a clases por la mañana con

una sonrisa, tocando la zampoña en el conjunto de música folclórica o bailando las canciones de Michael Jackson cada vez que sonaban en la radio. Entre las anécdotas de Raida aparece un muchacho cariñoso, atento y noble, siempre preocupado por su madre y sus hermanos, pero, a la vez, bromista e inquieto.

Raida guarda un vívido y punzante recuerdo de las primeras horas, días y meses de la desaparición de Armando. Aún le aflige la búsqueda que realizó entre decenas de calles, comisarías, cárceles, hospitales y morgues. Buscó a su hijo con la esperanza de encontrarlo con vida. Lustró el asfalto caminando de un lugar a otro, sin hallar pistas u obteniendo respuestas elusivas. Nadie sabía su paradero.

Cuando se acercó a la residencia de la universidad, encontró los rastros de una incursión armada. “Las cosas estaban por el suelo, el techo baleado, las puertas rotas”, cuenta Raida. Allí se enteró que Armando no era el único desaparecido. Con él, otros ocho estudiantes y un profesor habían sido secuestrados durante la madrugada. Armando había sido llevado sin lentes, sin zapatos, casi sin ropa; apenas había podido llevar consigo sus llaves.

Allí empezó su calvario, recuerda. La angustia fue el sentimiento que la marcó durante todo el tiempo en el que no encontraban ningún rastro de Armando. Le preocupaba que estuviese descalzo, pasando frío y hambre. “Esa era mi desesperación”, confiesa.

Las noches en vela colocaron grandes ojeras bajo sus ojos. Raida pensaba que Armando entraría en cualquier momento por la puerta de su casa y por eso no dormía. “Él aún tenía sus llaves”, pensaba.

En julio de 1993, cuando corría el rumor de que los secuestrados podían haber sido ejecutados, se encontraron las primeras fosas clandestinas gracias al hallazgo periodístico de la revista “Sí”.

Los cuerpos del profesor y los nueve estu-

diantes aparecieron en un paraje en las afueras de la ciudad.

Raida fue al lugar presintiendo lo peor. No encontraron lo que buscaban. Los cadáveres habían sido removidos, estaban en otro lugar desconocido. Sólo encontraron ropa, papeles y pequeños efectos personales de los desaparecidos, entre ellos, las llaves de Armando.

Raida no puede describir el dolor que sintió cuando dos de esas llaves abrieron el candado de su casillero en la universidad y la puerta principal de su casa. Innumerables lágrimas marcaron surcos en sus mejillas. Las llaves cerraron la incertidumbre. “Pensaba que lo iba a encontrar”, dice entre lágrimas, “pero ya no había duda de que estaba muerto”.

Después se sobrepondría al dolor y a la injusticia. Vencería la resignación y lucharía por salir adelante.

II

Raida nació el 28 de junio de 1944 en el departamento de Junín, en el centro poblado de Urcumayo. Un lugar tan pequeño que los mapas apenas dan cuenta de él.

No recuerda si era la sexta o la séptima hija. El hambre y la pobreza formaban parte del paisaje. Ante la primera posibilidad de migrar sus hermanos mayores no dudaron en hacerlo.

Raida no guarda recuerdos gratos de su niñez. Sus padres trabajaban la pequeña chacra que tenían, pero producían poco. A los ocho años decidió emigrar. Al ver el sufrimiento de sus padres, le dijo a una profesora del colegio —donde cursaba el segundo grado de primaria— que la llevase a Lima. Sin muchos reparos, sus padres accedieron a enviarla. Estaban convencidos de que podría encontrar mejores oportunidades en la capital que las que podía tener en Urcumayo.

Raida llegó a la capital en 1953. Tenía la esperanza de encontrar un buen trabajo y ganar dinero para enviarle a sus padres, poder



seguir estudiando y llegar a establecerse. Pero la ciudad y el asfalto fueron hostiles.

En la casa de la familia donde llegó, sintió la crueldad de una ciudad clasista y racista. Fue insultada y humillada por su condición de migrante, por su acento y raíces andinas. Sus jefes, que se convirtieron en sus captores, la sometieron a una azarosa vida que discurría entre la cocina y la lavandería de la casa. Fue golpeada y obligada a trabajar día y de noche, sin descanso.

Raida no se resignó a aquella condición injusta, a los golpes, al maltrato. Primero decidió escapar y lo logró. A los trece años encontró la manera de fugar de aquella casa. Consiguió librarse con la ayuda de los vecinos.

Pero a partir de ese momento su vida sería aún más dura y azarosa. Tuvo que aprender a valerse por sí misma y salir adelante entre trabajos ocasionales y pequeños negocios. No había marcha atrás. Se quedó a enfrentar a la gran ciudad.

III

Sabiendo que Armando estaba muerto y que no volvería a verlo, Raida salió a las calles a reclamar el cuerpo de su hijo, a manifestarse en calles y plazas, a denunciar el atropello. Colocó sobre un pedazo de madera la foto de Armando y se la puso al cuello. Ese sería en adelante su uniforme. No era necesario más que eso y su coraje.

Perdió a un hijo, pero su familia creció. Junto con los familiares de las víctimas del caso La Cantuta, dispuso seguir peleando para que se haga justicia. Entre plantones, marchas y manifestaciones públicas, conoció a Carmen Oyague, Gisela Ortiz y Antonia Pérez, mujeres tan fuertes como ella. Los familiares se unieron en el dolor y se fortalecieron en la búsqueda de sus seres queridos desahucados.

Armando la hizo valiente, le infundió ánimo para continuar y una temeridad que hasta ahora

le sorprende. Cuenta que en más de una ocasión intentaron intimidarla y estigmatizarla. Raida respondía con coraje: “¿Qué me van a hacer? ¿Matarme como a mi hijo? ¡Mejor!, así llegaré más rápido a reunirme con él”. No tenía miedo de morir. A pesar de ser pequeña, su inmenso coraje se convirtió en símbolo de la lucha por la búsqueda de las personas desaparecidas.

Raida siente que tiene el deber de continuar y, sobre todo, de contar su historia. “Mi lucha es para que esto no vuelva a pasar con otras madres”, dice con determinación.

IV

Raida nunca encontró el cuerpo de su hijo. Entre los restos que le fueron entregados, el Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF) no logró determinar si alguno pertenecía a Armando. Por eso, Raida se niega a visitar el mausoleo en el cementerio El Ángel donde descansan los cadáveres de las víctimas. “Esta es una herida abierta para la familia”, explica su hija, Carmen Amaro. “No saber dónde está el cuerpo de Armando, no tener dónde velarlo, nos impide cerrar el ciclo, no nos da tranquilidad”.

Raida no oculta su dolor, cada vez que se menciona a su hijo, su mundo de detiene. “Ay mi Armando, era tan bueno, tan noble, con tanto amor uno los trae al mundo. Ahora no hay para mí navidad ni día de la madre. Siempre lo espero; me hace falta”.

Sus palabras conmueven. Las paredes de su casa están adornadas con fotografías de Armando y pinturas de la matanza de La Cantuta. Tiene en su sala un pequeño altar adornado con un par de velas donde descansa el pequeño cartón con la fotografía de su hijo. Sin embargo, el vacío dejado por su ausencia no podrá ser llenado nunca.

“Le pido a Dios aunque sea poder soñar a mi hijo, al menos para abrazarlo en sueños y decirle que lo quiero mucho, pero no tengo la

CHINKAQKUNA

Los que se perdieron

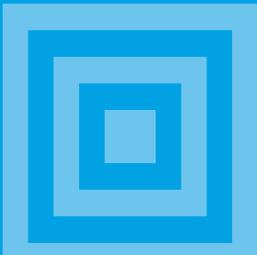
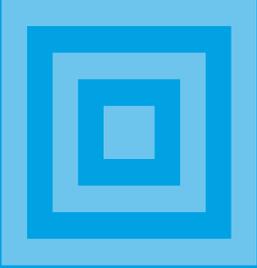
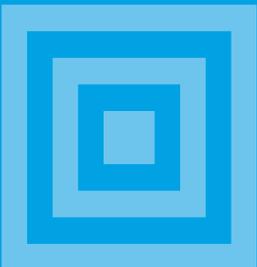
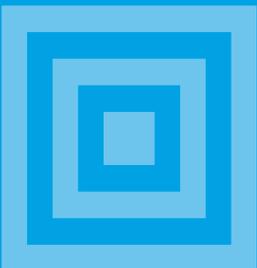
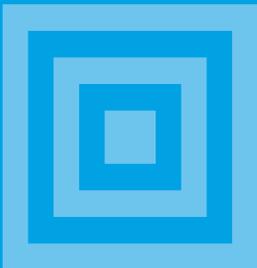
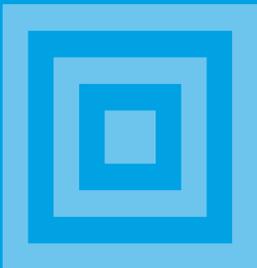
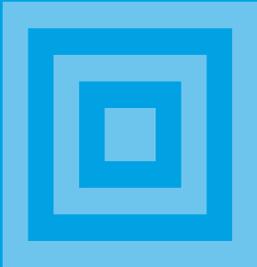
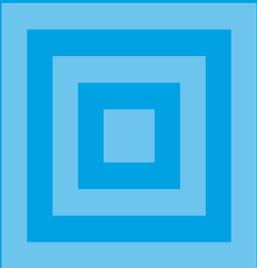
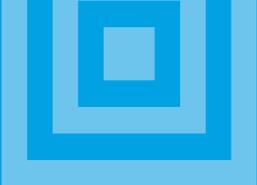
suerte de soñarlo”, confiesa. Pero antes que las lágrimas, Raida mira hacia arriba y advierte los vapores de su cocina. “¡Se me está quemando la comida!”, dice con una inmensa sonrisa que ilumina de pronto toda la habitación.

Raida no está sumida en su tristeza y la añoranza. A sus 68 años, es la atenta madre de siete hijos, cariñosa abuela de doce nietos y la amorosa bisabuela de dos pequeños, quienes llevan los nombres de Armado. Sigue ocupándose de preparar el almuerzo para los que viven con ella, de atenderlos, escucharlos y sobre todo, de quererlos.

En su cocina, donde cuenta su historia, su refrigerador tiene pegados imanes con su nombre y las paredes están adornadas con pequeños presentes de sus nietos. Mientras converso con ella, Raida ríe, canta, baila, me hace bromas. Logro entender que su verdadera fortaleza, y donde reside la admiración de quienes la conocen, no está únicamente en el coraje de su lucha, sino en haber sabido sobreponerse a la adversidad de la vida, al dolor por la pérdida de su hijo. En seguir amándolo a la distancia y vivir por quienes, en la tierra, aún la necesitan. Así lo hubiese querido él.



"Pastilla" de la Chalina de la Esperanza, Ayacho



ELLOS NO
COMÍAN EN
RESTAURANTES

14

IGNACIO MEDINA

También quienes nos dedicamos a cocinar vivimos más allá de la comida. Aunque algunos lo consideren intolerable; carta blanca para hablar y escribir de cocina, veto para comentar sobre cualquier otro tema que pueda incomodar. Sobre todo cuando eres forastero y hablas de las cosas del Perú. No importa lo que digan. Hoy no escribiré de cocina o tal vez sí; al fin y al cabo les voy a contar sobre personas que con toda seguridad nunca estuvieron en un restaurante. El drama de la cocina, y sobre todo de la comida, es que también incluye a quienes pasan hambre.



Pieza "Putis" Colectivo MR.



La casualidad me lleva a pasear bajo los chopos de la Calle Embajadores, en Madrid. Paso por la puerta de la antigua fábrica de tabacos (le llaman La Tabacalera, un edificio gigantesco convertido en centro cultural autogestionado por grupos alternativos) y me doy de frente con el cartel que anuncia la exposición “Laberinto de Miradas”. Cientos de fotografías –algunas tremendas, otras estremecedoras, la mayoría inquietantes– repartidas por salas, pasillos y cubículos. Había leído sobre ésta y escuchado de una obra pergeñada en Perú por la fotógrafa peruana Marina García Burgos y el historiador del arte español Ricardo Ramón, agrupados en el Colectivo MR.

Un adelanto de lo que luego se mostraría a través de La Chalina de la Esperanza.

Le han dedicado una sala oscura y negra como el abismo en que cayeron el 13 de diciembre de 1984 las 92 víctimas escogidas para perpetrar una terrible matanza. Marina me ha hablado del suceso y lo recuerdo con detalle, pero busco la noticia en la base de datos de La República para no traicionar la memoria.

Un total de 92 seres humanos -hombres, mujeres y niños de corta edad- fueron obligados a excavar la fosa de una piscigranja en la que finalmente serían ejecutados y enterrados de forma clandestina. Después de 24 años desaparecidos, sus restos fueron exhumados en 2008. Sólo quedaban sus ropas, tejidas a mano por sus propias familias. Ni huesos, ni cartílagos... sólo ropas, zapatos, gorros y algunos adornos. Los mismos que sirvieron a sus parientes para identificar su origen. Tocando los nudos, identificando la mano de quien las confeccionó, adjudicándoselas a sus seres queridos.

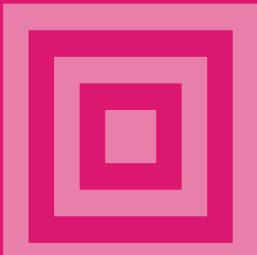
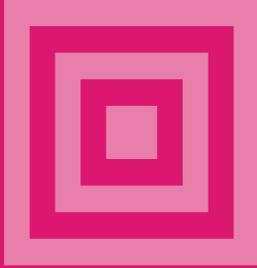
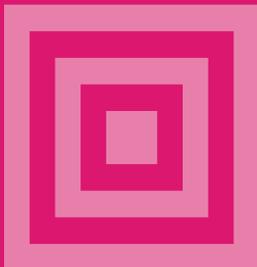
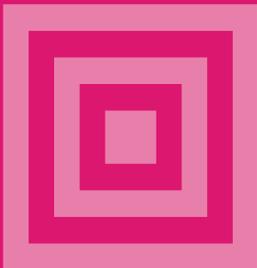
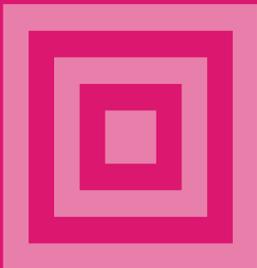
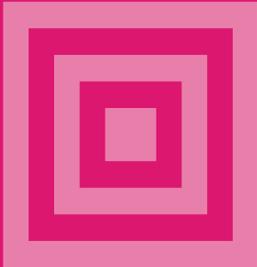
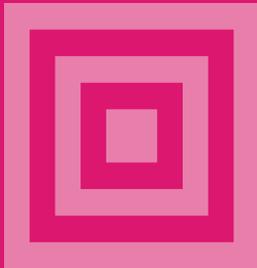
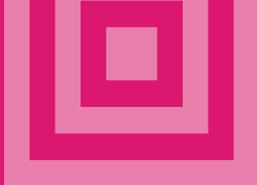
Las encuentro extendidas sobre el suelo de la sala en una caja luminosa que reúne en un descomunal bloque catorce fotografías forenses. Aquí un zapato diminuto, allá un pantalón azul

y dos zapatos, una chompa maltrecha, un gorro de colores, faldas minúsculas... ropas de gentes que dedicaron su vida a la mera supervivencia y la terminaron ahogados en una piscigranja sin peces. Sólo tierra.

El impacto es tremendo. Todo el peso de esas gentes –y de muchas otras; me hablan de miles de desaparecidos como los de Putis- cae de golpe sobre mí. Me quedo mirándola sin poder moverme. Apenas acierto a pensar que es una pena no tener la historia de estas gentes escrita junto a esta obra. Luego todo se diluye y la conmoción oculta cualquier pensamiento.

Las víctimas de Putis fueron encontradas, pero otros miles más siguen ahí, ocultos en las trochas y las pozas que rodean los caminos, esperando a ser recogidos y cuidados por su gente. Pienso en lo que llegarán a sentir quienes sobrevivieron. ¿Será la supervivencia una desgracia más? En todo caso, veinticinco años de búsqueda y espera parecen ser una condena eterna, un desgarramiento abierto en las entrañas que no puede hacer más que agrandarse con el tiempo.

Pienso en lo afortunados que fuimos quienes vivimos otro tiempo en España. Sólo un par de generaciones nos libraron del mismo espanto. Nuestros caminos también avanzan escoltados por la certeza de cien mil tragedias que siguen lastrando nuestras vidas. Las emociones a menudo son una carga extraña y a estas alturas están colgadas de los ojos. Rompo a llorar en silencio, procurando no llamar la atención. No por vergüenza, sino porque siento una turbación tan intensa y tan íntima que en ese momento me resisto a compartirla. Hay poca gente recorriendo la exposición, pero empiezan a mirarme como si estuviera cuerdo... los locos ya no llaman la atención a nadie. Pero la memoria sigue ahí, esperando un gesto que aplaque los recuerdos.



ENTREGA DE LA
CONSTANCIA DE
AUSENCIA POR
DESAPARICIÓN
FORZADA

15

GISELLA VIGNOLO HUAMANÍ
ADJUNTA PARA LOS
DERECHOS HUMANOS
Y LAS PERSONAS CON
DISCAPACIDAD.



Mi experiencia de trabajo en la Defensoría del Pueblo ha significado un aprendizaje constante, no sólo en el aspecto profesional sino en lo personal, porque he conocido historias que me han conmovido profundamente, pero también aquellas que me dejaron lecciones valiosas en mi vida.

En mis innumerables viajes al interior del país, comprendí lo que realmente significó la violencia armada en nuestro país, que devastó las zonas más alejadas y excluidas. Destrucción y dolor, que para muchos jóvenes de hoy resulta muy lejano o incluso desconocido.

Pero también, pese a la dimensión de las graves secuelas que nos dejó la violencia, no hemos avanzado mucho como sociedad y son pocos los que se conmueven frente a la angustia de miles de familias que desconocen el paradero de sus seres queridos, desde hace más de 20 o 30 años.

Según cifras oficiales, las personas desaparecidas pueden superar los 15 mil. Y pese a esta dura realidad, ¿cuánto hemos avanzado en este tema? Lamentablemente, todavía no contamos con una política pública para atender el problema de los desaparecidos. Esto no se agota en la búsqueda y recuperación de los cuerpos (si fuera el caso), sino también requiere la identificación de cada víctima y la entrega de sus restos a sus familiares, respetando su dignidad, sus costumbres y su cultura.

Los procesos judiciales no logran resultados positivos y existe la necesidad de contar con un Plan de Exhumaciones Antropológico Forense,

que considere exhumaciones humanitarias, sin desconocer aquellas que se derivan de un proceso penal.

Precisamente, en los esfuerzos por atender parte de esta problemática, en el año 2004, el Congreso de la República emitió la Ley N° 28413, norma que buscó contribuir a la regularización de las personas ausentes por desaparición forzada. Para ello, se encargó a la Defensoría del Pueblo la entrega de la constancia que acreditaba esta situación y que, a su vez, constituía un requisito indispensable para iniciar un proceso judicial que permita la inscripción de la persona desaparecida en el Registro Nacional de Identificación y Estado Civil (RENIEC).

En el marco de esta labor he sido testigo del dolor y la angustia de muchas personas que desconocen el paradero de sus seres queridos, pero, a su vez, no deja de admirarme la fortaleza y perseverancia por seguir buscándolos, a veces, de manera silenciosa pero con firmeza y sin perder la esperanza de encontrarlos en algún lugar.

Recuerdo que una de las primeras solicitudes, de las más de 2 mil 500 que hemos recibido, estuvo referida al caso de un ex-albañil que trabajaba en la zona industrial de Villa El Salvador. Esta persona fue detenida en octubre de 1992 y desde esa fecha nunca más se tuvo conocimiento de su paradero. Su conviviente nos refirió que ellos mantenían una buena relación, producto

CHINKAQKUNA

Los que se perdieron



Restos humanos en las cajas del almacén y ataúd listo para la restitución, Ayacucho, 2010.



de la cual tuvo dos hijos, y desconocía las razones de la detención y posterior desaparición de su pareja.

Pese a que habían transcurrido 13 años (la solicitud se presentó en el año 2005), la señora estaba convencida que su pareja estaba viva y que se encontraba en algún lugar. Según nos reveló en la entrevista realizada, durante esos años, personas inescrupulosas le habían indicado los lugares donde podría estar su conviviente a cambio de una suma de dinero. Primero le dijeron que había sido llevado a un penal en Lima, luego que fue trasladado al Cusco, a Junín y a diversos lugares, hasta que finalmente le “confirmaron” que producto de los maltratos que habría sufrido perdió un ojo y se integró a una congregación de israelitas y que trabajaba en forma ambulatoria en un mercado de Apurímac.

Esta mujer, que debió luchar sola para sacar adelante a sus dos hijos, sentía mucha impotencia pues debido a su falta de recursos económicos no pudo viajar para verificar esa última información recibida. Desde la Defensoría del Pueblo hicimos todos los esfuerzos necesarios para constatar y verificar esta información a través de nuestros colegas de la Oficina Defensorial de Apurímac. Después de reunirnos con miembros de la congregación religiosa y realizar un sinnúmero de entrevistas, se pudo corroborar que ninguno tenía información de su paradero y que la persona que residía y trabajaba en un mercado en Apurímac, no era la víctima.

Otro caso que me impactó mucho estuvo referido a una pareja de esposos ancianos, que buscaba a su hijo desde hace muchos años. Esta madre pensaba que su hijo había logrado escapar, porque junto con él estaba su mejor amigo, quien después de un tiempo reapareció con vida.

Después de realizar las indagaciones pertinentes y lograr ubicar al amigo de la presunta víctima, tuvimos una amplia conversación con él quien nos confirmó que junto con su amigo intentaron escapar. Sin embargo, el joven fue

alcanzado y vio cuando éstos golpeaban a su amigo en la cabeza y totalmente inconsciente su cuerpo fue arrojado al río.

Según nos refirió, él tuvo que correr para poder escapar y, no se atrevió a contarles a los padres de su amigo lo que presencié. Tenía la idea que era mejor que ellos pensarán que su hijo podría estar vivo porque eran personas ancianas, pero en su interior estaba seguro que por los golpes que recibió en la cabeza era poco probable que haya sobrevivido.

Como parte de nuestra labor tuvimos que conversar con los padres para darles esta información. Fue doloroso, pero al final ellos sintieron que debían cerrar el ciclo de angustia que no les había permitido vivir en paz. Fueron veinte años que mantuvieron la esperanza que su hijo podría estar vivo, pero, a su vez, pensaban que podría estar pasando hambre, frío o penurias, sin que ellos pudieran hacer algo para ayudarlo.

Este caso me conmovió pero a la vez, me hizo entender que nuestra labor tenía una razón y detrás de cada pedido había una madre, un padre o una familia esperando saber algo más sobre el paradero de sus hijos o confirmar –si era el caso– que éstos habían muerto.

También recuerdo el drama de una madre, cuyo único hijo, de catorce años, desapareció cuando salió de su casa para cosechar en su chacra. Nadie vio lo que pasó, no hay testigos ni huellas, sólo se pudo verificar que la chacra estaba localizada en una zona de paso de los senderistas y donde continuamente hubo enfrentamientos con las Fuerzas del orden.

En su entrevista, la madre muy acongojada nos dijo que sentía algo de culpa, porque debió escapar junto a su hijo: “Si me hubiera ido de ahí, hoy estaría mi hijito conmigo”, pero ¿a dónde lo podría llevar?, no tengo estudios y sólo sé dedicarme a la agricultura, mi conviviente murió por una enfermedad. La vida era difícil, muy difícil, pero ahora mi soledad es muy grande. Nadie sabe lo mucho que extraño a mi hijito”.

Pero junto con estos dramas, esta labor también me significó satisfacciones, cuando logramos reencontrar a familiares después de muchos años. Uno de estos reencuentros fue el de los hermanos Orihuela Flores.

Alfredo Orihuela Flores vivía en la comunidad de Oroncco, en el distrito de Chungui, provincia de La Mar, Ayacucho, junto a sus padres y sus cinco hermanos menores: Sonia, Vilma, Diómedes, Marcelina y Nicolás. En 1984, en el caserío de Chapi, el padre de Alfredo fue detenido junto otros 80 comuneros y, posteriormente, apareció muerto.

Al cabo de unos días, Alfredo junto a un familiar fueron secuestrados en el caserío de Chapi, y sufrieron torturas sin motivo alguno. Producto de estos hechos, su tío falleció y de él no volvió a tener noticias de su familia. En esa fecha, Alfredo sólo contaba con once años de edad.

En los meses siguientes, fue llevado a diversas bases militares de Ayacucho donde fue obligado a realizar tareas domésticas y después de casi dos años, un oficial conmovido por su situación lo llevó a Lima, donde Alfredo estudió, se casó y formó una nueva familia.

En esos años, su madre Marcela murió a causa de una penosa enfermedad, quedándose sus hermanos en completo abandono, razón por la cual, al poco tiempo, los más pequeños Marcelina y Nicolás también fallecieron.

Sonia tuvo que irse a vivir con un familiar, mientras que Vilma y Diómedes se quedaron junto a su abuela. Debido a su precaria situación económica, ambos hermanos debieron separarse, Vilma fue “vendida” a una señora que radicaba en Andahuaylas y Diómedes fue entregado a una familia a “cambio” de un terreno. Después de un año y gracias al apoyo de sus familiares, los dos hermanos junto con Sonia lograron reunirse nuevamente.

Ellos no sabían que Alfredo estaba vivo y residía en Lima. Por ello, la abuela denunció su

desaparición ante la Comisión de la Verdad y Reconciliación en el año 2002. Es así que el 14 de febrero del 2007, luego de más de 22 años de alejamiento involuntario, Alfredo se reencontró con sus hermanos Diómedes, Vilma y Sonia en la ciudad de Lima.

Un reencuentro muy significativo fue el de Iván Leyva Navarro con su madre Flora Navarro de Obregón. Iván vivía en el centro poblado de Huancané, distrito de Uranmarca, provincia de Andahuaylas, Apurímac, con sus padres Flora Navarro y Mario Leyva y su hermano William.

En el mes de noviembre o diciembre de 1982, una columna de Sendero Luminoso incursionó al centro poblado de Huancané y elaboró una lista de los jóvenes de 16 años de la zona, con el propósito de reclutarlos a sus filas. Antes de que ello pudiera concretarse, los militares se apropiaron de la lista durante un enfrentamiento ocurrido en febrero de 1983.

Un amigo de Iván que prestaba servicio militar en la Base Militar de Andahuaylas, le advirtió que los efectivos del Ejército lo buscaban debido a que su nombre se encontraba en la citada lista. Ante el temor de ser detenido, el 20 de marzo de 1983, Iván partió de Huancané a la ciudad de Abancay y de allí a diversos lugares. No le avisó a su madre porque pensó que ella no apoyaría esa decisión que implicaba separarse de su familia.

Al cabo de un tiempo, cuando intentó retornar a su hogar no pudo hacerlo inicialmente por temor y luego por cuestiones económicas. Su madre Flora denunció su desaparición y vivió durante muchos años convencida de que su hijo había sido asesinado, lo cual le producía un inmenso dolor. En circunstancias que realizábamos nuestra labor de verificación administrativa, que constituye una de las etapas más importantes de la investigación defensorial, advertimos que una persona con el nombre de la presunta víctima había votado en las elecciones.

Ante el desconcierto, si se trataba de la misma



Exhibición de prendas del caso Pacobamba, Ayacucho 2011.

persona, se solicitó información adicional que corroborara los datos complementarios de la presunta víctima. Luego de recibida la información de RENIEC, se viajó hasta la casa de la madre de Iván para confirmar los datos de su hijo.

La anciana no podía creer que Iván se encontraba con vida. El 17 de abril del 2007, después de 24 años de separación, se pudo lograr que ambos se reencontraran en la localidad de Huancabamba, Andahuaylas. Pero grande fue mi sorpresa y la de mis compañeros, que a diferencia de otros reencuentros, la señora Flora tuvo como primera reacción reprimir a su hijo porque sintió que la había abandonado

cuando ella más lo necesitaba. Luego de ese primer impacto, lloró desconsoladamente abrazando a su hijo y le confesó que le había hecho mucha falta y que siempre lo tuvo en su corazón.

Así como estas historias, también pude ser testigo del reencuentro de los hermanos Fernández Madueño. Una pareja de esposos, junto a sus hijos Javier, Juan, Maximiliano, Flora, Amadeo y Benjamina, vivían en la comunidad de Putis, distrito de Santillana, Ayacucho.

En 1984, debido a que las acciones de Sendero Luminoso se habían incrementado en la zona, Javier, el hijo mayor, se fue de la comunidad por



CHINKAQKUNA

Los que se perdieron

residió hasta el año 2000. En 1998, Javier y Juan se reencontraron en la comunidad de Sivia. En esa misma época se enteraron por versión de algunos pobladores que Benjamina no habría sido ejecutada en Putis en 1984.

El 13 de noviembre de 2007, Javier y Juan se acercaron a la Defensoría del Pueblo solicitando que se les apoye para conocer la verdad de lo ocurrido. Ellos exigían justicia por la muerte de sus padres y hermanos. Además, expresaron su esperanza de encontrar con vida a su hermana Benjamina.

Luego de las acciones emprendidas, la señora Benjamina fue ubicada en la ciudad de Lima, donde reside junto a sus tres hijos. Ella había cambiado su nombre por temor y estaba convencida que toda su familia había muerto en los sucesos de Putis en 1984. Después de muchos años, los hermanos lograron reencontrarse en la ciudad de Lima.

Estos son algunos de los muchos casos que se han atendido y se atienden hasta hoy. La Defensoría del Pueblo hasta la fecha (diciembre 2012), ha recibido 2 mil 553 solicitudes. De éstas otorgó 1 mil 907 constancias de ausencia por desaparición forzada, pero de éstas, muy pocos fueron inscritas en RENIEC, debido –en su mayoría– a las dificultades que se presentan en los procesos judiciales.

Esta labor significó una carga emotiva intensa. Aunque en la práctica se trata de la entrega de un “papel”, su contenido significa el reconocimiento de una situación que durante años se mantuvo incierta y, si bien, la categoría de “persona ausente por desaparición forzada” resuelve un problema jurídico, el drama social permanece.

Estas familias tienen el derecho de ubicar a sus seres queridos. Estas familias tienen el derecho de cicatrizar sus heridas, de encontrar una respuesta del Estado y, sobretodo, encontrar paz en sus vidas.

Ellos tienen derecho a conocer la verdad.

temor a ser reclutado. Al año siguiente, viajó a Cañete, donde se dedicó a la agricultura. Los primeros días del mes de diciembre de 1984, una patrulla militar llegó a Putis y, según refieren los pobladores, se produjeron detenciones y ejecuciones.

En esa oportunidad, Benjamina, su padre Marcelino y su hermano Juan fueron detenidos por la patrulla militar. Juan escapó a las pocas horas, Marcelino fue conducido a la plaza de la comunidad de Putis y Benjamina fue llevada a la Base Militar de San José de Secce.

Luego de escapar, Juan se trasladó a la comunidad de Sivia, San Francisco, Ayacucho, donde



“NADIE ESTÁ
REALMENTE
MUERTO
MIENTRAS SU
RECUERDO
PERMANEZCA
VIVO”

16

HUGO COYA

No hay dolor más profundo que la ausencia de un ser querido sin saber si la larga agonía concluirá algún día con su regreso o con la certeza de que ya no forma parte de este mundo. Largos silencios que se vuelven ensordecedores cuando alguien a quien queremos es arrancado intempestivamente de nuestro lado.

Las desapariciones forzadas muestran lo peor del ser humano porque están ligadas a la omnipresencia de la muerte, marcando para siempre a quienes se cruzan con ellas, trazando un antes y un después en sus vidas. Son marchas inexorables hacia el abismo, concebidas como lo más cercano al infierno ya que dejan huellas y traumas imborrables entre quienes las sufren y en toda la sociedad.

Sin embargo, extraen también algunos de los sentimientos más nobles que alberga el ser humano: la solidaridad, la esperanza del regreso, el deseo de que vuelva aquel a quien se llevaron. Quizás más alto... quizás más flaco... quizás más canoso... quizás más ojeroso... quizás más arrugado... quizás hasta golpeado... pero vivo, siempre vivo.

La lucha de estas mujeres por saber qué ocurrió a sus seres queridos no es sólo suya sino de todos los peruanos, porque la revelación completa de los sucesos nos permitirá eliminar la ignorancia, los olvidos, reconociendo con ello, además, sus penurias, sus sueños, todo aquello que dejaron atrás para mantener viva la memoria de quienes no están a su lado.

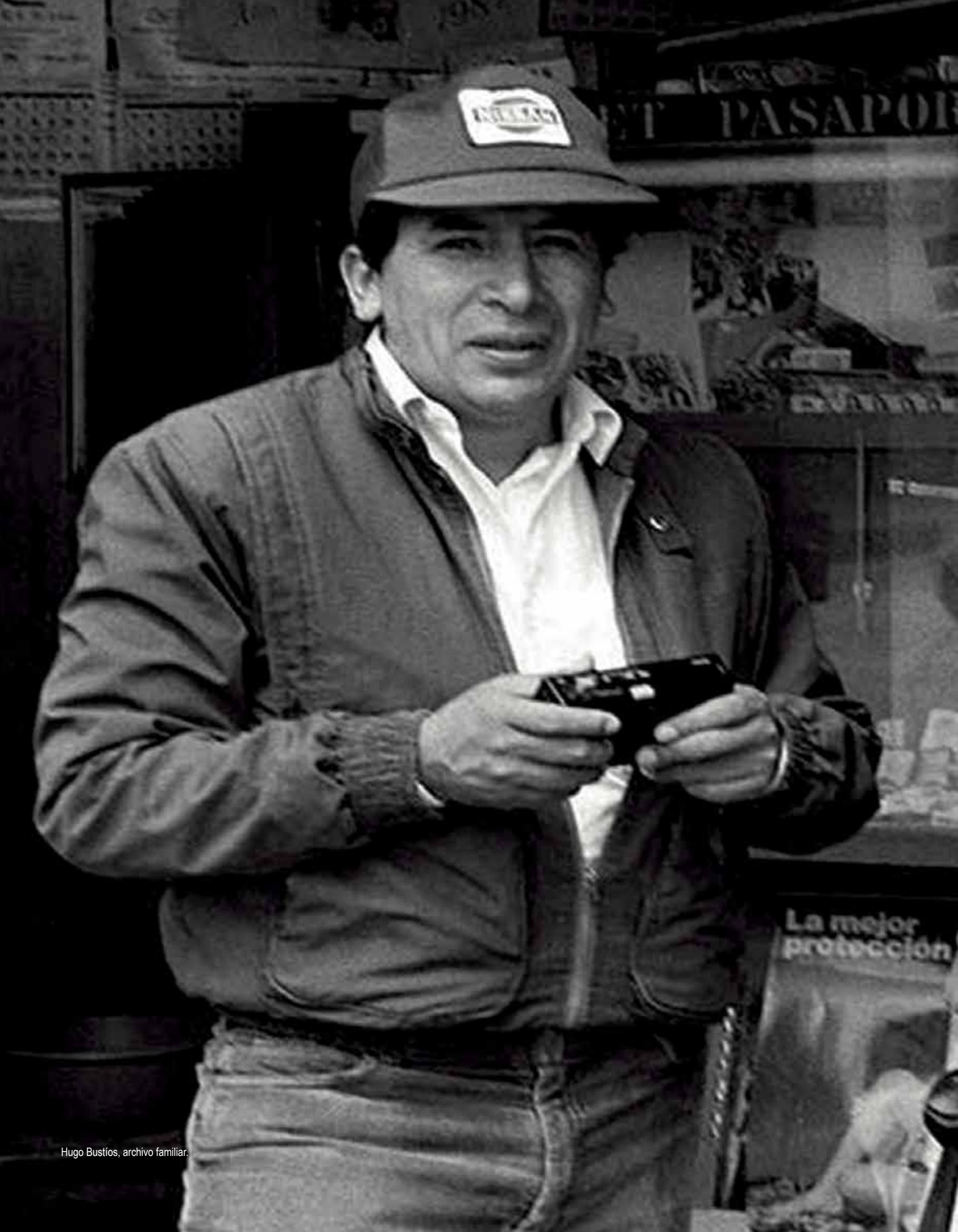
Sus sacrificios nos permiten recordar siempre quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde nos dirigimos. La paz nunca será completa hasta que no se conozca toda la verdad, aunque sea dolorosa, aunque sea irremediable.

Con el paso de los años, ellas también par-

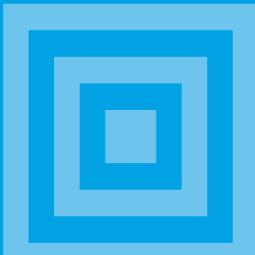
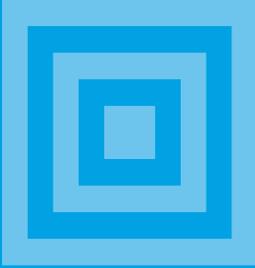
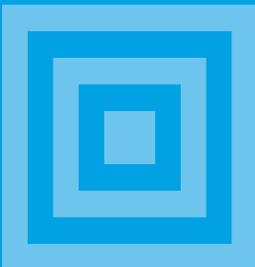
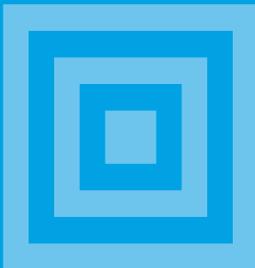
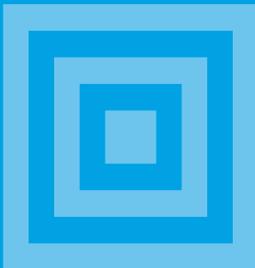
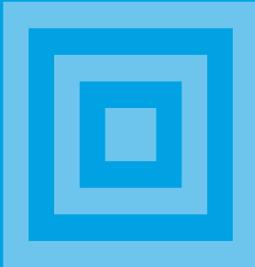
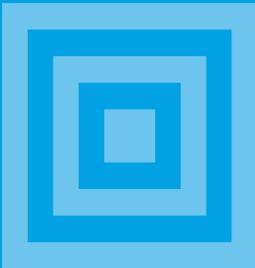
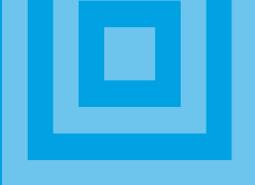
tirán de este mundo, pero es necesario que quede el registro para que las futuras generaciones lo sepan, les rindan tributo y eviten las deformaciones.

Nosotros zarparemos de este barco que es la vida, pero sus recuerdos perdurarán a través de nuestros hijos, nuestros nietos y de todos aquellos que lean sus historias, haciendo con ello una auténtica victoria contra la muerte. Porque al final nadie está realmente muerto mientras su recuerdo permanezca vivo. La lucha de estas mujeres es la mejor prueba de ello, ya que se alzaron sobre su destino para demostrar que cada día podemos emprender un nuevo peregrinaje en busca de una respuesta. Su labor demuestra su grandeza, la cual merece un justo homenaje por esa voluntad inquebrantable.

Cada una de ellas tiene una historia acumulada en esta suma de añoranzas imborrables, llena de vida, de amor a la vida, la cual servirá para aquellos que nos sucedan en el planeta. El trozo de lana tejido por sus manos ha permitido mantener vivo ese recuerdo, un recuerdo palpable de que no debemos permitir nuevamente que alguien en el Perú sea llevado por la fuerza sin explicación alguna y que ese crimen quede sin castigo. La Chalina de la Esperanza es un reclamo de justicia por sus vidas, por las nuestras, por las de todos y se ha convertido en un altavoz permanente que nos señala que aquello que provocó esta tragedia nunca más se debe repetir.



Hugo Bustíos, archivo familiar.



HUGO
BUSTÍOS: EL
CORAJE DE UN
PERIODISTA EN
UNA ZONA DE
ALTO RIESGO

17

PAOLA UGAZ



Hugo Bustíos Saavedra nació el 20 de febrero de 1950 en Huanta, departamento de Ayacucho. El padre del periodista fue Víctor Bustíos Cárdenas y su madre, la energética comerciante, Eulogia Saavedra Galindo. Bustíos estudió Contabilidad, fue bachiller en Derecho y también se dedicó al comercio de productos como la cochinilla, el barbasco y la lúcuma.

Si bien no estudió periodismo, Hugo descubrió que lo llevaba en el cuerpo desde que estalló el conflicto armado interno en 1980 en Chuschi, Ayacucho. Desde fines de 1982, se le delegó a las Fuerzas Armadas el control militar y político de la zona de conflicto.

Las denuncias sobre los detenidos desaparecidos que cubría para revistas y periódicos ayacuchanos, convirtieron a Hugo Bustíos en alguien incómodo.

En la madrugada del primero de marzo de 1984, fue detenido y se lo llevaron a un lugar de torturas.

Según Sharmely Bustíos²¹, hija del periodista, “en Huanta había una regla trágica: si al tercer día no aparecía la persona, era señal de que había sido ejecutada”.

Su madre, sus hermanos y amigos fueron en su camioneta a las zonas donde acostumbraban lanzar los cadáveres, como Paccosán, Puente Alcomachay y Ayawarcuna, cuyo nombre quiere decir donde se cuelgan los muertos.

En el puente Ayawarcuna, ubicado a la salida de Huanta, ubicaron ocho cuerpos inertes, pero ninguno era de Bustíos.

Su esposa, Margarita Patiño (a quien le dicen de cariño “Maca”), viajó a Lima para reclamar a las autoridades del gobierno. Gracias

a esta oportuna intervención, el periodista fue liberado treinta y cuatro días después.

Recuperada su libertad, Bustíos le dijo a su esposa: “He vuelto a nacer. Cuando nos iban a dar el tiro de gracia, esa noche, entraron y dijeron: ‘Alto con este desgraciado... han mandado para que se le deje con vida’. Desde ese momento, me han puesto suero, me han tratado de reanimar, porque yo ya ni siquiera sabía qué día era. Ya no tenía ni noción del tiempo. Mira lo que me han hecho”.

Tenía el estómago amoratado por los golpes, quemaduras en los glúteos y lesiones en la cara. Contó que unos días le echaban miel y otros excrementos con el fin de atraer a las hormigas.

“Hemos pedido a gritos que nos maten”, le decía a su esposa. “Yo pedía a gritos que nos mataran, Maca, porque nos hacían demasiadas torturas”.

“Si yo sabiendo hablar, siendo bachiller de Derecho, siendo comerciante han hecho las atrocidades más graves. Yo he visto, no con mis ojos, pero he sentido cuando violaban a las chicas, al lado mío sentí un disparo y mataron a alguien. ¿Qué crees tú?” le decía Bustíos a su esposa. “¿Qué somos nosotros? Despojos humanos, para que ellos hagan lo que quieran. Por algo soy huantino de corazón. Esta tierra me vio nacer y tengo que saber defenderla como tal. Ya no te metas por favor” le dijo a su esposa. “Si le tienen miedo a mi lápiz, a mi papel, a la pluma y a mi cámara,

pues esas van a ser mis mejores armas para gritar al viento y al mundo de las atrocidades que se cometen en Huanta”.

Tras el terrible capítulo vivido, Hugo Bustíos viajó con su esposa y sus cuatro hijos a Lima, donde fue atendido por un psicólogo. Gracias a su amistad con su paisano Abilio Arroyo, se convirtió en corresponsal de la revista “Caretas” en Huanta y La mar, por lo que regresó entusiasmado a seguir su carrera en casa.

Su valentía y su esforzada labor al mando de dos noticieros y un equipo de redactores a su cargo lo convirtieron en una autoridad local en el periodismo y fue nombrado presidente de la filial de la Asociación Nacional de Periodistas. Por dos años consecutivos fue galardonado con el título de mejor reportero gráfico de la revista “Caretas”.

Además, Bustíos organizó la primera redacción en Huanta que tenía línea telefónica y que pudo seguir de cerca lo que sucedía en las provincias de Huanta y La Mar.

Pero cubrir un conflicto con valentía y revelando qué pasaba con los detenidos que luego se convertirían en desaparecidos tiene sus costos. Bustíos era consciente de los peligros que corría por informar a sus lectores pero este hecho nunca lo detuvo ni lo amedrentó lo suficiente para abandonar su redacción y a su equipo de reporteros en Huanta.

“Que te recojan con cucharita“

En la mañana del 24 de noviembre en 1988, cuatro días después de un paro armado decretado por Sendero Luminoso, Hugo Bustíos se dirigió a su esposa y le dijo: “A Dios gracias estamos jueves y no hay ninguna noticia. Todo está bien”.

“Sí, Hugo”, le responde su esposa. “¿Y qué tal, la noticia soy yo?”, le replicó Hugo Bustíos. “Hablas disparates”, le contestó su esposa.

En pleno desayuno familiar, Hugo Bustíos se enteró que habían matado a unos vecinos

que conocía muy bien: Primitiva Jorge y su hijo Guillermo Sulca en Erapata.

De inmediato, preparó sus cámaras y partió en una moto con el periodista del periódico “Actualidad”, Eduardo Rojas Arce. Al llegar a la zona, los militares les impidieron el paso. Bustíos regresó con un amigo policía y una familiar de las víctimas, llamada Clemencia, pero no consiguieron ingresar y hacer fotografías del trágico suceso.

Desesperados por cubrir la noticia, Bustíos y Rojas fueron a solicitar el permiso al cuartel de Huanta. “Javier Landa Dupont”, quien estaba en el cuartel de Huanta y a la sazón era el Jefe Político-Militar de la zona.

Margarita Patiño se unió a los dos periodistas para reunirse con el jefe de la base. Después de bromear un rato, obtuvieron el permiso oral.

De regreso, dejaron a la esposa de Bustíos en su casa y siguieron su camino a Erapata. Cuando pasaban por la zona de Quinrapata, fueron emboscados por sujetos de polo blanco y encapuchados, quienes dispararon, a pesar de que les señalaron que eran periodistas.

“Las balas repiqueteaban insistentemente, empecé a correr en zig-zag. Llevaba una cámara fotográfica en el costado izquierdo. Los atacantes no me dieron respiro”, señaló en ese entonces Eduardo Rojas.

Dos proyectiles perforaron su equipo fotográfico y uno de ellos lo hirió en el muslo izquierdo.

“Viré el rostro hacia atrás y observé nítidamente a uno de los sujetos que portaba un arma. Estaba vestido con pantalón de dril oscuro, camisa clara y tenía el rostro cubierto con una mascarilla. Permanecí unos segundos en el suelo. Al parecer los desconocidos creyeron que estaba muerto. Desde el lugar en el que estaba divisé a otros tres sujetos de apariencia limeña, cuando colocaban un artefacto explosivo sobre el cuerpo de Hugo Bustíos. Él se hallaba tendido con el dorso inclinado hacia un costado.

21. Sharmely Bustíos es autora de la tesis Caso Bustíos: Periodismo de alto riesgo en Perú, escrita para la Universidad Central de Venezuela.



Estaba inerte”, explicó Rojas.

“Seguí corriendo. Fue entonces cuando fui impactado por varios proyectiles más. Creí que todo había acabado y que no tendría posibilidades de escapar. Mis temores se acrecentaron al escuchar la explosión de la dinamita que le arrojaron a Hugo Bustíos”, agregó Rojas.

Rojas se salvó de milagro porque sus atacantes pensaron que estaba muerto. Gracias a ese fortuito hecho pudo regresar más tarde al lugar de los hechos y ubicó a tres pobladores que identificaron al presunto responsable. Entre los testigos estaba Alejandro Ortiz Serna.

El valiente periodista huantino Hugo Bustíos fue eliminado a balazos y luego su cuerpo fue dinamitado.

“Mamá Maca, el doctor don Hugo ya no está. Lo querían destrozarse, desaparecer, porque él se quería levantar y cuando se levantó, me dijo ‘corre Eduardo, ¡sálvate!’. Y en eso se le ha acercado y le dijeron: ‘¡ah, cojudo estás hablando!’. Y le ha metido una granada y le ha dicho: ‘que te recojan con cucharita’”, le contó Rojas a la esposa de Bustíos.

Posteriormente, otro de los testigos de la muerte de Bustíos, Alejandro Ortiz Serna, que estaba escondido en el follaje cuando vio que hacían volar en pedazos a Bustíos. Ortiz Serna viajó con su viuda a Lima a testificar y, finalmente, apareció muerto el 19 de marzo de 1989.

Meses después, la revista Caretas y su director de entonces, Enrique Zileri Gibson, revelaron los nombres verdaderos de los que ordenaron la matanza.

Gracias al apoyo de la Federación Internacional de Periodistas, el Comité Protector de Periodistas y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el caso se hizo conocido a nivel mundial.

Una carta sin terminar

Cinco días después de la muerte de Bustíos, su esposa Margarita, encuentra una carta sin terminar dedicada a su hija Sharmely Valery

que en ese entonces tenía doce años y que lo ayudaba a locutar en los noticieros de la radio:

«Me siento impotente frente aquellos que nunca tuvieron valor alguno de enfrentarse a la verdadera realidad de nuestro pueblo.

Siento temor por la sencilla razón de que ellos no tienen sentimiento alguno. Son máquinas para matar y no dudarán en hacerlo. Si es que algo sucede, toma la pluma, la hoja, escribe para informar ante el mundo lo que está sucediendo escribe para informar ante el mundo lo que está sucediendo en nuestra tierra, que conozcan nuestros hermanos de sangre que Huanta solo aparenta... aparentemente está bien; pero dentro de ella, hay mucho dolor, hay mucha tristeza, hay muchas lágrimas, hay muchas muertes. Jamás callemos está realidad, si ahora quieren callarnos, mañana nuestros hijos gritarán que hemos tenido razón para escribir, para hablar, para informar ante los cinco continentes.

No preguntemos ahora quién es el culpable. Tampoco quién es el verdugo. Solo tengamos presente, en todo momento de que jamás callaremos la realidad de los hechos. Jamás callemos pase lo que pase. Publiquemos sin temor alguno. Dejo en buenas manos mi lapicero, mi lápiz y papel. Tengo la plena confianza de que tú continuarás por el camino ya emprendido; pero con el coraje, la decisión, la fuerza y la verdad. Se sienten impotentes frente a mis armas que son la cámara, el papel el lápiz y mis palabras.

Frente a ese hecho sólo les queda decir: “No me asustan sus seguimientos, tampoco sus intentos de secuestro, mucho menos sus tentativas de desaparecerme, me defenderé, esté donde esté”. Si es que por la fatalidad del caso, llegue el día en que calle en mí... si llegará el día en que me destruyan para siempre, no quisiera que se enclaustran dentro del silencio sepulcral. Sería como llorar a gritos sin derramar lágrimas.

Espero que sigas por el camino dejado por la fatalidad del destino. Creo que no te faltarán fuerzas para que continúes con la lucha, para lograr los objetivos trazados y tantos objetivos que nos habíamos trazado, tantas metas frustradas, pues tengo la plena confianza de que un día no muy lejano, acabará esta desesperación, acabará los derramamientos de sangre, terminarán los dolores que destrozan los corazones de la gente que no sabe por qué



Edwin Bustíos, ex alcalde de Huanta y hermano de Hugo Bustíos, en el mausoleo simbólico del cementerio de Huanta, Ayacucho 2009.

tienen que pagar muy caro por su ignorancia y la falta de conciencia humana.

Tengo la plena seguridad de que un día no muy lejano, llegue la luz de la esperanza y alumbré el camino para evitar equivocaciones, para evitar tragedias, pues esa luz de la esperanza, hará que nuestra sociedad enferme, tenga la oportunidad de reconstruir sus cimientos que fueron destruidos por quienes no entendieron el valor humano. Es el fin supremo de nuestra sociedad, comprenderán que no fue en vano la muerte de miles de peruanos.

Todavía tenía que suceder estas tragedias, para que vean con la claridad del caso, los errores cometidos, estos errores a muchos no los conduce a que se rectifique, pero a mí, me llaman a reflexionar de manera sincera y consciente, en el sentido de que nunca debemos de permitir que ocurra lo que está atravesando nuestra querida tierra. Tengo entendido de que no estoy equivocado, al defender los derechos de aquellos a quien no tiene a donde acudir pese a que este hecho es calificado

como el peor error cometido por un ser humano. Piensan que con esta actitud estoy defendiendo ideologías que nada tienen que ver con mi forma de pensar. Piensan que defender a los azotados y abandonados es defender a los que tomaron el camino equivocado. Piensan que defender a esa madre que perdió a su hijo es defender a los causantes de las desgracias.

Creo que ayudar a aquellos que nunca encontraron, lo menos un consuelo, por sus dolores atizar la fogata. Piensan que con mi actitud estoy impulsando violencias. Creo que nunca comprenderán que no sólo con las armas se conseguirá lograr la paz. Tampoco solucionarán el problema de la violencia colocándome a dos metros bajo tierra. Tampoco terminarán con la violencia utilizando más violencia. Tampoco lograrán la paz torturando a la gente hasta que pidan a gritos la muerte, mucho menos arrancando pedazos de carne en vida. Clamar la muerte en estos casos no es de cobardes. A este paso sólo se habrán convertido en carniceros de sus propios hermanos. Qué triste realidad es la que vemos. Apareció la violencia, con



ella comenzó el chorro de sangre; luego apareció la contra violencia y ahora vemos que hay ríos, que hay ríos de sangre humana. Pregunto, ¿esta crueldad nos conduce a lograr la verdadera justicia? Pregunto ¿qué con estas medidas se logrará la igualdad de clases? Me pregunto ¿qué ganan desapareciendo a gente que nunca engendró la violencia? En conclusión, ¿qué van ha sacar los pacificadores, obligando a quienes desmascara sus hechos de sangre a retirarse de la zona de guerra? La respuesta sería simple. Creo que otros continuarán por el camino trazado. Sólo digo que no somos lo que ellos piensan, mucho menos somos criminales, tampoco asesinos; sin embargo, estamos sometidos a sus caprichos de leyes injustas. No temo lo que puedan hacer conmigo. Temo lo que puedan hacer a los seres que más quiero. En caso que suceda algo, espero que nunca callen lo que está pasando en nuestra querida tierra. Los hombres de prensa esperamos lo peor. Saldremos adelante es porque nuestros principios así lo mencionan. No creo ofender la majestad de nuestros lectores, tampoco a quienes supieron darnos esa confianza y apoyo. Lo único que queda es esperar y enfrentar la realidad tal como es. Creo que será para el bien de todos como también para el futuro de nuestros hijos. Repito no somos criminales; tampoco asesinos, la pluma, la cámara, el papel, las palabras no matan como las balas y los cuchillos».

Crímen y Condena

Diecinueve años después del crimen contra Bustíos: el 2 de octubre de 2007, el 'Colegiado C' de la Sala Penal Nacional dictó sentencia condenatoria a los responsables.

Al año siguiente, tras la apelación de la defensa, en octubre de 2008, la Segunda Sala Penal Transitoria de la Corte Suprema de Justicia, presidida por Javier Villa Stein, ratificó la sentencia y subió la reparación civil a 100 mil nuevos soles (aproximadamente 30 mil dólares).

“Perdón (en el Poder Judicial) no hubiese podido haber, si no se hacía justicia en este caso. Hoy al menos me doy con la satisfacción, doy gracias a Dios y los perdono. Ellos cometieron un exceso con mi esposo de una manera muy

alevosa, se portaron de una manera muy cruel, él (Hugo Bustíos) fue asesinado después de haber sido emboscado”, expresó Margarita Patiño. “Este es un gran paso para creer de nuevo en el Poder Judicial, es una gran victoria, por que estoy confiando en el Poder Judicial. Confío en que se está haciendo justicia o al menos si se está haciendo justicia al menos en el caso de mi esposo”, concluyó su viuda.

Lugares de memoria

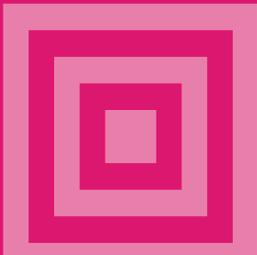
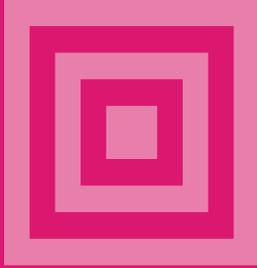
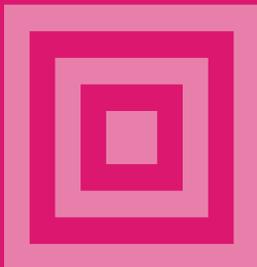
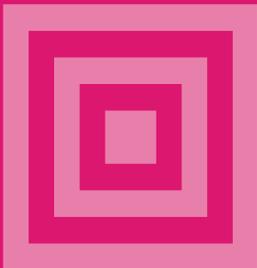
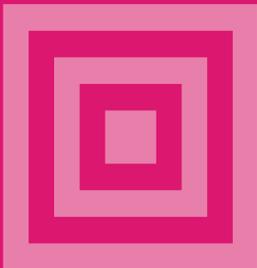
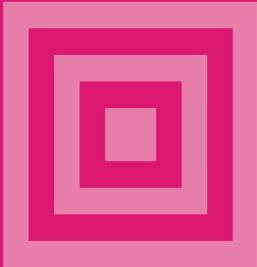
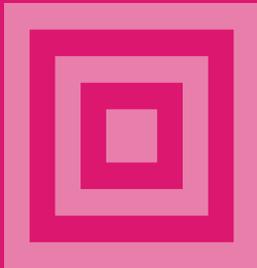
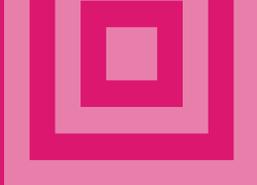
Antes de la sentencia en que se condenó a los que acabaron con su hermano, visitamos al entonces alcalde de Huanta y hermano menor de Hugo, Edwin Bustíos.

Edwin Bustíos nos hizo un recorrido por los lugares de memoria de Huanta, puesto que está muy interesado en que los sucesos trágicos del conflicto interno no se olviden de nuestra memoria nacional.

Es por esa razón, que en agosto de 2008, el entonces alcalde de Huanta, Edwin Bustíos puso junto al presidente de la Asociación Nacional de Periodistas la primera piedra de la futura “Plaza de los Periodistas”, donde se recordará a los hombres de prensa caídos en el conflicto armado interno.

En dicha plaza habrán estatuas para Jaime Ayala Sulca, Hugo Bustíos Saavedra, Cirilo Oré, Freddy Valladares, Jhonny Rojas y los ocho mártires de Uchuraccay: Jorge Sedano Falcón, Eduardo de la Piniella Palao, Willy Retto Torres, Pedro Sánchez Gavidía, Amador García Yanque, Jorge Luis Mendivil Trelles, Félix Gavilán Huamán y Octavio Infante García.

Aunque nos bastaría, en memoria de Hugo Bustíos, sólo seguir el ejemplo y compromiso de este huantino con el periodismo para “nunca callar lo que está pasando en nuestra querida tierra”.



OSCAR
MEDRANO Y
LAS PRIMERAS
FOTOS DE LAS
MADRES DE LOS
DESAPARECIDOS

18

PAOLA UGAZ



Hace más de 50 años, Oscar Medrano recorre el país con cámara en mano en busca de las mejores imágenes. Muchas de ellas ya forman parte de la historia del periodismo peruano. Para conmemorar su medio siglo como fotógrafo, Medrano exhibió su trabajo en varias ciudades de Estados Unidos, como Washington, Miami, Nueva Jersey y Nueva York, en el Instituto Cervantes. La exposición se tituló “Nunca más”.

Pero, ¿quién es este fotógrafo proveniente de los Andes y cuyo trabajo ha sido comparado con el cuzqueño Martín Chambi? Un 23 de junio de 1946, Medrano nació en Acosvinchos, Ayacucho, y llegó 16 años después a Lima.

Ingresa al Departamento Gráfico del diario “El Comercio” como ayudante del equipo de fotografía y su pericia lo convirtió en fotógrafo de planta a los 17 años.

Su primera comisión fue cubrir un accidente al norte de Lima. Para la buena suerte de Medrano, realizó una buena fotografía que se convirtió, al día siguiente, en la carátula del diario “El Comercio”.

En ese momento, su jefe, Carlos “Chino” Domínguez, vio el gran potencial de Medrano como fotógrafo y le designó las misiones más difíciles y complicadas.

En 1968, migró a “Correo”, que en ese entonces dirigía Raúl Villarán, una leyenda de la prensa escrita peruana.

En junio de 1968, le tocó cubrir el terremoto de Moyabamba y, en mayo de 1970, el terremoto que destruyó Huaraz y Yungay.

Oscar Medrano siempre se ha considerado un hombre de pocas palabras: “prefiero que mis

fotos hablen por mí y digan en una sola imagen lo que no puedo decir con palabras”.

Un día Medrano le tomó una foto a un asaltante de bancos que había tomado de rehén a un niño en un colegio limeño y que le apuntó a la cara con su pistola. Por esta fotografía, recibió el Premio Mundial de Fotografía de la agencia UPI en 1974.

Los premios a nivel nacional en la década del setenta no dejaron de llegar para Óscar Medrano: ganó consecutivamente en 1973, 1974 y 1975 el premio peruano a la Fotografía.

En 1977 y 1978, fue condecorado en el Congreso por su labor en la cobertura de la Asamblea Constituyente que elaboró la Constitución de 1979. En 1979, Medrano ingresó a Caretas y, poco después, empezó a cubrir el conflicto que desató Sendero Luminoso contra el Estado peruano, al lado de a quien llama cordialmente “El Samurái del Periodismo”, Gustavo Gorriti.

Por seguridad, el tándem Gorriti-Medrano sólo se movía acompañado de miembros de la prensa extranjera, con el fin de garantizar la exclusividad de sus reportajes. Esa decisión de equipo los salvó de perecer en Uchuraccay, en la que ocho periodistas murieron a manos de los campesinos, quienes los confundieron con miembros de Sendero Luminoso.



Oscar Medrano. Cortesía revista Caretas.

En abril de 1983, Medrano fue el único fotógrafo en llegar a Lucanamarca –en ese tiempo, a más de un día de distancia de Huamanga–, donde habrían muerto cruelmente 69 personas, entre ellas 20 niños.

En Lucanamarca, Medrano captó imágenes emblemáticas, como la del campesino Celestino Ccente con el rostro vendado; fotografía que fue usada como imagen de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, o la fotografía de un retrato de cabeza del ex-presidente Fernando Belaúnde (1980 - 1985) sostenido por un hombre tras un atentado de Sendero Luminoso.

De acuerdo a Mirko Lauer, “de cuando en cuando han salido de los Andes peruanos imágenes icónicas que cuentan historias de lapidaria

elocuencia. La imagen del joven iquichano Celestino Ccente con medio rostro mal vendado, tomada por Oscar Medrano para Caretas en 1983, es sin duda una de ellas. Ya no es la ironía de los años 20 o 40, sino la violencia desatada sobre el mundo andino, reflejada en un rostro que sólo parece tener tristeza y reproche”.

“La foto de Medrano es quizás la última antes de la ola de películas (La teta asustada, Lucanamarca) que ahora dan versiones de lo andino que más circulan en el mundo exterior. Sin embargo, hay en estos temas un camino de conocimiento doloroso, político y eficaz hecho con fotografías históricas que probablemente se va a mantener como lenguaje”, concluyó Lauer.

“En Ayacucho la gente moría como animales.



Nadie en Lima decía nada, fue muy chocante para mí”, señala Medrano.

Gustavo Gorriti considera que para realizar la cobertura periodística Medrano, como ayacuchano quechuahablante, “fue estratégicamente arriesgado pero tácticamente muy cauto”.

“Con pocos periodistas como él he llegado a sitios realmente peligrosos”, asegura Gorriti. “Era capaz de encontrar el ángulo de la realidad, lo que lo convirtió en el fotógrafo paradigma del proceso de la violencia en el Perú. Lo elogio sin matices”.

En su carrera, Medrano también fotografió los restos de los sucesos de Parcco y Pomatambo, en Vilcashuamán, Ayacucho. Disfrazados de técnicos agrarios de la Cruz Verde, Gorriti y Medrano llegaron al lugar con el periodista ayacuchano Hugo Ned y Nick Ashehov, corresponsal de “The New York Times”.

“Pasamos los controles militares de Toccto, Pampa Cangallo, Vischongo y Vilcashuamán, en donde los militares nos conminaron a que nos presentáramos a las 8 de la mañana del día siguiente en el puesto militar. Dormimos en la sala de maternidad del hospital y, gracias a mis conocimientos de la zona, propuse al grupo que podíamos llegar al lugar de la matanza burlando los controles si salíamos a las 4 de la mañana, hacer el trabajo una media hora y regresar”, recuerda Medrano.

Gorriti se demoró reportando los hechos. Al llegar a Vilcashuamán, una patrulla los apresó y los llevó en helicóptero a Huamanga, directo a la sede de la Policía de Investigaciones.

“Como ni Gorriti ni Ashehov querían hablar, yo declaré por todos. El mensaje fue: ‘Llegamos a Vilcashuamán cansados, nos dormimos, eso era todo’”, explicó un sonriente, Medrano.

Las madres de los desaparecidos

Producto de su trabajo cubriendo el conflicto armado interno, Medrano realizó las primeras imágenes de los familiares de desaparecidos en

Ayacucho, entre ellos, la Asociación Nacional de Familiares Detenidos y Desaparecidos (Anfasep). En su mayoría de mujeres, quienes, superando el miedo, salían a las calles con letreros a reclamar por sus seres queridos.

“Todo lo vivido en ese tiempo era parte de mi trabajo de fotógrafo y para alertar al resto del país de cómo se desangraba mi tierra”, afirma Medrano. Y agregó: “nunca me detuve a pensar que mi vida peligraba, sólo quería tener las mejores imágenes”.

Del 2007 al 2008, Medrano fue fotógrafo del Programa de Reparaciones, por lo cual volvió a las zonas de los hechos más simbólicos y pudo ser testigo de cómo se realizaron las reparaciones a los pueblos más golpeados durante el conflicto armado interno.

Junto a Gorriti, Medrano regresó al valle de los ríos Apurímac, Ene y Mantaro (VRAEM) y al Alto Huallaga para realizar varios reportajes sobre los rezagos del conflicto armado interno.

Una deuda pendiente para el fotógrafo es la publicación de un libro con las imágenes del conflicto armado interno que sacudió el país, que esperamos pueda ser saldada.

En el 2009, Medrano recibió el premio de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos “por su contribución periodística en la construcción de un país democrático”.

Tras recibir el premio, Medrano declaró: “Quiero agradecer a la Revista “Caretas” por haberme enviado a registrar la tristeza, el dolor y la muerte de mi pueblo, Ayacucho. Era un hecho que me dolió mucho. Gustavo Gorriti, que me acompaña en este recinto, es testigo, porque con él hemos estado en esos lugares. La suerte es que ahora, casi 30 años [después], he regresado a Ayacucho a graficar el nuevo rostro del Ande, de mi Ayacucho que lo vi sangrando y ahora lo veo recuperando la sonrisa con los pocos centavos de las reparaciones colectivas. He tenido la suerte de vivir para graficarlo y por todo ello les doy las gracias”.

The background is a solid yellow color with a grid of concentric squares. Each square is composed of three nested lines, creating a square-in-square pattern. The squares are arranged in a grid that is roughly 10 columns wide and 10 rows high, though some are missing, creating a sparse, decorative effect.

EN LA PIEL
DE UN
FAMILIAR DE
DESAPARECIDO

19



Convocamos a un grupo de escritores, periodistas, editores, cineastas, artistas, activistas de Perú, España y Argentina para que se pongan en la piel de un familiar de una persona desaparecida.

Las preguntas fueron:

1. ¿Qué es lo que más necesitan los familiares de las personas desaparecidas?
2. ¿Qué sentirías si la persona a quien más amas desapareciera de repente?
3. ¿Crees que es necesario lograr un consenso humanitario sobre el tema?

ROSA MARÍA PALACIOS, periodista

1. El duelo es un proceso complejo que cada ser humano vive a su propia y respetable manera. Lo que sabemos es que nadie, aunque quiera negarlo por un tiempo, puede escaparse de él. Por ello, lo sano es enfrentarlo con todo su dolor y desolación. Parece eterno cuando se sufre, pero el tiempo ayuda a la aceptación y a convivir con la tristeza de lo perdido. Sin embargo, cuando este proceso va unido a la incertidumbre, el duelo no se cerrará y se tornará perpetuo.

Los familiares de los desaparecidos necesitan cerrar su duelo. Y para ello requieren saber la verdad. ¿Qué pasó? ¿Cómo murió? ¿Por qué lo mataron? ¿Quiénes lo mataron? ¿Habrá sufrido? ¿Nos habrá recordado? ¿Cómo fueron sus últimos días, horas, minutos? ¿Dónde lo dejaron? Preguntas que se repiten en memoria del ser amado como una tortura psicológica que no da descanso.

La angustia, la falsa esperanza, la desconfianza en todo y en todos, el miedo, no permiten vivir en paz. Si a eso se añade la culpa con otras preguntas sin respuesta— ¿por qué no estuve ahí?, ¿habrá sabido cuanto lo quería?, ¿por qué lo deje ir?, ¿por qué no me llevaron a mí?— la agonía se hace más dolorosa, en ese rosario interminable de “si yo hubiera”.

Ubicar un cuerpo y enterrarlo no contesta todas las preguntas, pero ayuda a cerrar un ciclo. Borra al menos la incertidumbre y acaba con la falsa esperanza por siempre. Para las otras preguntas está la justicia y la indispensable ayuda psicológica, psiquiátrica e incluso espiritual del consuelo humano y divino que no cura pero que alivia el dolor.

Finalmente, los familiares de un desaparecido, cualquiera sea la causa de tal desaparición, requieren ser respetados. Una sociedad que los ignora, los ningunea o, peor aún, los culpa por su propio dolor, es una sociedad cruel en la que nadie merece vivir.

2. A cierta edad, todos tenemos nuestras

pérdidas y todas duelen. Pero las circunstancias de la muerte pueden hacer una gran diferencia al procesar esa pérdida.

Es un error común decirle a alguien que sabes lo que está sintiendo cuando no has tenido una experiencia idéntica. Por ello, con el atrevimiento del caso, diría que lo primero que sentiría es un gran desconcierto y angustia. He conversado con familiares de desaparecidos en circunstancias diversas y esos son los sentimientos que observo. Por eso, emprender la búsqueda se torna imperativo y todos los esfuerzos familiares de los primeros días, meses y años se concentran en buscar y buscar sin pausa. La esperanza de que esté vivo y necesite ayuda y no esté siendo auxiliado sume a las familias en la desesperación y el dolor. La sospecha y luego el convencimiento de la muerte abren una etapa de tristeza, soledad, melancolía que suele llevar a la depresión y, en muchos casos, a una paralización de todo proyecto de vida. Sin embargo, pocos se resignan. Y la incertidumbre llega cargada de sus falsas esperanzas a instalarse por lo que queda de vida a los que esperan.

Es, en todo sentido, una situación de infierno para quien lo vive.

3. ¿Consenso humanitario para el tema?. Hace mucho tiempo debió resolverse una situación que es trágica para miles de peruanos. ¿Por qué no se ubica a todos los desaparecidos por la violencia? Hay dos razones centrales. La primera, el temor de las Fuerzas Armadas y Fuerzas Policiales de que se les imputen responsabilidades en la ejecución de desaparecidos. La segunda, el origen de las víctimas y sus familiares: campesinos, quechua-hablantes e indios andinos. Si las fosas comunes estuvieran en la provincia de Lima o en cualquier provincia costera, todos ya hubieran tenido un entierro digno.

Es verdad que es un proceso largo y costoso intervenir más de 4 mil sitios de entierro pero hay que recordar que por cada desaparecido hay una familia que espera salir del infierno en donde la dejaron congelada en el tiempo.



Tejiendo La Chalina de la Esperanza en Huamanga, Ayacucho 2010.

GABRIELA WIENER, periodista

1. En “Nostalgia de la luz”, el gran documental del chileno Patricio Guzmán, que cuenta en paralelo la búsqueda en Atacama de vestigios estelares de los astrólogos de la estación Alma (donde se encuentran los telescopios más grandes del mundo) y la búsqueda de restos llevada a cabo por los familiares de desaparecidos durante la dictadura de Pinochet, enterrados en el desierto, que los mantiene casi intactos. Una de las mujeres cuenta cómo pasó un día entero con el pie, lo único que se encontró, de su hermano y que ese fue “el gran encuentro y la gran desilusión”, porque recién tomó conciencia de que su hermano estaba muerto. La esposa de otro detenido desaparecido cuenta que alguna gente suele preguntarle para qué quiere huesos si son sólo eso, huesos. Y ella les contesta que sí, que ella los quiere y no un pedazo de su marido, sino entero, como se lo llevaron. Lo que necesita a estas alturas una persona así son respuestas, alguna clase de certeza. Están cansados, ya no tienen la fuerza de antes, pero no quieren morir sin encontrarlos. Porque lo único que les da fuerzas es la esperanza. Desean enterrar a sus muertos como corresponde. Esas mujeres sueñan con un telescopio que no sólo mire al cielo sino que pueda traspasar la tierra para poder ubicar a sus seres queridos. Toda la sociedad debe ayudar a construir ese telescopio, que mire en las profundidades de esta tragedia y ofrezca consuelo, respuestas, memoria y justicia. Eso es lo que creo que los familiares de desaparecidos necesitan.

2. Por alguna razón quizá masoquista me he preguntado varias veces qué sería lo más horrible que podría pasarme en la vida y siempre viene a mí la misma idea-pesadilla, la de la muerte de las personas que amo. Si esto me ocurriera, si les ocurriera a ellos, si ocurriera además en circunstancias poco claras, que señalan como responsable de esa desaparición al Estado de mi país, ese que en realidad debería cuidarnos, protegernos y garantizar nuestro bienestar. Entonces,

creo que me volvería loca o moriría de dolor e indignación. Si esto me pasara en el Perú, tendría una segunda muerte, que es la de impotencia ante la inacción de las instituciones y la lucha inútil por recuperar los cuerpos y la historia de los míos. Supongo que haría lo que han hecho los familiares de miles de desaparecidos en nuestro país: organizarme, compartir experiencias, pedir rehabilitación y exigir instancias como la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Nada de esto me lo devolvería, pero al menos no estaría sola y el dolor sería compartido.

3. Creo imprescindible este tipo de acuerdo. El informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación parece haber caído en saco roto; se han ignorado sus recomendaciones a causa de la polarización política, deteniéndose en tecnicismo, problemas de conceptos, metodología y cifras, y consiguiendo que los intereses humanitarios queden en un segundo plano. Es urgente exigir al gobierno y a los grupos políticos, actuales y venideros (y por supuesto, es tarea de todos impedir que vuelvan al poder quienes han mostrado sobradamente estar en contra de este proceso y que esperan borrarlo de un plumazo, por ejemplo, amnistiando a asesinos) que pongan en agenda urgente el tema de las víctimas del conflicto armado interno, que dé seguimiento y aplique por fin las recomendaciones y que escuche los aportes de los nuevos movimientos ciudadanos.

CARLOS ZÚÑIGA, publicista

1. Una persona que se aferra a la esperanza tan tenue necesita saber que independientemente del resultado, el Estado y la sociedad hacen suyo ese sentimiento y son capaces de ofrecerle empatía y justicia frente al hecho. Porque más doloroso que ser carcomido por la espera, es sentirse carcomido por esa espera en medio del abandono de un país que mira a otro lado.

2. Vacío. Todo giraría en torno a aferrarme ante la más débil opción de su retorno.



3. Creo que el Estado tiene pendientes tantas acciones en pos de la reconstrucción del País tras el conflicto armado interno. Si bien sería muy positivo hacerlo (en tanto sea una acción y no una simple declaración de intención como tantas otras que plagan este tema particular), queda claro que esperar algo así es confiar en una capacidad ejecutiva y una toma de compromiso de la que el Estado carece.

CARMEN DE CARLOS, periodista

1. Conocer dónde está esa persona o lo queda de ella. Localizar sus restos para buscar un lugar de reposo y poder hacer el luto. Tener acceso a aquellos con los que pasó la última etapa de su vida para reconstruirla. Saber quién o quiénes fueron los responsables de su muerte y cómo se produjo ésta. Someterlos a juicio y obtener una condena acorde con su crimen. En resumen, verdad y justicia para poder sobrellevar un poco mejor la tragedia.

2. No soy capaz de imaginarlo. Intentaría localizarla de todos los modos posibles y supongo que, hasta no encontrarla, la vida dejaría de tener sentido para mí. He hablado con personas que han vivido ese tipo de situaciones. Desesperación, tristeza, sensación y hasta deseo de perder el juicio para no sentir nada, son algunas de las etapas descritas. Las hay que encuentran refugio al agruparse en colectivos de lucha por la misma causa: hallar a los suyos. Otras se abrazan a banderas políticas y muchas dejan pasar los días mientras la tristeza las consume. Creo que, hasta que no tienen una prueba concreta de que sus desaparecidos están muertos, conservan la esperanza. Aunque hayan pasado 30 años.

3. Creo que, en general, con el transcurrir del tiempo, la necesidad de las familias -civiles, militares, guerrilleros o terroristas- de localizar a los suyos y tener la certeza de cuál fue su destino se coloca por encima de cualquier otro valor. No hay descanso para ellos sin la confirmación y el

hallazgo de sus seres queridos. Me parece que poder enterrarlos es más importante para ellos, en última instancia, que hacer justicia con los que les dieron muerte. Dicho esto, considero que sería positivo lograr un acuerdo, posibilitar una vía, por razones de humanidad, que lo permitiera.

CLAUDIA CISNEROS, periodista

1. Saber que a la sociedad le importa su dolor y le importa ayudarla a encontrar respuestas. Saber que vive en un país cuyo Estado es responsable y que propulsa de verdad la justicia, no escatimando esfuerzos en buscar a sus ciudadanos desaparecidos, asesinados, torturados. Saberse con un Estado, prensa, sociedad civil empáticos y dispuestos a encontrar a los que le hacen falta a ellos y con ellos, a nosotros también como comunidad. En la práctica: una comisión y presupuesto con metas concretas para encontrar a todos y cada uno de los que ahora hemos dejado que sean invisibles, inexistentes. También: presupuesto para un programa de terapias psicológicas gratuitas para todos los familiares de desaparecidos. Y por último, pero no menos importante: presupuesto para salas especiales y dedicadas en exclusiva a la resolución judicial de estos casos, respuestas, condenas, resarcimientos económicos.

2. Desasosiego abismal. Honda angustia y pena viva.

3. Es una deuda cuyos intereses nos comen vivos. Porque el familiar desaparecido de alguien, es un peruano perdido, un peruano abusado y cuyos derechos fueron transgredidos. Un peruano cuyo destino fatal y cuya vida amputada no solo cambió la vida de los suyos, sino que- sin que lo registremos de manera consciente- su invisibilidad nos afecta a todos. Su ausencia es presente recuerdo de una degradación de la justicia, los derechos y la democracia.

RICARDO LEÓN, periodista



Silveria Yaranga Flores y su hija, Ayacucho 2009.

1. Esa incertidumbre de no saber si la persona que quieres vive o ya murió, esa eterna posibilidad, solo ese quizá ya puede destruir una memoria. Quiero decir: tú tienes un recuerdo borroso porque está lleno de preguntas: ¿qué pasó?, ¿dónde está?, ¿por qué no regresa? Es imposible que eso se aclare, que eso borroso se haga nítido, porque necesitas respuestas. Lo que necesitas es una respuesta. La pieza dental hallada bajo tierra, que análisis de por medio certifique la muerte de la persona que buscas, puede significar la posibilidad del descanso, del círculo cerrado, del desahogo. Cuando desaparece alguien, también desaparece quien lo busca.

2. No sé si pueda ponerme en el lugar de quien ha perdido a un ser querido de un momento a otro. Supongo que uno puede pelear, ¿pero hasta cuándo, hasta dónde? Supongo que luego pasaría a la fase de la negación, luego a la fase -la más dolorosa- de las preguntas, la culpa. La culpa. De pronto buscaría la terapia colectiva. A ti nunca te dirán la verdad, pero tú si puedes contar tu verdad a través de colectivos, del arte, de la literatura, del testimonio vivo. Es

eso o ahogarse en las preguntas sin respuesta.

3. Sí. No sé si exista alguna iniciativa similar en alguna parte del mundo, pero en un país en el que hablamos de miles de desaparecidos, debería tenerse un protocolo establecido. Es decir, más allá de las reparaciones, de la investigación, del proceso judicial, más allá de eso, debe seguirse una norma que permita que quienes buscan a sus familiares puedan estar al tanto de lo que ocurre en esa búsqueda, no sé si a través de una oficina del Estado especializada en la materia o a través de una fiscalía ad hoc. Pero tiene que haber una respuesta del Estado a la altura de lo que se espera en una etapa de democracia y respeto por los derechos humanos.

HUMBERTO “CHINI” POLAR, publicista

1. Si yo estuviera en una situación tan dolorosa como esa, pienso que me ayudaría mucho saber que alguien entiende mi dolor y está dispuesto a darme su solidaridad. Cuando la desesperanza es tal que no te es posible seguir creyendo en nociones abstractas como “la patria”, “la justicia”, “el destino” o “las instituciones”. Sólo te



queda creer que aún hay alguna bondad en el ser humano. Y esa bondad se puede materializar en algo tan simple como la comprensión. Si hay otras personas que mantienen viva la llama de la indignación y no permiten que los culpables de mi dolor duerman tranquilos, quizás podría levantarme cada día sin creer que estar en este planeta no tiene ningún sentido. La solidaridad es poderosa, pero es difícil de cultivar sin que se distorsione por otros intereses. A veces uno se siente más reconfortado por expresiones de solidaridad que vienen del arte que por las de cualquier entidad política, que teóricamente puede “solucionar” las cosas.

2. No lo sé. Puedo intuir que una parte de mí lo aceptaría como un hecho inevitable y otra pugnaría por reconstruir la presencia de esa persona a través de recuerdos, de fetiches, de ficciones. Sentiría mucho rencor, trataría de poner la culpa en algo o alguien. Querría venganza. Querría hablar de ello. Sería un infierno.

3. Por supuesto. No podemos seguir siendo una sociedad que espera que los problemas se resuelvan solos. Tenemos una profunda tara, la de no reclamar la resolución de las cosas pendientes sin darnos cuenta que hay gente poderosa que se beneficia de ello, gente que es la primera en ser indiferente y soltar todo tipo de “cortinas de humo” para que nos olvidemos de lo que pasó y podría seguir pasando en el Perú. Hay una canción de Calamaro llamada “Crímenes Perfectos” donde él dice: “¿Sentiste a los asuntos pendientes volver hasta volverte muy loco?”. Desde la política, pero también desde la movilización civil y desde el arte, hay que exigir este consenso. Este país no avanzará mientras no enterremos dignamente a nuestros muertos y con ellos, nuestro rencor.

MARIANA DE ALTHAUS,
directora de teatro y dramaturga

1. La información necesaria que le permita

establecer en su cabeza de manera definitiva la idea de que su familiar ha muerto y así evitar que la esperanza natural e inevitable de encontrarlo vivo, deje de impedir lo que de verdad necesita para continuar con su vida: despedirse de él.

2. No puedo ni imaginar algo así. Supongo que mi vida tal cual la concibo ahora dejaría de importar y tendría un único sentido: encontrarla. Me llenaría de rencor, rabia y deseos de venganza. Por supuesto que sí. No entiendo cómo no es una prioridad para el Estado. Es un escándalo que no lo sea.

JOSÉ VÁLES, periodista

1. La experiencia indica que ese familiar lo único que necesita es verdad y justicia. Verdad sobre lo que realmente pasó con su ser querido. Porque esa persona es doblemente violada en sus derechos humanos. Cuando su marido, hijo, hermano, novio o padre desaparece, se le convierte en víctima. Y se le vuelven a violar sus derechos cuando se le impide saber qué pasó con ese ser querido y no se le permite inhumarlo, hacer el duelo y poder seguir lo mejor posible con su vida. Seguir con la vida, “lo mejor posible”, sólo si existe la necesaria reparación de Justicia. Hasta entonces, el Estado está en deuda, no sólo con ese familiar, transformado en víctima, sino con toda la sociedad. Si no se cierra esa herida, en tanto herida social, la que corre peligro de seguir el mismo camino es la sociedad en su conjunto. Porque como en ese razonamiento que muchos atribuyen al dramaturgo alemán Bertolt Brecht: “Primero se llevaron a los judíos, pero como yo no era judío, no me importó. Después se llevaron a los comunistas, pero como yo no era comunista, tampoco me importó. Luego se llevaron a los obreros, pero como yo no era obrero tampoco me importó. Más tarde se llevaron a los intelectuales, pero como yo no era intelectual, tampoco me importó. Después siguieron con los curas, pero como yo no era cura, tampoco

me importó. Ahora vienen por mí, pero ya es demasiado tarde.”

2. Esa es una pregunta que nunca me atreví a formularla a muchos de los familiares de las víctimas en todos estos años. No porque no me faltara ocasión, ya que he pasado muchas horas, días, meses, décadas trabajando cerca de muchos de ellos. Lo fui sintiendo en cada relato o cada vez que aflora el tema. El sentido común me hizo muchas veces colocarme en lugar de estas personas y siempre caí en la misma respuesta. Si eso me ocurriese algún día sería como quitarme el alma, mi personalidad, lo mejor que tengo, porque un ser querido, la persona que amamos, termina siendo parte esencial de uno mismo. Revolvería cielo y tierra para buscarla, agotaría lo que me quede de vida hasta saber qué pasó con ella y quiénes fueron los culpables de su desaparición. Y cuando vuelvo a esta realidad tan mía, termino por admirar a esos familiares-víctimas. Yo no sé si en su lugar no hubiese sido capaz de una venganza. Ellos y su grandeza, siguen demostrando que, aún en la adversidad, lo que más quieren es **JUSTICIA**. Así, con mayúsculas.

3. Eso debe transformarse en una política de Estado. En una propuesta que deberían abrazar todos los partidos políticos, del signo político que sea. No hay Nación que se pueda construir sobre la injusticia o sobre un pasado donde los derechos humanos fueron violados sistemáticamente como el derecho a la identidad y saber dónde está un desaparecido. Si tomamos el caso argentino, que es el que más conozco por haber trabajado más de lleno en ello, los avances en cuestiones de recuperar la memoria histórica y en la reparación de Justicia son notorios en la última década. Fue el fruto de la lucha constante de los organismos de derechos humanos, las víctimas y los familiares y de la presión de una sociedad que supo movilizarse al respecto. Sin embargo, todavía la herida sigue abierta, siempre se vuelve al pasado nefasto, porque unos no quieren, por intereses políticos y otros se niegan a contar la parte que falta. Como

si se negaran a aportar las piezas que restan para armar el rompecabezas. El resultado es penoso. El país no puede superar esa discusión.

Me gusta el término “consenso humanitario”, puesto que lo despoja de cualquier atisbo político que pueda herir la susceptibilidad de algunos partidos políticos o sectores castrenses. Ese consenso es básico y necesario para los familiares de las víctimas, pero también para todo el país. Ya que no se puede construir sobre cimientos diseñados en la mentira y en la injusticia.

MARÍA LUISA MARTÍNEZ, periodista

1. El tema de los desaparecidos lo he vivido de cerca. He entrevistado a familiares de desaparecidos tantas veces que puedo decir sin temor a equivocarme, que mientras un ser querido no aparece la vida de los que lo buscan entra en una especie de letargo, en un limbo. Es un permanente compás de espera. Primero para intentar saber qué pasó, luego para buscar justicia. Nunca o casi nunca se renuncia a seguir buscando los restos de un desaparecido, es casi como una pesquisa policial, porque serán esos restos los que al fin cierren un ciclo de dolor. Antes no se puede. Sin una sepultura, el dolor queda dentro. Un desaparecido es una espina clavada en el corazón. Como la injusticia, quita el sueño, impide vivir en Paz.

2. Para quienes somos madres, sólo la idea de pensar que a un hijo nuestro le puede pasar algo es posiblemente el mayor temor. Que esto ocurra en un contexto de violencia, de injusticia, posiblemente, debe ser el dolor más difícil de sobrellevar. Los seres humanos podemos llegar a ser crueles, que duda cabe, hay que ver de cerca una guerra para entenderlo. Lo que no acepto después de todos estos años es que la crueldad se prolongue más allá de la muerte. Mejor dicho, si lo entiendo, los perpetradores callan por miedo a ir a prisión, porque les mandaron a matar y



sienten que cumplían órdenes y no creen haber obrado mal. Igual es indignante. Ese silencio convierte a las familias en víctimas perpetuas.

3. Algún mecanismo debieran encontrar los Estados para conseguir la información que permita acceder a esos archivos. Para que, al margen de la búsqueda de justicia en los tribunales, haya una suerte de colaboración de parte de los perpetradores, sean de cualquiera de las fuerzas en conflicto, para que den la información. He hablado con alguno de esos militares, algunos ya empiezan a reconocer la verdad de lo que ocurrió, empiezan a reconocer que hubo estrategias y manuales equivocados. Ocurrió en un conversatorio en el Instituto de Estudios Peruanos, a propósito de la presentación del libro de Lurgio Gavilán, “Un soldado desconocido”. Ya va siendo hora de pedir perdón como nos dice Lurgio, que le enseñaron en el convento, setenta veces siete. Y fue lo que le permitió cerrar sus heridas.

JERÓNIMO PIMENTEL,
escritor y periodista

1. Creo, justamente, que lo que necesita son certezas. Un cuerpo que velar. Un responsable. Algo que permita iniciar un proceso de duelo. Y también apoyo, no solo psicológico, sino también social y emocional. Un apoyo institucional, pero también espontáneo, individual, empático. Es decir, las desgracias pueden ser inevitables, pero en una sociedad civilizada uno debería sentir que se han creado mallas que nos sostengan estas caídas. Y eso pasa no sólo por tener un sistema que busca la verdad, sino también que ha incorporado mecanismos para remediar y reconciliar. Para sanar.

2. Me parece casi trivial intentar una respuesta. Trivial respecto a la gente a la que en efecto le ha pasado. Puedo imaginar el dolor, sí, pero no puedo ponerlo en palabras ni asumir la posición de quien enuncia.

3. Me parece que es necesario discutir infinidad de aspectos abiertos relacionados a esa época, como el alcance de las reparaciones, el status de los actores en conflicto, la denominación misma



Aniversario de ANFASEP, Huamanga 2010.

del tipo de violencia, etc. Lamentablemente, el Perú ha demostrado que no está preparado para asumir ese debate público. El informe de la CVR corre el riesgo de ser una herramienta de polarización más que de reconciliación, contra el espíritu de uno de sus propulsores, Hubert Lanssiers. Por otro lado, se comete el error de tomar el informe no como un punto de partida, sino como palabra sagrada, lo que es inconveniente. Finalmente, el tema sigue siendo utilizado como capital político por varios partidos y movimientos, lo que se refresca en cada elección. En ese contexto, veo difícil que se logre un consenso humanitario sobre algo tan puntual.

JAVIER CORCUERA, documentalista

1. He trabajado en varias películas con familiares de desaparecidos, lo primero que necesitan es el apoyo del Estado y la sociedad en la búsqueda de sus familiares, el reconocimiento oficial de la injusticia cometida y una reparación. Es una tortura terrible no poder dormir sin saber si un

familiar está vivo o muerto, saber la verdad y encontrar los restos es lo único que les da paz.

2. Es muy difícil saber la manera en la que uno puede reaccionar en una situación así, es una de las torturas más grandes a la que un ser humano puede estar sometido. Algunos se derrumban, otros encuentran en la lucha por la verdad la única razón para estar vivos.

3. Es una urgencia, un país que tiene a sus muertos en fosas comunes es un país enfermo.

PEDRO SALINAS, periodista

1. Después de 25 años de estar desaparecido o desaparecida, presumo que ya no hay posibilidad de pensar en un entierro digno. En consecuencia, esa pena e impotencia tiene que traducirse en aceptación. Pero, en una aceptación que no signifique resignación. En una aceptación que pase por la exigencia de la justicia y de una reparación decorosa. En una aceptación que pase por el hecho de ser escuchado. Para hacer memoria. Para que todos sepan lo que sucedió. Para que



no vuelva a ocurrir. Para curar las heridas. Para poder perdonar y alcanzar la reconciliación.

2. Un psiquiatra me dijo una vez que “la sensación de pérdida es la tristeza y el dolor más grande que puede sufrir un ser humano”. Y supongo que el sufrimiento ante la evidencia del ser querido desaparecido, debe ser inenarrable e indescriptible. Algo así como sentir que has sido vulnerado en uno de tus derechos más elementales.

3. Presumo que se trata de una tarea muy difícil. Pero necesaria como país, como sociedad, como nación. Para seguir avanzando como iguales, como ciudadanos, es fundamental la reconciliación y el perdón. Pero, claro, estas cosas no se imponen. Se proponen a través de mecanismos e iniciativas que sensibilicen a la gente. Y son decisiones que, finalmente, le corresponden adoptar a la víctima, con el propósito de dejar atrás el pasado, aceptarlo, para poder volver hacia el futuro. La cura de una sociedad está en el perdón, en aceptar lo que fuimos e hicimos o dejamos de hacer; en vernos como frente a un espejo, en recordar para olvidar.

GIO INFANTE, periodista

1. La verdad de qué le ocurrió, la oportunidad de despedirse, de velar sus restos, de enterrarlos, la certeza de que los responsables no van a quedar impunes, la promesa de que haremos lo imposible para que su historia no vuelva a repetirse. Es tanto y a la vez tan poco, es frustrante que no podamos tener la certeza de decir que lo lograremos. Si seguimos en el actual nivel de desidia e irrespeto por sus ausencias, exhumar e identificar a los desaparecidos demorará 50 años y eso es inaceptable.

2. Una mañana mi abuela salió al mercado: pasaron una, dos, tres horas y no regresaba. Nunca olvidaré la sensación de vacío, angustia, incertidumbre e impotencia. Tampoco olvidaré la felicidad y paz cuando la encontramos por la

noche. Y no logro imaginar una vida marcada por la ausencia del ser amado ni la incertidumbre sobre su situación.

3. Las chalinas no sólo nos protegen del frío del mundo, sino que nos recuerdan el calor del hogar, nos remiten a la primera que alguien nos tejió para darnos amor. La Chalina de la Esperanza nos devuelve a la dimensión fundamental del conflicto: su impacto en miles de familias, los vínculos interrumpidos y la urgencia del acceso a la verdad, a la justicia y de la entrega de los restos a los familiares.

A 30 años del inicio del conflicto armado interno, es imprescindible un acuerdo nacional para que no se repita y ello implica reconocer la condición humana y ciudadana de todas las víctimas. Todos los desaparecidos, sin excepción, deben ser buscados, exhumados, identificados y devueltos a sus familiares para que se despidan digna y amorosamente. Negarse a ello o demorarlo más, implica un profundo desprecio no sólo por los desaparecidos y sus familias, sino por todos los peruanos y peruanas, y por nuestro sueño de ser un país digno en el que todos tengamos derecho a ser felices.

VERÓNICA RAMÍREZ MURO, periodista

1. En un mundo ideal, que las autoridades policiales y judiciales, e incluso la sociedad civil pongan en marcha todos los mecanismos de investigación y búsqueda para encontrarlos vivos (en el mejor de los casos) o para identificarlos y darles una sepultura digna. Sentir un apoyo moral y un respaldo político, saber que se está haciendo todo lo posible por encontrar o identificar a un familiar, es una forma de consuelo. Lamentablemente, las desapariciones casi siempre están relacionadas a guerras, inestabilidad política o abuso de poder y poner todos esos mecanismos en marcha no siempre es viable pues los involucrados temen verse implicados en los crímenes del pasado.

2. Es difícil suponer el horror. La desaparición

de un ser querido es una imagen tan perturbadora que, si no la has vivido, es mejor intentar esparlarla de cualquier manera. Si la has sufrido, el recuerdo de ese momento es algo parecido a una súbita discapacidad física. Tienes que aprender nuevamente a caminar; a vivir, sólo que a partir de ese momento siempre lo harás con limitaciones.

3. Definitivamente, sí. Quienes están en contra suelen argumentar que recordar es revivir rencores que pueden encender a la sociedad. Pero las víctimas de las desapariciones, no quienes mueren pues ya no tienen nada que defender sino quienes sobreviven y no tienen una tumba donde llevar flores, merecen el mismo trato, saber qué pasó, enterrar a sus muertos. Nadie es mejor o peor persona frente a la pérdida y el dolor.

JAVIER LIZARZABURU, periodista

1. Lo más elemental, en cualquier parte del mundo, es poder poner punto final a la pérdida de un ser querido. Mientras los familiares no reciban una respuesta definitiva, esta falta de un cierre apropiado sólo extiende la angustia. De hecho, lo único que hace es extender, de manera inhumana y cruel, un dolor que debió ser resuelto en su momento. Cuando se diseñó este método de lucha contra la subversión, se hizo sobre la base que los amigos y familiares de aquellos tomados bajo sospecha quedarían aterrorizados, con la presunción que nadie más se atrevería a seguir los pasos del presunto terrorista. En el Perú, esa situación de conflicto concluyó hace ya varios años. No existe un razonamiento lógico y humano que justifique el silencio con los familiares sobrevivientes. Ellos necesitan una respuesta de parte del Estado y es el tipo de escenario donde se puede demostrar la grandeza del Estado.

2. Un país también necesita un cierre a situaciones de conflicto. La percepción que tengo en el Perú es la enorme distancia con la que se ve esta situación desde Lima y el resto del país. En una reciente visita a Ayacucho hablé con

distintas personas sobre los años de la violencia, incluida gente que conocí en el pequeño Museo de la Memoria que tiene la ciudad. Antes que encontrar un pueblo destrozado, encontré personas que han venido reconstruyendo su visión del proceso, su mirada hacia adelante. No sé si fue una coincidencia, pero en ningún caso encontré odio o sentido de revancha. Lo que percibí fue un esfuerzo interno, personal, por evitar los bandos. Todos sin excepción hablaron de la violencia que empezó Sendero, pero que también utilizó las Fuerzas Armadas.

3. Para mí, un país se hace mejor cuando puede avanzar reconociendo sus errores. Pretender negar algo que a todas luces sucedió, sólo acrecienta el abismo entre peruanos campesinos y quechuahablantes y peruanos de la capital. No podemos estar divididos por esas líneas y es responsabilidad del Estado hacernos cruzar esos puentes.

RAFO LEÓN, escritor y periodista

1. Creo que necesita la intención del consuelo, aunque éste quizás nunca llegue. Hay un tipo de ayuda terapéutica muy realista en cuanto a que no edulcora una realidad terrible, que a la vez te pone los pies en el suelo y te lleva a conectarte a la realidad para que tu duelo, en lugar de ser sólo religioso o convertirse un encapsulamiento depresivo y amargo, te lleve a saber qué es lo que ha ocurrido; por qué la desaparición; por qué no puedo siquiera saber dónde está su cuerpo; por qué no pude cerrarle los ojos o enterrarlo según mi creencia; qué ha pasado para que un ser que estuvo allí, dejara de estarlo, por la violencia de otros a los que ni siquiera conozco. Si el familiar afectado siente que se puede sacar fuerzas de ese dolor y buscar una verdad a cualquier precio, vinculándose con entidades empáticas y eficientes, luchando, el sinsentido de la desaparición irá tornándose en una ruta coherente entre el pasado y el futuro,



Rodomila Segovia Rojas mostrando las fotos de sus familiares desaparecidos, Ayacucho 2010.

en la que el desaparecido tendrá una presencia constante, aún cuando algún día, si ocurriese, su cadáver fuera hallado.

2. La gente que más amo, al menos en la fase de la historia política que vivimos, no está en el rango de los potencialmente desaparecidos, salvo por manos de la delincuencia común. Pero haciendo ficción, ¿qué sentiría? En primer lugar, la confirmación de que dios no existe. Luego, que la realidad del contrato social es un papel que aguanta todo. Luego, que no me quedaré tranquilo hasta buscar la verdad, apoyado en entidades dedicadas a temas afines, que son serias y confiables, transparentando cualquier acto arbitrario y brutal que pudiese haber tenido que ver con la desaparición de la persona, yendo hasta el fondo, incluyendo reparación. Me resultaría esencial insertar el drama que estoy viviendo en un sistema legal y ético que dice defender la vida y priorizar la justicia, para no quedarme más solo y desconsolado. Y finalmente, lo más probable sería que renunciara a seguir viviendo, si es que el duelo no cesa de llamarme.

3. Estoy convencido de que lo que se plantea es válido, pero en las condiciones actuales puede sonar abstracto, salvo por supuesto para los familiares de los desaparecidos. En cambio, por ejemplo, cuando se inaugure el Lugar de la Memoria y la Inclusión, se podrán crear condiciones para que esto no quede únicamente en un local visitable sino que se convierta en un generador de iniciativas, de consensos pero sin trampita, de actos colectivos, de surgimiento de liderazgos, que hagan que la palabra justicia se convierta en el telón de fondo de todos nuestros pensamientos.

PATRICIA ARÉVALO, editora

1. Saber qué pasó, por duro que sea. Aunque no necesariamente se conozcan o se quieran conocer los detalles, es importante saber dónde está enterrada esa persona, si es que lo está. Los ritos de

la muerte son importantes para poderla asimilar, pero también como una forma de respeto hacia la persona desaparecida y por eso es importante poder cumplir con esos ritos, no sólo para tener consuelo, pues probablemente no lo haya.

Es extremadamente cruel desaparecer a alguien y dejar a los familiares en la incertidumbre, pero más cruel todavía es que ninguna de las personas involucradas en el hecho (pues siempre hay más de uno que sabe lo que realmente pasó) sea capaz de mostrar el poco humanidad que se necesita para, al menos, hacer saber a la familia qué pasó y dónde está su desaparecido. La impotencia que se debe sentir ante algo así debe ser intolerable y el desconsuelo, atroz. Finalmente, además de necesitar saber dónde está el desaparecido es saber que alguien lo busca: que existe un Estado, una autoridad, una institución, un alma caritativa, que va a destinar recursos y energías a ello. El desconsuelo, la impotencia y el desamparo combinados pueden ser intolerables.

2. Cuando vi esta pregunta casi literalmente se me heló la sangre. Hay cosas que uno no quisiera nunca pensar y, sin embargo, aparecen en la parte de atrás de nuestro cerebro, acechándonos para producirnos angustia. Son cosas que uno no quiere pensar y, sin embargo, no puede evitar hacerlo, porque sabemos, también en el fondo, que a otras personas les sucede y que se trata de una ruleta. Que hay que estar agradecida a los privilegios que nos tocan, mientras nos tocan. La vida de los que queremos y sobre todo la de aquellos por quienes nos sentimos responsables y representan nuestra continuidad, no la controlamos y no tenemos poder para protegerlos totalmente. Igual, por las tres razones del oidor (por miedo, por miedo y por miedo), no quiero contestar la pregunta. Me preguntas qué sentiría, yo te respondo que siento miedo sólo de pensarlo. No puedo decir más.

3. Sin duda es imprescindible un consenso sobre los desaparecidos, que lamentablemente no parecen importarle a nadie. No sólo al Es-



tado, que puede parecer una entelequia, sino a la sociedad, a las personas que la componen. Parecería que los desaparecidos tuvieran la culpa y se merecieran lo que les pasó y nadie piensa que le puede tocar a cualquiera, sobre todo cuando son civiles que nada tenían que ver en un conflicto ajeno. En cuanto a los derechos de la población civil o a los de los miembros de las Fuerzas Armadas, supongo que hay consenso, pero aun así no se hace nada por ubicarlos e identificarlos. Hasta ahora, más de dos décadas después, se siguen encontrando fosas comunes de civiles entre los que incluso hay niños. La conclusión es ¿a quién le importa? Mucha gente indudablemente conoce de la existencia y ubicación de esas fosas, pero parece que nadie les preguntara, que no se investiga con verdadera dedicación ni mucho menos se destinan recursos económicos a las búsquedas. Con respecto a los grupos terroristas, a cada rato escuchamos a alguien decir “¡Están defendiendo los derechos de los terroristas!” o cosas parecidas. Incluso he escuchado a políticos con discursos de ese tipo. Los derechos humanos son, por definición, universales. Todos somos humanos y sobre todo en la muerte todos somos iguales. Nadie puede tener más derechos que otro.

AUGUSTO ÁLVAREZ RODRICH,
economista y periodista

1. Las personas que han tenido la desgracia de tener a un familiar desaparecido y que, durante un cuarto de siglo, no han tenido la posibilidad de recibir información precisa sobre las circunstancias en que se produjo su desaparición, así como sobre su paradero final, más allá de tener la certeza de que desapareció en medio de un fuego cruzado y la indiferencia por parte de la sociedad; no tengo duda de que necesitan recibir toda la comprensión de esa misma sociedad. A través de expresiones solidarias que, de un modo inequívoco, le hagan sentir que se reconoce que

su muerte fue una tragedia, un terrible error, y que hoy las personas tienen la consciencia de que nunca debió ocurrir y de que se va a tratar de crear las condiciones para que eso no vuelva a suceder en el país. Los familiares de los desaparecidos necesitan darles un entierro a sus parientes, pero —quizá más importante que ello— lo que necesitan es que la sociedad los acoga con solidaridad y aprecio, que los hagan sentir que son parte de ella, sin discriminación ni indiferencia.

2. Lo primero que me vendría a la cabeza, sospecho, sería un deseo de venganza. Por supuesto, si hubiera tenido la desgracia de que desapareciera la persona a la que más quiero, estaría ansioso por lograr un consenso humanitario para que la sociedad le diera prioridad a la búsqueda, identificación y entierro digno, de todas las personas involucradas en esta tragedia. Ello compensaría la sed de venganza que naturalmente debe surgir en esas circunstancias.

3. Ello requiere construir un mensaje común, un acuerdo entre todos, que reconozca la desgracia que se produjo en el país, junto con la promesa de que nunca más se repita esta tragedia.

JAIME BEDOYA, periodista

1. Solidaridad y justicia. Si es posible, paz.
2. Mi propia vida desaparecería con ella.
3. Sería necesario. La superioridad moral distingue a una sociedad civilizada de sus enemigos. Lograrla supone trascender la venganza y respetar la pérdida. Viudas y huérfanos son viudas y huérfanos de un lado u otro.

PEDRO DE ALZAGA, periodista

1. Lo primero, interés. Puede parecer una obviedad, pero no siempre se cuenta con el interés de los poderes públicos para reconocer algo así como un problema actual, por muchos años que hayan pasado. Contar con el reconocimiento y la solidaridad de la sociedad creo que es muy

importante para alguien que atraviesa una situación así.

2. Supongo que incertidumbre, desolación y un vacío enorme que me sería muy difícil llenar.

3. Es imprescindible. La realidad se empeña en demostrar que los países que se toman en serio la depuración de responsabilidades y el resarcimiento de las víctimas consiguen superar sus propios conflictos. El resto sigue volviendo una y otra vez a la casilla de salida y enfrentándose a los efectos que la injusticia, las heridas no cerradas y la indiferencia. Tal vez algunos políticos no puedan comprender que quien no rinde cuentas con su pasado nunca podrá tener un futuro. O tal vez no quieran comprenderlo, por la cuenta que les trae.

FERNANDO VIVAS, sociólogo

1. La verdad, la certeza de que tal o cual y no otra fue la razón de la desaparición o muerte. No siento esa mística cristiana del cuerpo humano sacralizado antes de enterrar. Creo que a veces invertimos demasiado en buscar un cuerpo y no necesariamente para saber la verdad de la desaparición o muerte sino por una razón entre ritual, necrófila y fetichista. La búsqueda del desaparecido y las pesquisas sobre los restos deben estar en función de la verdad más que de la mística de querer enterrar simbólicamente al ser amado. Sin embargo, claro, respeto este sentimiento.

2. Sentiría que la duda se suma al dolor, que el duelo no se puede canalizar de los modos más o menos normales que encuentran respaldo en la sociedad. Sentiría que la pena no tiene un punto de llegada, un pico de angustia luego del cual viene la serenidad.

3. El consenso sobre ese proceso y el no hacer distinciones sobre la extracción de las víctimas, ya implica una reconciliación. Pero insisto en que la verdad es más importante que el ritual del entierro, pues puede haber el último sin cerrar

heridas y pueden cerrarse heridas y haber reconciliaciones sin hallazgos forenses. Que el hallazgo y análisis de los restos, que cualquier otro ritual para homenajear y cerrar casos de desaparecidos –como la chalina– no sean fines en sí mismos, sino medios para reconciliarnos entre los vivos y con los muertos.

DANIEL YOVERA, periodista

1. Antes de responder, quiero decir que las preguntas no son sencillas, pues abordan temas que tocan hondo en el alma. Y el alma desesperada de una madre, un padre o un hijo ante la desaparición de un ser querido hace 25 años, que pide a gritos saber qué ha ocurrido con él, necesita saber si está vivo o muerto. Es decir, creo que primero necesita saber qué pasó con su familiar, saber la verdad. Y de aquí surge una interrogante: ¿quién resuelve esta necesidad de saber qué pasó?, ¿quién proporciona la respuesta? Creo que debe ser el propio Estado, conjuntamente con las organizaciones de la sociedad civil dedicadas a este problema. Creo que ningún acompañamiento o reparación psicológica será efectiva si antes no se ha resuelto lo primero.

2. Sentiría –como cualquiera que ame a su familia– miedo. Miedo y vacío. Miedo porque no dejaría de pensar que mi ser querido pudiera estar en peligro incluso de morir o, simplemente, porque pudiera estar indefenso y solo frente a una eventual situación de peligro. Y vacío, porque ese ser querido empezaría a hacer falta en mi vida y en la de mi familia.

También sentiría incertidumbre y mucha ansiedad por querer tener noticias de su paradero lo más pronto posible. Y explorando más esa hipotética situación de terror, sentiría la necesidad de que alguien me diga permanentemente que mi ser querido va a aparecer porque está bien. Entonces, volveríamos a lo que dije en la primera respuesta, que alguien



en esa situación necesita urgentemente tener información, saber qué ocurre o qué ocurrió.

3. Por supuesto, es una necesidad, y como esboqué en mi primera respuesta, incluso una obligación del Estado plantear una política de búsqueda e identificación de desaparecidos con el presupuesto y los profesionales necesarios. Más allá de quién sea el desaparecido, pues si en alguien debe enfocarse esta política es en los deudos y el Estado es el llamado a dar paz a todos los integrantes de esta nación.

PAMELA RODRÍGUEZ, cantante

1. No sé cómo me sentiría, pero sé lo que haría: Buscarla hasta el día que me muera.

2. Sí, por respeto a los familiares de los desaparecidos y por respeto a todos nosotros como peruanos.

3. Dado que la persona fue desaparecida por conflictos internos del Estado, como mínimo necesitarían sentir que se responsabilizan y apoyan en la búsqueda.

JUAN CARLOS TAFUR, psicólogo y periodista

1. Lamentablemente, sólo una respuesta concreta a la demanda básica de saber dónde están los restos físicos del familiar desaparecido, sirve en tales circunstancias. De otra forma, es imposible que se pueda recorrer el camino del necesario duelo que conlleva una pérdida. Sin ese dato, no se podrá iniciar el doloroso, pero indispensable proceso de voltear la página. Sin esa respuesta, los familiares supervivientes serán, literalmente, almas en pena. No habrá día en que el dolor no se vuelva a sentir con la misma intensidad. Sentimiento y resentimiento los embargarán, en toda la extensión del término y con las consecuencias psicológicas, sociales y políticas que ello produce.

2. Un dolor insoportable. Y lo que es peor,

permanente en su intensidad, sin posibilidad de amainar por el paso del tiempo. Ese el dolor más espantoso imaginable, que va más allá de la terrible incertidumbre cognitiva respecto de lo que pueda haber ocurrido. Es un dolor abrumador, que desborda toda capacidad de procesamiento psicológico.

3. Debe ser una política de Estado. Es parte sustantiva del proceso de reconciliación que el Perú debe alcanzar luego del conflicto armado interno. De otro modo, no serán sólo 15 mil deudos o familias heridas. Porque el dolor irradiará. Las personas signadas por la disfuncionalidad que produce tal herida abierta trasladarán a la siguiente generación de familiares ese dolor irresuelto y sus consecuentes grados de disidencia y marginalidad sociales. Debe ser de prioritario inmenso interés colectivo diseñar una política pública que reintegre a estas personas al tejido social.

MARÍA ANGÉLICA PEASE, antropóloga y psicóloga

1. No tener la certeza de si un familiar que amas se encuentra vivo o muerto, no haberle podido dar un lugar de entierro o despedida es una de las mayores fuentes de estrés y sufrimiento que alguien puede experimentar. Lidar con la muerte violenta de una persona querida es una de las cosas más difíciles que se puede enfrentar en la vida, pero la incertidumbre nos mantiene en una suerte de permanente limbo. En algún lugar de nosotros conservamos el secreto deseo de estar equivocados, de que la historia y los eventos se hayan confundido, de que un día nuestro familiar aparezca y podamos abrazarla una vez más. La misma noción de “desaparecido” encierra la posibilidad de un nuevo encuentro y con ello, los familiares de los desaparecidos mantienen un nivel de alerta distinto de los que se han podido despedir. Es por ello, que toda cultura tiene maneras de decir



Tejidotón de La Chalina de la Esperanza en Cayara, Ayacucho 2010.

adiós a sus muertos. Decir adiós es sanador, ayuda a transitar por el dolor de la despedida y a empezar a asumir el nuevo estatus de quien queríamos y nuestro nuevo estatus de alguien que ha perdido a alguien.

Los familiares de los desaparecidos necesitan un cierre que les permita decir adiós y aprender a vivir con la nueva situación. Necesitan un acto simbólico que les permita transitar hacia el inicio de la despedida de la persona que aman. Necesitan información que complete y complemente lo que imaginan que pasó con su familiar. Necesitan una narrativa sobre lo sucedido, que les permita decirse a sí mismos cuál fue el paradero de la persona que aman. Necesitan además un lugar físico y concreto a dónde ir a recordar a su ser querido, a dónde depositar su encuentro con su familiar y “fiscalizar” el dolor de la partida.

2. Cuando pienso en los familiares heroicos como los de Cantuta o Barrios Altos, pienso en cómo sus vidas se vieron afectadas por ese dolor. En cómo crecieron y cambiaron bajo los ojos de la prensa. En cuánto de sus vidas se definió

por esa pérdida. En cuántas cosas dejaron de hacer, de emprender, de soñar o de desear por ese dolor. En cuánto tiempo, energía, recursos habrán invertido en encontrar a su familiar para poder tener la posibilidad de decir adiós. Sé que lo lógico sería pedir para ellos o para cualquiera que perdió a un ser querido que los encuentren, desear de corazón que se inviertan todos los recursos en que aparezcan. Pero pienso que estando en su lugar –con lo difícil que resulta ponerse en un lugar tan extremo– algo de mí necesitaría poder empezar a decir adiós, transitar, sufrir el cierre y empezar a intentar aprender a vivir con la pérdida.

Me cuesta mucho poner en palabras lo que sentiría si Valentín, mi hijo de 5 años, la persona a quien más amo en el mundo, desapareciera de repente. La sola idea me escarapela el cuerpo y me hace querer correr a abrazarlo. Pienso en la infinita suerte que tengo de poder hacerlo y en lo terrible que es que tantos peruanos no puedan abrazar a los seres queridos que perdieron durante los años de violencia.



Tejiendo pastilla de La Chalina de la Esperanza en Huamanga, Ayacucho 2009.

Al imaginar esta situación pienso en lo que significó perder abruptamente a mi mamá a los 15 años, sin una enfermedad previa que nos permitiera prepararnos o anticipar su partida. Es curioso, pero uno diría que lo primero que viene a la mente es la sensación de injusticia y de rabia, y la necesidad de traducir ello en una acción de algún tipo. Sin embargo, no fue así en mi caso. Lo que recuerdo más bien es la sensación al levantarme a la mañana siguiente de que, aún si brillaba el sol, yo no podría verlo del todo. Es una imagen que me ha perseguido por mucho tiempo. La idea de que la luz estaba ahí y que ésta no lograba entrar ni iluminar el lugar donde estaba, no podía llegar a iluminarme del todo a mí. No quisiera que nadie a quien amo sintiera eso. No quisiera en realidad que nadie sintiera eso. Perder a alguien violentamente es una aberración.

Cuando alguien a quien amas muere la gente suele decirte que lo “superarás”. Siempre he pensado que esa palabra sólo la usa quien no ha perdido a alguien. No digo que se use con mala intención, pero creo que no engloba la verdadera naturaleza del dolor de la pérdida. Creo que hay cosas que no se superan. Creo que uno aprende a echárselas al hombro y andar con ellas, como una sombrita que te acompaña en algunas cosas y que en el mejor de los casos te ayuda a empatizar con otros que han sufrido

algo semejante. Uno aprende a ser una persona que ha perdido, que ha sufrido y que convive con el recuerdo de quien ama.

3. Creo que no hay “más allá de” en una pregunta de este tipo. Los muertos son muertos. Los familiares de los muertos, las madres de los muertos, los hijos de los muertos y su dolor es dolor, independientemente de las acciones que los llevaron a morir. El dolor no tiene naturaleza política, no tiene bando, no tiene ideología. No tiene malas o buenas acciones. El dolor es humano y universal y nos conecta a unos con otros. Víctimas y perpetradores. Un consenso humanitario es fundamental respecto a este tema.

ALEJANDRO TAPIA, periodista

1. Precisamente, necesita tener la certeza de qué ocurrió su familiar. Necesita hacer el duelo. Aunque en la mayoría de los casos las familias de desaparecidos han asumido que mataron a su ser querido, necesitan tener certeza absoluta de que así fue. Debiera ser rol del Estado aclarar la verdad. Desde el momento de su desaparición, el duelo se extiende hasta que el cuerpo es encontrado. Sólo en ese momento se puede descansar en paz. Finalmente, toda persona alberga la esperanza de encontrar vivo a su desaparecido, por más improbable que sea. Por ello es vital, literalmente, la certeza de si está vivo o muerto.

2. Aquello genera un vacío indimensionable. Supongo que primero se siente rabia y luego una pena infinita. No sé si alguien puede recuperarse o volver a ponerse de pie realmente después de un suceso tan tremendo. La vida sigue, se suele decir, pero de una manera muy diferente después de algo así. Nada será igual. No hay consuelo posible.

3. En Chile han habido mesas de diálogo, comisiones de la verdad y otras instancias para aclarar lo sucedido con los desaparecidos después del golpe de Pinochet. Ninguna de estas

instancias ha generado verdad. No hay voluntad real por parte de los militares para entregar las informaciones con el paradero de las personas que mataron y, posteriormente, hicieron desaparecer. El consenso que debe haber en la sociedad es que este tipo de sucesos no deben repetirse. Por eso, es tan importante la memoria histórica.

CRISTINA CIFUENTES, periodista

1. Encontrar el cuerpo del familiar y si es posible (esto no siempre se puede) saber en qué circunstancias murió. Creo que enterrar a una persona es un rito que existe en distintas culturas y tanto la víctima como los familiares deberían poder llevarlo a cabo.

Si bien la muerte de una persona a la que uno ama es una experiencia muy triste.

2. Creo que la desaparición de la persona que uno ama (pareja, padre, madre, hermano, hermana, etc.) es aún peor, porque uno no sabe qué es lo que ocurrió y sin el cuerpo es muy difícil hacer el duelo.

3. Sí, creo que es un camino que lleva a la reconciliación, porque sería un consenso que abarca a todos los sectores.

EDUARDO GONZÁLES CUEVA, sociólogo

1. En propiedad, no puedo aspirar a saber lo que necesita el familiar de una persona desaparecida. Sin embargo, es cierto que por mi trabajo en derechos humanos he encontrado muchas veces a familiares en esta situación y puedo intuir algunas de sus urgencias.

Lo que más claro me queda es que la desaparición de un ser querido provoca un dolor complejo y distinto del duelo ordinario que ocurre frente a la muerte. La experiencia de los familiares es la de un duelo prolongado en el tiempo, interrumpido con las marchas y contramarchas de la información recibida y nunca cerrado.

Los familiares que he llegado a conocer presentan una forma muy amplia de enfrentarse a las consecuencias de ese duelo especial, pero todos intentan encontrar una forma de “cierre”. Para algunos, que han asumido la probable muerte de su familiar, ese cierre puede ser el encuentro de los restos mortales; otros, además, quieren información sobre las circunstancias del crimen; y otros, el esclarecimiento de responsabilidades, con miras a la justicia.

En cualquier caso, lo que se demanda es detener una situación de tortura causada por la negativa persistente, la falta de información y la mentira. En la medida en que esa negación de información es generada por un Estado desaparecedor, que niega la existencia de sus propios ciudadanos, lo que los familiares reclaman es un derecho básico: el derecho a la verdad, como base necesaria del duelo y posibilidad de justicia.

2. No puedo saber la respuesta a una pregunta tan fundamental y tan terrible. No puedo imaginarme el mundo sin mi hija; sin la certeza de su vida, de su presencia.

Quiero pensar que tendría la fuerza, la inventiva, la capacidad de levantarme de la cama todos los días y fatigar oficinas, hospitales, cuarteles, preguntando todo el tiempo. Pero no sé si podría.

Cuando uno piensa en los familiares de los desaparecidos, llega un momento en el que se asume que es “normal” que sean activistas; pero esa percepción es injusta: los niveles de energía y resiliencia necesarios para actuar luego del choque tan brutal de la desaparición forzada, son realmente extraordinarios. No sé si yo tendría semejante coraje y energía.

Lo más probable es que viviría consumido por sentimientos de desesperanza, vacío e injusticia. Alguna vez, durante las audiencias de la CVR (Comisión de la Verdad y la Reconciliación), escuché decir a la señora Zenaida Fernández, hija de un desaparecido, que “no iba a pasar la vida llorando” y que decidió organizar un movimiento de familiares. No sé si tendría ese heroísmo y espero no tener que saberlo nunca.



Es inhumano y vergonzoso que 30 años después del pico de las desapariciones del conflicto armado interno, la mayoría de las víctimas se encuentren en fosas perfectamente identificadas por la CVR y por otras organizaciones y el gobierno no priorice su búsqueda.

3. Un consenso humanitario, como lo entiendo, implicaría una búsqueda con el interés fundamental de la identificación de los restos. Es decir, que aún cuando el establecimiento de responsabilidades sea más difícil y complejo, lo que debe priorizarse es establecer la identidad de la persona desaparecida y la devolución a sus familiares. Tal consenso me parecería fundamental, con la condición de la más amplia colaboración de todas las partes implicadas, incluyendo a las Fuerzas Armadas y a los miembros de grupos subversivos en prisión liberados al cumplir sentencia o beneficiados por las leyes de “arrepentimiento”.

Resolver la problemática de los desaparecidos es fundamental para el Perú, si quiere tener un Estado digno de tal nombre y reconocerse como una nación.

CARMEN MC EVOY, historiadora

1. Necesita que le aseguren que el Estado hará todo lo posible para ubicarla si está viva o en su defecto contar con la promesa que se hallará el cuerpo para darle la sepultura digna que merece. Además de ello creo que los familiares de los desaparecidos necesitan de una comunidad de amigos y de profesionales que los acompañen en el tránsito hacia la solución de su grave problema. El afecto físico de los amigos y de otros familiares de desaparecidos es indispensable, pero también la existencia de funcionarios públicos, que en nombre del Estado, muestren la eficiencia y la compasión que una situación tan dolorosa y sensible merece.

2. Tengo esposo, dos hijos y dos nietas y no quiero imaginar como reaccionaría ante su desaparición. Probablemente me sumiría en

una gran depresión ante la incertidumbre y luego lucharía por entender la situación. Soy historiadora y de seguro establecería una cronología de los hechos para tratar de comprender lo incomprensible. Ya más recuperada ejercería presión, sobre los presuntos responsables, para que me devuelvan los restos de mis seres queridos. Porque la desaparición de un familiar es un duelo eterno que sólo se resuelve cuando tus seres queridos regresan, ya sea vivos o muertos.

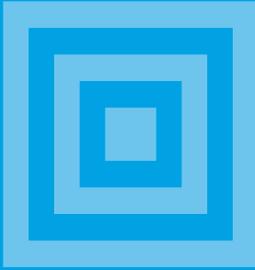
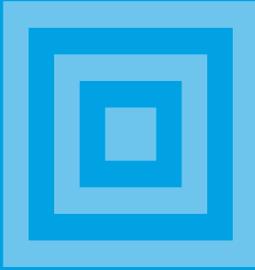
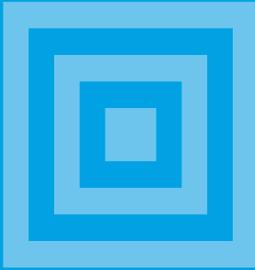
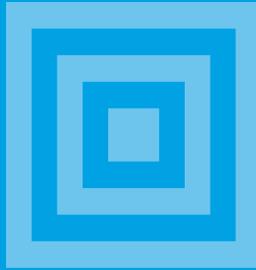
3. Por supuesto, que estoy totalmente de acuerdo con un consenso humanitario que involucre a la sociedad civil y a las fuerzas armadas que participaron en la guerra civil que enlutó nuestro país. No sé si los terroristas debieran participar en este consenso, a menos que muestren un verdadero arrepentimiento y una profunda convicción democrática. La violencia no está permitida y esa debería ser la premisa fundamental del consenso humanitario.

SALVADOR DEL SOLAR, actor

1. Probablemente sea una ligereza pretender imaginar lo que alguien en una situación así pueda sentir o necesitar. Pero creo en el intento de ponerse en el lugar del otro como fundamento de una sociedad más solidaria y compasiva. Seguramente el inmenso dolor de la pérdida se hace aún mayor con la incertidumbre. Y quizás saber que alguien, una persona, una organización o el propio Estado, realiza esfuerzos para encontrar al familiar desaparecido o identificar sus restos, de ser el caso, suponga un apoyo crucial en un camino tan difícil. Y siendo esto importante, será siempre insuficiente si no se llega en algún punto a la respuesta definitiva, al “aquí está”.

2. Si no reapareciera pronto, imagino que me aferraría a la esperanza y terminaría conociendo su lado más doloroso. No sé si podría seguir siendo el mismo.

3. Sí, creo que es necesario y prioritario, con énfasis en necesario y prioritario.

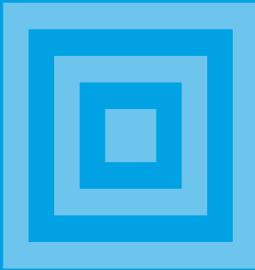


CANCIÓN INSPIRADA EN LA CHALINA DE LA ESPERANZA

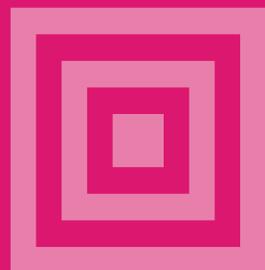
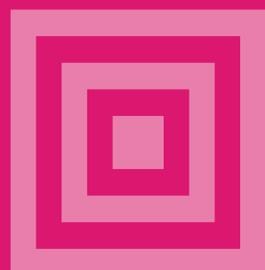
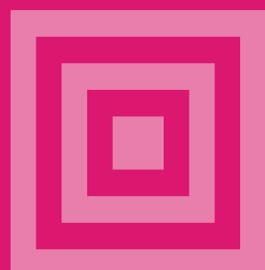
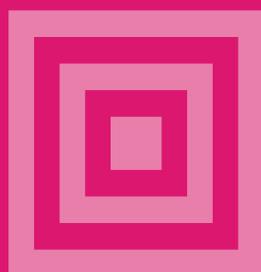
La cantante Pamela Rodríguez escribió una canción inspirada en la iniciativa por la memoria: La Chalina de la Esperanza

Lanita que le tejió,
reconocía el punto arroz
sobre los huesos,
que eran sus huesos....
Lanita que le tejió,
en el polvo yacía el color
a ceniza del tiempo,
tintura de lo incierto,
lanita que le tejió.
Esa noche se desveló,
tejía punto ladrillo,
el punto ladrillo,
de endurecido corazón

Esa noche ella se desveló
hasta verle los rayos al sol
Esa noche ella se desveló
Hasta decirle adiós...
Lanita que le tejió
Lanita que le tejió
Para decirle adiós...

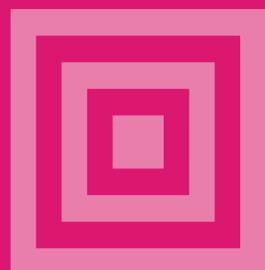
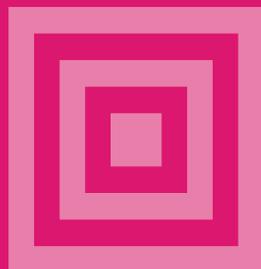
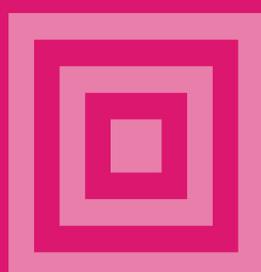


20



BUSCANDO
SOLUCIONES:
MESA DE
TRABAJO SOBRE
BÚSQUEDA
DE PERSONAS
DESAPARECIDAS

21



El lunes 15 y martes 16 de octubre de 2012, en el auditorio “Alberto Andrade Carmona” de la Sede “Hospicio Ruiz Dávila” del Congreso de la República, se realizó el Seminario “Análisis y propuestas sobre políticas de Estado para la búsqueda de personas desaparecidas”, organizado por la Comisión de Justicia y Derechos Humanos del Congreso de la República y la Mesa de Trabajo en Acompañamiento Psicosocial en procesos de búsqueda de personas desaparecidas. La convocatoria del seminario tuvo como objetivo reflexionar sobre las políticas de Estado referidas a la problemática de las personas desaparecidas durante las décadas de 1980 y 1990, y llegar a un consenso de propuesta de una política pública relativa al tema.

Al seminario asistieron representantes de diversas instituciones del Estado. La mesa de honor de la inauguración estuvo conformada por el Doctor Henry José Ávila Herrera, Viceministro de DDHH; el Doctor José Peláez Bardales, Fiscal de la Nación; la Doctora Marisol Pérez Tello, Presidenta de la Comisión de Justicia y DDHH del Congreso de la República; el Señor Cédric Schweizer, Jefe de la Delegación Regional del Comité Internacional de la Cruz Roja para Bolivia, Ecuador y Perú; y el Doctor Carlos Bromley, representante de la Dirección de Salud Mental del Ministerio de Salud.

LA REUNIÓN CONCLUYÓ CON LA LECTURA DEL SIGUIENTE CONSENSO:

Propuesta de política pública para la búsqueda de personas desaparecidas en el Perú durante el conflicto armado 1980 – 2000

a. Objetivo

– Promover la búsqueda, identificación y restitución de los restos mortales de las personas desaparecidas a causa del conflicto (1980 - 2000)

y atender las necesidades emocionales, materiales, logísticas y de información de los familiares durante los procesos de búsqueda.

b. Definiciones

– Persona desaparecida: toda persona cuyo paradero es desconocido para sus familiares o sobre la que no se tiene certeza legal de su paradero en relación con el conflicto 1980 - 2000. Debe ser un concepto lo suficientemente amplio e inclusivo para que satisfaga las necesidades de los familiares de las víctimas y de la sociedad, como el de la Ley N° 28413 para la Declaración de la ausencia por desaparición forzada, aunque considerando además a las personas fallecidas.

– Familiar: comprende tanto a los hijos y las hijas, el/la cónyuge o conviviente, padres, y hermanos y hermanas, como a otras personas emocionalmente cercanas al familiar con legítimo interés, según el contexto cultural.

c. Características

– La coordinación se realizará a través del ente rector en derechos humanos del Estado: el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Se propone la creación de una oficina, instancia, Comisión, Órgano Técnico Especializado, Programa o la entidad que sea pertinente. Deberá ser de alto nivel, con un marco legal propio, independiente, de carácter vinculante para todas las instancias del Estado, y será responsable de elaborar y supervisar, de manera descentralizada, el cumplimiento del Plan Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas.

– Su conformación será multisectorial e intergubernamental, con representación de la sociedad civil.

– Deberá establecerse como una política de Estado de largo plazo, institucionalizando un órgano con vocación de permanencia que permita afrontar la dimensión y complejidad de la problemática, por lo que se buscará su formalización a través de una Ley.



d. Funciones

– Diseñar e implementar un Plan Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas en coordinación con las instituciones involucradas, relativo tanto a las investigaciones forenses como a la atención de las necesidades emocionales, materiales y de información de los familiares durante los procesos de búsqueda.

– Coordinar las políticas y acciones del Estado ya existentes relativas a la búsqueda de personas desaparecidas, garantizando su adecuación a los estándares internacionales relativos a la materia. Así, establecerá mecanismos de coordinación y cooperación entre los distintos actores involucrados en la implementación de la política: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos (Comisión Nacional de Estudio y Aplicación del Derecho Internacional Humanitario - CONADIH, Consejo Nacional de Derechos Humanos, Comisión Multisectorial de Alto Nivel - CMAN, Consejo de Reparaciones); Ministerio Público; Dirección de Salud Mental del MINSA; Direcciones Regionales de Salud; Sanidad de las Fuerzas Armadas y Policiales; Gobiernos regionales y locales; otras instituciones estatales relacionadas a la temática: Defensoría del Pueblo y Comisión de Justicia y Derechos Humanos del Congreso de la República; así como asociaciones de familiares y organizaciones de la sociedad civil directamente involucradas con la problemática de las personas desaparecidas.

– Promover y coadyuvar a la participación de los familiares en la toma de decisiones sobre los procesos de búsqueda en que se encuentren involucrados, con un enfoque intercultural y de derechos; así como realizar campañas de información a los familiares.

– Su intervención será de oficio: no sólo a solicitud de los familiares, sino como parte de una decisión de Estado de dar solución general al problema de las personas desaparecidas en el país durante el periodo mencionado.

– Coadyuvar o impulsar la realización de las investigaciones forenses tendientes a

la búsqueda e identificación de las personas desaparecidas:

- Incorporar el aspecto de investigación forense en el Plan Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas.
 - Definir el universo de personas desaparecidas y sitios de entierro a nivel nacional.
 - Recoger sistemáticamente fichas antemortem y muestras de ADN.
 - Realizar campañas de entrevistas a familiares y testigos, en especial de aquellos que tienen miedo o resistencia a involucrarse en un proceso judicial.
 - Fortalecer los estudios poblacionales de referencia.
 - Impulsar/fortalecer el banco de datos genético de muestras de familiares y restos óseos.
 - Promover la capacitación en ciencias forenses.
 - Centralizar, sistematizar y depurar la información disponible (incluyendo el Registro Único de Víctimas y el Registro Especial de Ausencia por Desaparición Forzada) y solicitar información a las distintas entidades públicas que considere pertinente.
 - Apoyar en aspectos técnicos y logísticos para la realización de las diligencias de recuperación y análisis de los restos mortales.
- Coordinar y supervisar la implementación del “Documento Técnico Lineamientos de acompañamiento psicosocial durante la búsqueda de personas desaparecidas”, del Ministerio de Salud:
- Incorporar el Acompañamiento Psicosocial en el Plan Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas.
 - Establecer un Programa de capacitación/formación continua al personal de salud.
 - Asegurar el trabajo con profesionales del sector que hayan recibido la capacitación necesaria, evitando la rotación del personal.
 - Asegurar la atención a los familiares en sus zonas de residencia.
 - Asegurar que el sistema esté preparado para la detección de casos y para el uso de

métodos adaptados a las circunstancias y las particularidades culturales ahí donde las víctimas residen.

- Asegurar que se cuente con protocolos y manuales de procedimientos, para que el personal tenga claridad de sus funciones, planes de trabajo y que registre su trabajo de manera homogénea.

– Realizar tareas específicas que no están siendo atendidas actualmente por otras instituciones del Estado:

- Organizar y llevar a cabo las restituciones de restos, asegurando el entierro adecuado de los restos mortales.

- Prestar asistencia material y orientación a los familiares de las personas desaparecidas durante los procesos de búsqueda.

- Realizar campañas de sensibilización destinadas a la sociedad en general, en especial en las localidades en las que se realizan los procesos de búsqueda.

- Velar por el cumplimiento de los estándares técnicos y los tratados internacionales relativos a la materia.

– Rendir cuentas anualmente a la Comisión de Justicia y Derechos Humanos del Congreso de los avances del Plan Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas.

Instituciones Participantes

Del Estado

– Ministerio de Justicia

- Vice Ministerio de Derechos Humanos

- CMAN (sede central y representantes de Cuzco / Apurímac, Ayacucho, Huanuco y Junín / Huancavelica)

- Consejo de Reparaciones

– Ministerio Público

- Fiscalías de Lima y Ayacucho

- Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses

– Sector Salud

- Dirección Nacional de Salud Mental

- Direcciones Regionales de Salud de Abancay, Andahuaylas, Ayacucho, Cuzco, Huancavelica, Huánuco, Ica, Junín, Pasco, Puno, Ucayali, Callao, DISA II Lima Sur, DISA IV Lima Este y DISA V Lima Ciudad

- Instituto Nacional de Salud Mental

– Comisión de Justicia y Derechos Humanos del Congreso de la República

– Dirección de Derechos Humanos del Ministerio de Relaciones Exteriores

– Poder Judicial

– Defensoría del Pueblo

De la sociedad civil

– Mesa de Trabajo en Acompañamiento Psicosocial en procesos de búsqueda de personas desaparecidas

– Red para la Infancia y la Familia

– Centro de Atención Psicosocial

– Wiñastin

– Paz y Esperanza

– Equipo Peruano de Antropología Forense

– Centro Andino de Investigaciones Antropológico-Forenses

– Coordinadora Nacional de Derechos Humanos

– Asociación Pro Derechos Humanos

– Comisión de Derechos Humanos

– Grupo de Acompañamiento Psicosocial de Ayacucho

– Coordinadora Nacional de Víctimas de la Violencia Política

– Coordinadora Regional de Víctimas de la Violencia Política de Lima

– Coordinadora Regional de Víctimas de la Violencia Política de Ayacucho

- Asociación de Familiares Víctimas del Terrorismo de Huancavelica

– Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú

Internacionales

– Delegación Regional del Comité Internacional de la Cruz Roja para Bolivia, Ecuador y Perú



Epílogo: Enlanzando el duelo y la esperanza

JAVIER TORRES SEOANE

En un mundo cargado de artificio, la muerte es una de las pocas cosas que nos recuerda nuestra naturaleza finita. A la muerte llegaremos todos sin excepción y será en todos los casos motivo de dolor, pena y tristeza para quienes tengan que acompañarnos en dicho trance. Quizá por esa razón es que los rituales funerarios son casi tan antiguos como la historia misma de la humanidad. Y es que desde temprano el que queda aprendió que el cuerpo del que ya no está más, debe ser despedido de una manera especial. Y quizás es porque no hay muerte accidental en el sentido estricto de la palabra.

La muerte llega en múltiples y variadas formas y, aunque nos duela, es inevitable. Es esta condición la que hace que lo que ocurra después de nuestra vida sea en realidad lo que quedará de nosotros. Y es que cuando morimos, luego del dolor, la pena y los rituales funerarios, casi de manera inmediata se activan los recuerdos. Son estos los que terminan construyendo lo que se dirá de nosotros. Así, es cuando dejamos de ser que comenzamos a ser lo que seremos en definitiva. Y eso será una construcción de quienes nos quisieron y amaron, así como de quienes nos odiaron y despreciaron. Pensemos, por ejemplo, en cómo se recuerdan a los grandes líderes políticos o religiosos de la historia.

De la misma manera, aunque probablemente sin necesidad de tanta negociación, lo mismo ocurre con la memoria de quienes solo quedan grabados en el recuerdo de las pocas personas que los conocieron: la esposa, los hijos e hijas, los amigos y amigas, los compañeros de escuela

o trabajo y los vecinos. Así, es probable que el dolor desaparezca más rápido en unos, que la pena persista en unos pocos y que el llanto sea reemplazado por un recuerdo amable y llevadero. Finalmente, el duelo no es otra cosa que el procesamiento del hecho más cotidiano de la vida que es la muerte.

Pero, ¿qué ocurre cuando el que muere lo hace en circunstancias desconocidas que se inician en una situación probablemente violenta contra quien no volveremos a ver nunca más? Pues en ese caso, la falta de certeza de cómo, dónde y cuándo ocurrió la muerte genera en los deudos una suerte de bloqueo que impide iniciar el necesario proceso del duelo. La situación es todavía peor cuando no tenemos la certeza de la muerte misma porque el cuerpo inerte y sin vida del ausente termina convirtiéndose en la única prueba válida que aceptamos como prueba de su muerte. Aunque a veces podamos transar si es que alguien nos hace llegar la prenda o los objetos que portaba el muerto en el momento final, y a los que finalmente aceptamos como prolongación del cuerpo o como parte del cuerpo mismo.

Esto que es tan común en guerras declaradas y no declaradas, ni siquiera se puede lograr cuando la muerte es producto de una desaparición forzada, una detención extrajudicial o una de tantas y tan sofisticadas formas de tortura. Porque además no solo no se sabe nada, sino que quienes fueron responsables o testigos de la muerte son los cómplices de un asesinato y por tanto deben guardar un pacto de silencio para no ser acusados ante los tribunales.

Así pues, la desaparición forzada es la manera

elegante de hablar de un asesinato en el que el cuerpo del muerto debe a su vez ser desaparecido, para lo cual los tecnólogos de la muerte han encontrado diversas soluciones, que en algunos casos no dejan huella. De este modo, el desaparecido es alguien que desaparece más de una vez: primero para quienes comparten su vida; luego, una vez muertos, son vueltos a desaparecer.

Sin embargo, y a pesar de su sofisticación, este doble proceso de desaparición no es más que un burdo y vano intento de quienes creen actuar con una suerte de omnipotencia divina, creyendo que es posible abolir el recuerdo de una existencia.

Pero como eso es imposible, no hay manera de que la desaparición forzada pueda a la larga tener éxito en tanto operación de limpieza. Todo lo contrario. Incluso aquello que aparentemente ha desaparecido totalmente, muchas veces vuelve a emerger desde las fosas comunes o desde hornos (también desaparecidos) en los que se quiso de manera salvaje borrar hasta el último hueso de aquellos muertos. Pero decimos que es un burdo y vano intento porque desde el momento mismo en que el desaparecido es extraído con violencia de su casa, o detenido sin testigos en una calle desierta, quienes lo aman no cesan en su búsqueda, incluso cuando por terceros llegan a enterarse de la muerte de sus desaparecidos.

Solo el amor, entendido en toda su dimensión, puede explicar lo que madres y padres, hermanas y hermanos, esposas y esposos o hijas e hijos hacen por buscar primero al desaparecido, luego al cuerpo y, finalmente, la justicia o la reparación por esta muerte como una suerte de mezquina compensación que el Estado le otorga a la viuda o a los huérfanos para cerrar el ciclo. No recuerdo caso alguno en el que no haya sentido esta dimensión en la larga búsqueda, ya sea de veinte o treinta años en el caso peruano, de los más de 15 mil desaparecidos producto del conflicto armado interno.

Es por eso que una experiencia como la Chalina de la Esperanza caló tanto en quienes

no cesan en dicha búsqueda. Porque de alguna manera, en ese acto tan sencillo como el del tejido, las madres, en especial, recuperaban por un momento al hijo perdido. Porque cuando una madre teje una prenda que da protección, como lo es una chalina, lo hace con el amor de quien se sabe dadora de vida, amor y calor.

De este modo, ese fragmento de chalina que cada madre ha tejido al ser pequeño es una poderosa metáfora de la derrota sufrida por ese amor y esa entrega de tantos años buscando a quien no vamos a encontrar nunca más. Y es, a su vez, la imposibilidad de haber podido proteger a quien más se ama. Pero la poderosa idea de unir los fragmentos de cada una de estas vidas de dolor intenso y búsqueda incesante se convierten en un poderoso antídoto contra ese fracaso, porque al unir cada uno de los fragmentos y tejer la gran Chalina de la Esperanza esas mujeres nos recuerdan que somos capaces—incluso frente a los hechos más dolorosos de nuestras vidas—de enhebrar esas vidas en un solo gran manto protector que sí es capaz de envolvernos, de darnos abrigo, de sentir que no estábamos solos o solas y que nuestro dolor individual puede cobijarse bajo la solidaridad y la esperanza colectivos.

Pero además, esa gran chalina, cuyos fragmentos son tejidos pensando en proteger y cobijar al hijo o al esposo ausente, al unirse terminan protegiendo y cobijando a quienes se les impidió el derecho de enterrar con dignidad a sus muertos, de velar sus cuerpos, de llorar sobre sus restos, de despedirlos, de visitarlos cada año y de tener un duelo que les permitiera procesar todo ese dolor.

De esta manera, ese gran lazo creado por la Chalina de la Esperanza nos devuelve, cuando menos, una pequeña porción de nuestra propia humanidad que la desaparición forzada nos arrancó. Y nos demuestra que el duelo frente a tanto dolor repetido en tantos hogares, solo puede ser vivido y procesado juntos, con aquellos que lo sufrieron y con los que, aunque no lo padecieron, fueron capaces de dar un poco de su humanidad, afecto y tiempo en un gesto que nos devuelve la esperanza en nuestra sociedad.



AGRADECIMIENTOS

- EPAF
- OSI
- CICR
- AECID
- IDHEPUC
- Salomón Lerner Febres
- Pilar Coll Torrent
- Oscar Medrano
- Jorge Bruce
- Susana Villarán
- Arturo Higa, SPUTNIK DISEÑO EDITORIAL
- Marco Zileri, REVISTA CARETAS
- Gustavo Gorriti, IDL-REPORTEROS
- Luis del Valle, PACHA FILMS
- Marcos Beathyate, TALLER DE FOTOGRAFIA PROFESIONAL
- Jose Pablo Baraybar
- Tanya Molina
- Hayden Gore
- Carmen Amaro
- Jo Marie Burt
- Gisela Ortiz
- Gabriel Arrisueño
- Piero Luna
- Juan Carlos Burga
- Verónica Ramírez Muro
- Amnistía Internacional Perú
- Amnistía Internacional Reino Unido
- Amnistía Internacional Bélgica
- Amnistía Internacional Holanda
- Amnistía Internacional Japón
- Mujeres por la Democracia
- Louise Finer
- Jan Powell
- Narda Henríquez Ayín
- Liliana María Panizo Muñiz
- Javier Diez Canseco
- Roxana García Bedoya
- Iris Jave
- María Luisa Martínez
- Jacqueline Fowks
- Augusto Álvarez Rodrich
- Rosa María Palacios
- Francisco Soberón Garrido
- Ronald Gamarra Herrera
- Carlos Rivera
- Anabella Larco
- Margot Cruz Jiménez
- Daniel Collins
- Katherine Valenzuela Jiménez
- César Cruz Jiménez
- Juan Lengua Balbi
- Andrea Raffo
- José R. Vales
- Roxana Valdivieso
- Lucho Llosa
- Pamela Rodríguez
- Magaly Solier
- Miguel Flores
- Ronald Reátegui Rugel
- Olga Gonzalez
- Mari Carmen Ayala

- Nélide Corrales
- Cristina Valverde
- Johnny Sánchez
- Máximo Soto
- Hermelinda Azurin Arredondo
- Carmen Alejos
- María Rosa Morán
- Teresa Quintana
- Daphne Baroukh
- Johanna Sokoliess
- Sarah Burt
- Asociaciones de Víctimas:
 - ANFASEP - Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú.
 - AFADAT - Asociación de Familiares de los Asesinados, Desaparecidos y Torturados de Morochucos.
 - AFADIPH - Asociación de Familiares Desplazados e Insertados de la Provincia de Huanta.
 - AJOVISOPH - Asociación de Jóvenes Víctimas de la Violencia Socio Política de la Provincia de Huamanga.
 - CIDH - Asociación de Familiares que tienen casos en la Corte Interamericana de Derechos Humanos — Ayacucho.
 - COPREPAZ HUANTA - Coordinadora
 - Familiares de DD de Iguaín
 - Familiares de DD de Viñaca
 - CORAVIP - Coordinadora Regional de Víctimas de la Violencia Política Ayacucho
 - Asociación de Afectados de HUARAPITE, Chiara
 - Asociación de Afectados de LLUSITA, Víctor Fajardo Familiares del caso PUTKA, Santillana.
 - Asociación de VIUDAS DE QUINUA
 - Asociación de Familiares de San Juan Bautista
 - Asociación de Familiares víctimas de la violencia política de OCROS AFADAV — Asociación de familiares de afectados por la violencia de Quispillaccta ASAVIP — VRAE
- Fiscalía de Ayacucho
 - Equipo Forense Especializado del Instituto de Medicina Legal del Ministerio Público
- Y a nuestros padres, amigos, asociaciones, instituciones y gente anónima que apoyó este proyecto desde el principio.



CICR

Auspicia: CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja)

